
HARLEQUIN
Jazmín Top
Niños
ANN ROTH
Un legado inesperado



Ann Roth

Un legado inesperado



ÍNDICE

Argumento

Tan pronto como construyera la casa por la que esperaba recibir un premio, Hank Adams se iría. No había ido al aburrido pueblo de Forest Glen, en Washington, a echar raíces, algo a lo que Mia Barker no ponía ninguna objeción. No necesitaba ni deseaba que su nuevo y ruidoso vecino le complicara la vida. Pero, de repente, Hank se convirtió en el último de sus problemas, porque acababa de heredar un bebé recién nacido.

Mia no tenía ni idea de cómo cuidar a un bebé ni instinto maternal, y guardaba un secreto que lo justificaba. Hank, por su parte, tenía un pasado que le impedía intimar con nadie, ni aunque fuera una mujer tan guapa e intrigante como Mia. Pero su vecina necesitaba ayuda y se estaba acercando demasiado…

Capítulo 1

El potente haz del halógeno que cortaba la oscuridad de la fría noche fue a dar a Hank Adams directamente en los ojos. Deslumbrado, se detuvo, apartó la mirada y apagó la linterna. Aun sin ver, sabía quién portaba aquella luz: Mia Barker. En las dos últimas semanas, se habían encontrado varias veces. No parecía caerle bien, pero eso a él no le importaba.

«Mentiroso».

–¿Qué demonios estás haciendo tan tarde a este lado de los madroños? –le preguntó ella, forzando un tono de voz suave.

Hank se la imaginó entornando sus grandes ojos a modo de advertencia para que se alejara de su propiedad.

La perra de tres patas se acercó a Hank, arrimando el hocico a su muslo.

–Hola, pequeña –dijo él guardándose la linterna en el bolsillo trasero para agacharse a acariciar las orejas del chucho–. Estoy buscando a Nugget –añadió contestando a Mia–. Salió antes de que anocheciera y todavía no ha regresado. Pensé que podía estar contigo.

El haz de luz bajó del rostro de Hank al suelo. Mientras su vista se acostumbraba, volvió a incorporarse. Aunque habían pasado dos años desde el accidente, todavía no había recuperado toda la fuerza y esa noche le dolían los músculos. Demasiadas horas subiendo escaleras y cargando con material de construcción. Necesitaba un masaje, pero no había fisioterapeutas en el pueblo de Forest Glen, en Washington. Aunque de haberlo habido, nunca habría dejado que alguien viera, y menos aún tocara, las feas cicatrices de su torso.

Mia miró hacia la gran jaula que había estado ocupando un halcón herido al que recientemente había liberado tras curarlo. A Nugget le gustaba merodear por allí.

–Nugget no ha estado por aquí hoy. No deberías haberlo dejado suelto –dijo ella con evidente desagrado–. No es seguro.

Hank se sintió como un niño reprendido y tensó el mentón. Como si no lo supiera. Al ubicarse Forest Glen en la falda de una montaña, animales de todo tipo deambulaban libremente por la zona. A lo largo de los años, se habían visto coyotes, lobos e incluso algún puma, o al menos eso le habían contado. En las dos semanas que hacía que había aparcado su caravana allí, no había visto más que pájaros comunes, ardillas y mapaches.

–Nunca se me ocurrió que Nugget aprendería a abrir la puerta de la caravana –dijo.

Con la luz hacia el suelo, Hank vio a Mia con claridad. Llevaba un

camisón de franela de color claro que le llegaba hasta los gemelos e iba envuelta en un chal de lana. Llevaba las botas sin abrochar, como si se las hubiera puesto a toda prisa.

Era su vecina, la única que tenía en un radio de quince kilómetros. Se preguntó si la habría despertado o si, como él, no podía dormir.

–Es casi medianoche y llevas desde el amanecer trabajando en esa casa tuya. ¿No descansas nunca? –preguntó ella como si le hubiera leído el pensamiento.

Después de un largo día, estaba deseando meterse en la cama a dormir.

–No hasta que encuentre a mi perro –dijo Hank sacudiendo la cabeza.

–Ginger y yo estaremos atentas por si vemos a Nugget –dijo Mia, esa vez en un tono más amable–. Espero que lo encuentres –añadió pasándose el pelo por detrás de las orejas–. Y, si necesita atención médica, tráelo inmediatamente, sea la hora que sea.

–Gracias, doctora.

Hank agradeció el ofrecimiento, pero confiaba en no necesitar los servicios de su vecina veterinaria. No estaba allí para hacer amigos ni para confiar en nadie que no fueran los empleados que había contratado temporalmente. Solo quería construir la casa, ganar el premio, poner el inmueble en venta y marcharse.

–Entonces, buenas noches –dijo Mia.

Luego, apuntó con la linterna hacia un hueco entre dos madroños, pensando que volvería por allí a su finca.

Él sacó la linterna del bolsillo y tomó la dirección opuesta, hacia el riachuelo, a la vez que apretaba los dientes para soportar el dolor de sus músculos. El potente haz de luz de ella lo siguió, mostrándole un camino lleno de hierba húmeda, ramas, piedras medio incrustadas y algún que otro hoyo de topo.

Hank tropezó con la raíz de un árbol oculta entre las sombras y maldijo entre dientes sin aminorar la marcha. Aquella mujer lo intimidaba. Cuando dejó de enfocarlo con su linterna, suspiro de alivio.

Entonces, llevado por alguna razón que no era capaz de describir, se detuvo y se dirigió a casa de Mia. Le costó distinguir su silueta porque llevaba la linterna apagada mientras avanzaba lentamente hacia su cabaña. Cuando abrió la puerta, distinguió el acogedor resplandor de una chimenea.

Hank no pudo evitar comparar aquella cómoda cabaña con el tráiler funcional que le hacía las veces de oficina y de casa. Incluso Nugget se daba cuenta de la diferencia. Últimamente pasaba más tiempo en casa de Mia que con él.

El gato más feo que jamás había visto, de nariz chata y con una

sola oreja, apareció en el umbral de la puerta, dando la bienvenida a Mia y Ginger. Los dos animales rozaron sus hocicos antes de que la perra entrase y desapareciese en el interior. Mia tomó en brazos al gato y lo estrechó contra su pecho. Hank observó la escena, imaginándose el sonido de aquella criatura al ronronear. Acunado junto al calor del cuerpo de Mia, entre sus cálidos pechos, seguramente estaría ronroneando. Hank tragó saliva.

Pero por cálido y acogedor que fuera el hogar de Mia, llevaba una vida tan solitaria como la de Hank. El terreno en el que se ubicaba la cabaña estaba a las afueras del pueblo. Allí tenía su clínica veterinaria, pero Forest Glen era una zona escasamente poblada en la que los pacientes no se le amontonaban. Hank sabía que tenía una secretaria por horas, Sookie Patterson, porque su marido, Bart, trabajaba para él. El resto del tiempo, daba la impresión de que lo pasaba a solas.

Hank solía preguntarse qué razones tendría para vivir apartada. No parecía importarle la soledad. Al contrario, parecía disfrutarla, lo que la distinguía de las mujeres que había conocido.

Mia y el gato entraron. Hank se frotó los brazos, aunque ni el ambiente húmedo ni su fina chaqueta le habían causado aquel escalofrío. Provenía de la angustia que sentía en el pecho. Era un dolor que llevaba tiempo soportando y que se había convertido en un viejo conocido.

Con un silbido llamó a su perro y reanudó la búsqueda.

A la mañana siguiente, justo cuando las agujas del reloj de Mia marcaban las ocho y media y el agua de la tetera empezaba a hervir, Ginger ladró a la puerta de la cocina. Rags sacudió inquieto su rabo y miró nervioso a Ginger y a Mia, antes de volver a fijarse en la puerta. Teniendo en cuenta que la puerta principal estaba reservada para desconocidos y pacientes, debía de ser alguien conocido.

El pestillo se levantó y Sookie Patterson entró. Aquella mujer pequeña y menuda era la ayudante de Mia y su mejor amiga.

–Hola –dijo Mia sonriendo mientras sacaba un par de tazas– . Llegas media hora antes.

–Lo sé.

Sookie se limpió los pies en el felpudo y saludó con una caricia a Ginger y a Rags, antes de cerrar. Satisfechos, los animales se acomodaron juntos en el cojín de la perra, cerca de la salida del aire de la calefacción.

–Hace tiempo que no charlamos y pensé que podía ser un buen momento para hacerlo.

Sookie colgó su chaqueta de lana en el perchero abarrotado que había detrás de la puerta, y luego se frotó los brazos.

–Siéntate y prepararé un té –dijo Mia.

Mia llenó dos infusores con hojas de menta y colocó uno en cada taza. El intenso olor de la menta llenó la cocina al echar el agua caliente.

–No sabes el frío que hace esta mañana –dijo Sookie sentándose junto a la ventana–. A pesar de estar ya en la tercera semana de abril, ha caído una buena helada.

–Espero que este frío no dure mucho más y que no afecte a mis plantas.

Mia dejó las tazas en la mesa de roble del rincón. Al igual que la cabaña de sesenta años, estaba llena de marcas, pero resultaba cómoda y robusta.

–Mientras tu nuevo vecino dé trabajo a Bart, me dan igual las plantas –dijo Sookie.

Mia no había podido dormir esa noche, preocupada por Hank y su perro. No era la única noche en que no había podido descansar. Aquel hombre la inquietaba desde que había aparcado su lujosa caravana en la zona despejada del terreno de dos hectáreas en el que en su día se levantaba la casa del viejo Doc Murphy. Estaba cansada de la irrupción de Hank en la tranquilidad de su vida, y no quería seguir pensando o hablando de él. Apretó los labios y se acomodó en su asiento.

–Hank es un poco arisco, pero no es malo –dijo Sookie como si le estuviera leyendo el pensamiento.

Le caía bien Hank, al igual que a todos en el pueblo. No parecía importarles que hubiera echado abajo la vieja cabaña de Doc y que hubiera desbrozado parte de la pradera. Hacía pocos meses que Doc había muerto y su terreno se había vendido en tres semanas.

Según los rumores, Hank había pagado en efectivo por la propiedad. Luego, no había perdido el tiempo en hablar de la preciosa y moderna casa que construiría en los siguientes cinco meses. Gracias a Hank, Bart y otros cinco hombres tenían trabajo y sueldo. En un pueblo de dos mil cuatrocientos cincuenta habitantes y una economía deprimida, era algo muy bueno. Aun así, a Mia le molestaban el ruido y los trastornos.

–También es guapo –añadió Sookie.

–Supongo –dijo Mia sacando el infusor de su taza.

Hank Adams era alto, delgado y musculoso. Tenía unos penetrantes ojos marrones y una boca que podía considerarse sexy, aunque apenas sonriera. Con o sin sonrisa, aquel hombre no atraía a Mia.

–Me da la impresión de que no te gusta Hank –dijo Sookie con expresión de curiosidad–. ¿Por qué?

–Para empezar, por el ruido. Y la falta de intimidad. Hank tiene

dos hectáreas de terreno, pero se está construyendo la casa cerca de la mía.

Señaló con la cabeza hacia la gran ventana que había detrás de Sookie. Tras los árboles y los arbustos, se adivinaba la casa en construcción.

–Él y sus hombres entran y salen a todas horas –añadió–.

Además, no soporto el ruido. Molesta a los animales. ¿No lo oyes?

Ladeó la cabeza y se quedó escuchando. Lo mismo hizo Sookie. Un sonido agudo y repetitivo llegaba de entre los árboles, el zumbido de una máquina funcionando. Mia arrugó la nariz.

–Quiero que mi mundo vuelva a ser tranquilo y silencioso como era antes –continuó y suspiró–. ¿Por qué no eligió un lugar más cercano a Seattle para construir su casa? Allí está su empresa.

–Bart dice que pretende conseguir no sé qué premio de arquitectura con la casa, y el entorno es importante en el diseño –dijo Sookie inclinándose hacia delante, con sus ojos azules brillantes de excitación–. Piensa en lo que pasará si gana. Todo el mundo se querrá venir a vivir aquí. Supondrá un fuerte empujón económico.

–Qué alegría –exclamó Mia con ironía–. ¿De verdad queremos que vengan un puñado de constructores a acabar con nuestros bosques?

–Si eso supone empleo, sí. Dicen que Hank Adams es un hombre con pasado –añadió Sookie bajando la voz, a pesar de que no había nadie más en la habitación.

–Ya.

Mia dio un sorbo a su té. Cualquiera con dos dedos de frente podía darse cuenta de que Hank estaba sufriendo por algo. Estaba acostumbrada a estudiar a los animales, que no podían expresarse, y, de la misma manera, había estudiado a Hank. No se dejaba engañar por su comportamiento distante. Bajo aquella fachada, había un hombre solitario buscando alivio.

Su lado más tierno quería proporcionarle el consuelo que buscaba, mientras que el más razonable se resistía. Mia se decantaba por lo más sensato. Prefería pasar tiempo con los animales, que eran leales y cariñosos. Las personas eran impredecibles.

–Un hombre misterioso –continuó Sookie–. Qué romántico.

–A mí no me lo parece.

–Es tu único vecino –dijo su amiga mirándola por el rabillo del ojo–. ¿Ni siquiera sientes curiosidad?

–No –contestó Mia–. Todos tenemos nuestros problemas y los suyos no son asunto mío. Ni tuyo.

Sookie abrió la boca para decir algo, pero Mia se lo impidió.

–El halcón comió esta mañana –añadió rápidamente, cambiando de tema.

Dos días antes, la clínica se había hecho cargo de un joven

ejemplar macho de cola roja herido. Se había dado un golpe con un vehículo, posiblemente uno de los camiones que iban y venían de al lado. En cuanto el ave se curara y recuperara fuerzas, Mia lo pasaría de la pequeña jaula de la sala de recuperación de la clínica, a la gran jaula exterior. Para el final del verano, lo pondría en libertad.

–Espero que lo supere –dijo Mia.

–Seguro que sí. Ni su propia madre lo habría cuidado tan bien.

Mia sabía que era una veterinaria muy competente. También, que nunca sería una buena madre.

–No soy la madre de nadie, Sookie.

–Serías muy buena. Pero cada cosa a su debido tiempo. Necesitas encontrar un hombre.

Mia puso los ojos en blanco. Otra vez no.

Sookie, que había encontrado el amor a los treinta años de edad, creía que toda mujer debía encontrar a su media naranja y casarse. Pero algunas mujeres, incluyendo a Mia, no estaban hechas para el amor, el matrimonio y la felicidad eterna. Todas las personas a las que había amado habían muerto o la habían abandonado, y no estaba dispuesta a pasar nunca más por un dolor tan grande.

–Sookie, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me importa estar sola? Mi vida está completa.

No era exactamente feliz. Algunas veces, especialmente por la noche, una sensación de vacío se apoderaba de ella, como si se estuviera perdiendo algo.

–De verdad –añadió en un intento por convencerse a sí misma.

–¿Estás bien? –preguntó Sookie mirándola con preocupación.

–Anoche no dormí bien –contestó Mia encogiéndose de hombros–. Hank pasó por aquí a eso de la medianoche buscando a su perro.

–¿Nugget perdido? Dios mío, espero que Hank lo haya encontrado.

–Yo también lo espero. Entre el frío y los animales salvajes que merodean por ahí fuera, me asusta pensar lo que puede pasar.

Con la ayuda de Sookie, Mia había dado puntos de sutura a un buen número de animales heridos y sacrificado a otros.

–Cuando dejaste a Bart esta mañana, ¿no verías por casualidad a Nugget?

–preguntó Mia esperanzada.

–No, claro que tampoco iba fijándome –contestó Sookie, sonrojándose–. Desde que Bart encontró ese trabajo, no me ha quitado las manos de encima –le confió con una sonrisa–. Es increíble lo que una paga regular puede provocar en la libido de un hombre.

–Vaya.

Mia sonrió, alegrándose por su amiga. Sookie y Bart se habían casado hacía dos años y seguían locamente enamorados.

Sentía envidia. No porque quisiera lo que ellos tenían. Ella no

buscaba un matrimonio. Un marido querría tener hijos.

–Voy a ir a la obra a la hora del almuerzo para comer con Bart –dijo Sookie–. Le preguntaré a Hank por Nugget.

El timbre de la puerta sonó, poniendo fin a la conversación.

–¿Quién puede ser? –preguntó Mia mirando su reloj–. Son las nueve menos cuarto. Todo el mundo sabe que no abrimos hasta dentro de quince minutos.

–Será Marnie Beeler –dijo Sookie poniéndose de pie–. Le di cita a Peachie a primera hora para sus vacunas anuales, y ya sabes cómo es Marnie con ese perro.

Mia conocía muy bien a la anciana. Era viuda y trataba a su mascota como a un nieto.

–Siempre llega pronto. Dile que enseguida estaré con ella.

Tomó las dos tazas y las llevó al fregadero.

–De acuerdo, gracias por el té. ¡Ya voy! –exclamó Sookie dirigiéndose a la puerta.

Mia entró en el cuarto de servicio que había junto a la cocina y en el que guardaba sus batas. Se puso una y se atusó la corta melena. Estaba lista para recibir a Peachie y todo lo que le deparara aquel día.

Cuando el teléfono sonó, dirigió una sonrisa de satisfacción a Ginger y Rags.

–Parece que va a ser un día movidito.

Le gustaban los días ajetreados. Rodeó a los animales y contestó el teléfono.

–Al habla Mia Barker.

–Buenos días, señorita Barker –dijo una voz femenina–. Le voy a pasar con la abogada Judith Ellison.

–¿Quién? –preguntó Mia.

Por la música que se oía, adivinó que la había puesto en espera. No recordaba conocer a ninguna Judith Ellison. Los únicos dos abogados que conocía eran los dos que vivían en el pueblo y ambos eran hombres. Mientras los segundos pasaban, la recorrió un escalofrío. Su instinto le decía que estaba a punto de recibir malas noticias. Rodeándose con los brazos, tiró del cordón del teléfono y se sentó en una silla de la cocina.

Capítulo 2

Ginger y Rags se frotaban con las piernas de Mia, como si presintieran su nerviosismo, mientras Judith Ellison, una abogada de Bellingham, en Washington, se presentaba por teléfono. Una vez concluidas las formalidades, la mujer carraspeó.

–Me temo que tengo malas noticias –dijo, suavizando su tono profesional–. Su prima Rosanne Mathis ha fallecido.

–Oh, no.

Mia se llevó una mano a la cara. Sus madres, fallecidas hacía mucho tiempo, eran hermanas. Rosanne era la única familiar viva que le quedaba a Mia. Vivía a más de trescientos kilómetros, en Bellingham, y mantenían el contacto con llamadas ocasionales y tarjetas de felicitación por Navidad.

Tenían la misma edad: veintinueve años. Demasiado joven para morir. Los ojos de Mia se llenaron de lágrimas y empezaron a rodar por sus mejillas.

–Hablé con ella hace tres semanas, al poco de nacer Drew, su hijo. ¿Cómo está el bebé?

–Está bien.

–Gracias a Dios. ¿Qué ha pasado?

–Al parecer, el pequeño estaba en casa de su niñera –le explicó la abogada–. Su prima estaba de camino para recogerlo y un conductor borracho chocó contra ella. Murió en el acto.

–Al menos no sufrió.

La pena le produjo un nudo en la garganta a Mia al asaltarle los recuerdos. Rosanne era la única persona que había sabido que Mia no había vuelto a ver a su madre desde que se mudara a vivir a aquella cabaña con su abuela veinticuatro años atrás, un mes después de que su padre se fuera y siete meses después de la muerte de Gracie. Según le había explicado su abuela, su madre se había marchado en busca de tranquilidad. Nunca debió de encontrarla, ya que Mia no había vuelto a saber de ella.

Ahora, Rosanne también se había ido.

–El funeral se celebrará pasado mañana –dijo Judith Ellison.

Mia tenía cosas que hacer, pero podía cancelarlas.

–Gracias.

–Hay más –añadió la abogada–. No sé si sabrá que el padre de Andrew ha renunciado a la patria potestad. La señorita Mathis la dejó designada a usted como tutora legal. En cuanto se reúna con la asistente social y rellene el papeleo, podrá adoptar al niño.

Incapaz de hablar, Mia suspiró. ¿Después de lo que había pasado

con Gracie? ¿Acaso estaba loca su prima?

–¿Señorita Barker?

–Quería a mi prima, pero elegirme para cuidar de Drew es una terrible equivocación.

–De acuerdo al testamento que tengo delante, usted es la tutora legal de Andrew Mathis. Ahora mismo está en una casa de acogida, esperándola. ¿Cuándo puede ir a recogerlo?

Ante la puerta de Mia, Hank, jadeando, sujetaba a su perro contra el pecho. Con treinta y cuatro kilos, Nugget no resultaba un peso ligero. Hank no estaba seguro de poder seguir cargando con el animal. Murmuró unas palabras de ánimo al perro y apoyó su cadera dolorida contra la fría pared, aligerando la carga.

En los alrededores, el sonido de una sierra se mezclaba con el de unas voces. Aunque desde donde estaba Hank no podía verlos, por el ruido sabía que eran sus hombres. No había querido dejar la obra, pero el corte que Nugget se había hecho en la pata, le había obligado a hacerlo. El perro siempre había estado a su lado en los peores momentos. Ahora era el turno de que Hank hiciera lo mismo.

–Abre la puerta –murmuró entre dientes mientras miraba hacia el canalón, uno de aquellos viejos de madera que ya apenas se veían.

Parecía estar obstruido. Se lo diría a Mia, si abría de una vez la puerta.

Frunció el ceño al ver el cartel de Cerrado en la ventana. Le había dicho que podía ir a cualquier hora. Ya había tocado el timbre un par de veces, una tarea complicada para un hombre que sujetaba a un perro con los dos brazos. ¿Dónde demonios estaba? Se le estaba agotando la paciencia. Volvió a levantar la carga y al llevar el codo hacia el timbre de nuevo, se oyó el pestillo. Nugget levantó las orejas.

–Ya era hora –murmuró Hank.

La puerta se abrió y apareció Sookie, que se quedó sorprendida al verlo.

–Usted no es Marnie.

–¿Quién?

–Marnie Beeler, nuestra paciente de las nueve. Siempre llega pronto –dijo ella mientras daba un paso atrás–. Mia me ha contado que anoche estaba buscando a Nugget –añadió cerrando la puerta–. Parece que lo ha encontrado. Pase.

Mientras Sookie daba la vuelta al cartel de Abierto y corría las cortinas, Hank entró por primera vez en la cabaña de Mia. La estancia era acogedora y parecía más un cuarto de estar que una sala de espera. Un enorme sofá y unos cómodos sillones invitaban a sentarse y quedarse un rato.

Por un instante deseó hacerlo. Pero teniendo en cuenta que a Mia no le caía bien, le daría un ataque si se quedaba. Sookie reparó en su sonrisa antes de fijar la mirada en el trapo ensangrentado que envolvía la pata de Nugget.

–¿Qué te ha pasado, pequeño?

En aquel momento, Ginger entró en la habitación, marcando un extraño ritmo con las uñas de sus tres patas al acercarse a Nugget. El horrible gato la seguía. Al ver a los animales, Nugget aulló de dolor. Hank odiaba ver sufrir a su perro.

–Este perro tonto no ha vuelto a casa hasta el amanecer – dijo sacudiendo la cabeza, aliviado a la vez que preocupado–. Se ha hecho un corte. He tratado de curarle la herida, pero es demasiado profunda.

–Va a necesitar antibióticos y seguramente puntos –dijo Sookie dirigiéndose a una puerta que había al otro lado de la habitación.

La abrió y la sujetó para que Hank pasara. Recorrieron un pasillo iluminado por un par de claraboyas. Había visto esa parte nueva de la cabaña desde fuera. La casa original debía de tener al menos sesenta años, pero aquella zona había sido añadida en los últimos cinco años. A diferencia de la calidez que acababan de dejar atrás, la clínica era moderna, con una decoración sobria a excepción de las fotografías de animales en blanco y negro que colgaban de las paredes pintadas de color crema. Pasaron varias puertas hasta que Sookie entró en una pequeña sala. –Deje a Nugget en la mesa –dijo señalando la brillante superficie de acero.

Hank obedeció y un perro ladró desde el otro lado del pasillo.

–¿Hola? –se escuchó la voz de una anciana.

–Esa es Marnie. Intente sujetar a Nugget hasta que venga Mia, ¿de acuerdo? Está hablando por teléfono.

Esbozó una amable sonrisa y se fue, cerrando la puerta tras ella. En medio del silencio, el sonido de voces y animales llenó la habitación. Nugget abrió los ojos, asustado.

–Tranquilo.

Hank acarició al perro y continuó tranquilizándolo mientras recorría la sala con la mirada. A un lado, había un pequeño fregadero de acero inoxidable y armarios blancos. El resto estaba pintado de azul y había dibujos con detalles anatómicos de perros y gatos. Los títulos de Mia colgaban en una pared. Era la típica consulta de un veterinario.

Reparó en los títulos. Se había graduado con matrícula de honor en la universidad. Con aquellas credenciales, podía haber abierto una consulta en cualquier gran ciudad. ¿Por qué lo había hecho allí?

Oyó pasos y luego voces en la consulta de al lado. Era Mia y una voz desconocida de una anciana que debía de ser la de la tal Marnie. Al cabo de unos segundos, Mia dio unos golpes en la puerta. Su rostro,

habitualmente lozano, se veía apagado y mustio.

En las dos semanas que hacía que la conocía, nunca antes la había visto en aquel estado. Una sensación que no supo identificar lo inundó. Apartó aquel sentimiento. A menos que los problemas de Mia le impidieran ocuparse de su perro, aquello no era asunto suyo. Aun así, no pudo evitar hacer una pregunta. Necesitaba asegurarse por el bien de Nugget.

–¿Estás bien? –preguntó bruscamente.

–Sí –contestó ella sacudiendo la cabeza y forzando una sonrisa.

Con la atención puesta en la pata sangrienta, le fue quitando con cuidado el trapo ensangrentado.

–¿Qué le ha pasado?

–No tengo ni idea –replicó él–. Llegó a casa así hace unas horas.

–Echemos un vistazo a esa pata. Sookie está en la habitación de al lado –le dijo a Hank–. ¿Te importaría echarme una mano? Quédate junto a Nugget y sujétalo.

Aliviado por tener algo que hacer, Hank puso la mano en el cuello del setter mientras Mia le inyectaba novocaína cerca de la herida. Luego, examinó en silencio la pata antes de mirar a Hank.

–Es un corte profundo, pero creo que unos puntos solucionarán el problema –dijo dando unas palmaditas al perro en el lomo–. Tienes suerte. Ginger perdió una pata después de una noche en el bosque. Pisó una trampa ilegal que alguien había colocado –explicó Mia, mientras limpiaba la herida–. Después de que le amputara la pata, los dueños decidieron dejarla.

–Así que te quedaste con ella.

–Alguien tenía que hacerlo. La pata ya debe estar insensible.

Mia tiró de los extremos de la piel y empezó a dar puntos. Mientras lo hacía, Hank no dejó de observar sus pequeñas y habilidosas manos. Con su destreza y el dolor atenuado por el analgésico, Nugget parecía no estar sufriendo.

Al ver a su mascota relajada, Hank desvió sus pensamientos del animal a la mujer. Se imaginó la sensación de aquellas manos sanadoras sobre su piel herida.

Una amarga sonrisa asomó a sus labios. Ninguna mujer volvería a ver o a acariciar su cuerpo. No después de Kristin. Si viera sus cicatrices, saldría corriendo. Habían pasado casi dos años, pero le seguía doliendo como si hubiera sido el día anterior. No estaba dispuesto a perder el tiempo pensando en ello, así que con la misma determinación con la que dominaba sus necesidades físicas, apartó aquel dolor.

–Ya está –dijo Mia haciendo un nudo en el hilo.

Mientras tiraba los materiales sobrantes, Sookie entró en la habitación.

–He pesado a Peachie. Ya está lista para las vacunas. Le he dicho a Marnie que tardarías un poco –añadió acariciándole la cabeza a Nugget.

–Gracias –dijo Mia vendándole la pata a Nugget–. Es conveniente que mantenga la venda toda la noche. Tendrá que tomar antibióticos tres veces al día durante cinco días. Me gustaría volver a ver a Nugget en cuatro días –añadió, pero enseguida se mordió el labio inferior, como si acabara de recordar algo–. Vaya, estaré en Bellingham. Mejor en seis días. El próximo jueves.

Algo o alguien la hacía estar triste. Hank quiso saber qué o quién, pero contuvo su curiosidad.

–¿Te duele la cabeza?

–No sabes cuánto –contestó Mia, y cerró los ojos.

Se le habían escapado unos mechones del recogido, y su pelo castaño contrastaba con su rostro, demasiado pálido. ¿Sería su piel tan suave como parecía? Hank se aferró a la mesa de reconocimientos para evitar acariciarle la mejilla.

Mia abrió los ojos y volvió a poner su atención en Nugget.

–Entonces te veré el jueves –repitió ella, apartándose del mostrador.

–Si sigues mordiéndote así el labio inferior, vas a tener que darte puntos como a mi perro.

Mia trató de sonreír y apenas curvó un poco los labios. Con los hombros caídos hacia delante, pegó los brazos a los costados. Hank temió que fuera a desmayarse.

–Creo que necesitas sentarte.

–Estoy bien –dijo ella.

Hank la tomó de los hombros y la obligó a sentarse en la única silla de la sala. Mia no ofreció resistencia. Apenas le llegaba al hombro, y sus huesos parecían pequeños y delicados.

–¿Quieres hablar de ello? –preguntó, sorprendiéndose a sí mismo.

Mia suspiró.

–Digamos que unos minutos antes de que Nugget y tú aparecierais, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados – dijo y miró hacia la puerta–. Me pregunto a dónde ha ido Sookie. No se tarda tanto en encontrar esas pastillas.

–¿Qué ha pasado?

–No me creerías si te lo contara –respondió ella, sonriendo sin ganas.

–Inténtalo.

Mia alzó la vista para mirarlo y se quedó en silencio unos segundos. Justo cuando Hank pensó que no iba a decir nada, ella se encogió de hombros.

–Todo el mundo lo sabrá antes o después, así que ¿por qué no? Me

acabo de enterar de que mi prima murió ayer –dijo, y tragó saliva–. Solo tenía veintinueve años. Murió en el acto, por culpa de un conductor borracho.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Hank sabía mucho sobre accidentes de coche y cómo un segundo de mala suerte podía arruinar una vida. Sus cicatrices empezaron a palpitar y su estómago se encogió como si acabara de recibir un puñetazo.

–Lo siento mucho –dijo, aunque no lograba entender por qué la muerte de su prima podía afectar tanto a su vida.

–Gracias –dijo Mia parpadeando para contener las lágrimas– . Era la única familia que tenía. Me habría gustado pasar más tiempo con ella.

Así que no tenía a nadie. Hank se preguntó qué se sentiría. Él provenía de una familia grande y la mayoría de sus miembros seguían viviendo en la zona de Seattle. Desde el accidente, rara vez hablaba con ellos y solo los veía en las fechas señaladas. Pero sabía que podía contar con ellos.

–¿Para eso vas a Bellingham, para el funeral? –preguntó él.

–Sí, pero es más complicado que eso. Rosanne me ha dejado algo, algo que tengo que ir a buscar.

–¿Te refieres a que te ha dejado algo en herencia? –insistió Hank.

Mia se aferró al pomo de la puerta. La expresión de sus ojos era más de miedo que de pena.

–No se trata de una herencia al uso. Me ha dejado a su hijo de tres semanas.

Capítulo 3

Mia entrelazó sus manos heladas en el regazo mientras Judith Ellison, la abogada de unos cuarenta y tantos años, sacaba unos documentos de una carpeta que tenía sobre su escritorio de caoba. Habían sido unos días muy intensos, empezando con la celebración del funeral un par de días antes, y estaba deseando volver a Forest Glen y a su trabajo. Al menos, Sookie estaba allí cuidando del halcón y de los demás animales enfermos que se hallaban en la clínica.

Judith se puso las gafas e hizo algunas anotaciones, dejando a Mia a solas con sus pensamientos. Mia se removió en su asiento y evitó mirar al pequeño que, sobre la alfombra, descansaba a su lado en un portabebés. Por suerte, estaba dormido.

–¿Está segura de que el padre de Drew no lo quiere? – preguntó Mia–. Sé que no ha ido al funeral, pero...

Judith soltó el bolígrafo y sacudió la cabeza.

–He hecho firmar al señor Wilkins un acta notarial renunciando a sus derechos sobre la patria potestad. Sus padres son muy mayores para hacerse cargo del niño y tampoco les interesa su nieto.

–Estoy segura de que algún familiar querrá hacerse cargo de él – insistió Mia.

–No tiene a nadie más –replicó la abogada, observándola por encima de sus gafas.

Mia asintió para demostrar que lo había entendido. Pobre Drew. Había perdido a su madre, y su padre no quería saber nada de él. Ahora dependía de ella, al menos por el momento.

–Recapitulemos nuestra reunión, ¿le parece? –dijo Judith releyendo sus notas–. En primer lugar, como tutora legal de Andrew Mathis, es responsabilidad suya proporcionarle un hogar al niño. En segundo lugar, tiene prioridad para adoptarlo después de que un asistente social visite su casa y emita un informe. En tercer lugar, aunque ha renunciado a ese derecho, ha convenido en cuidar de Andrew hasta que se encuentren unos padres apropiados. Por último, usted tendrá la decisión final para elegir a la familia definitiva de Andrew –concluyó, y miró a Mia–. ¿Está todo correcto?

–Sí –respondió Mia en voz baja.

La mujer se inclinó sobre su escritorio para mirar al bebé.

–¿Está segura de querer darlo en adopción? –preguntó mirándola fijamente.

El nudo de su estómago se tensó y empezó a sentir pulsaciones en la cabeza. Sabía que su decisión era lo mejor para el bebé y asintió con rotundidad.

–Lo estoy.
–Si no tiene objeción, me pondré en contacto con la agencia de adopción a la que suelo recurrir y ellos la llamarán –dijo subiéndose las gafas a la cabeza.
–¿Cuándo sabré algo?
–No puedo decirlo con certeza, pero teniendo en cuenta que Drew es un bebé sano y que no hay muchos niños en adopción, supongo que será pronto. La agencia seleccionará a varias familias y le pedirá que elija una. Si quiere, tendrá la oportunidad de conocerla. –Me alegro de saberlo.
Drew emitió un sonido. Mia fijó su atención en él. Una sensación de ternura la invadió como ocurría cada vez que lo miraba. Era tan pequeño y perfecto... Tenía los ojos cerrados, pero se podía adivinar movimiento bajo sus párpados. Debía de estar soñando, pensó, mientras estudiaba el pelo que cubría su cabeza.
–A esta edad son tan indefensos e inocentes... –comentó
Judith sonriente, olvidándose por un momento de su profesión–. Recuerdo cuando las mías eran pequeñas. Estaba tan nerviosa como usted.
«Como yo no», pensó Mia, pero no estaba dispuesta a compartir su oscuro secreto con una desconocida.
–Con el tiempo y la experiencia, ganará confianza y las cosas resultarán más fáciles. ¿Sabe?, puede cambiar de opinión sobre la adopción hasta el momento en que firme los últimos papeles.
Mia no supo qué contestar. La abogada parecía creer que su decisión de dar a Drew en adopción se debía a su falta de experiencia. Aunque la situación no era agradable, sentía unas repentinas ganas de reírse como una histérica. Se contuvo y acabó bostezando.
–Veo que no le ha dejado descansar anoche. No le envidio las noches en vela –continuó Judith y el intercomunicador la interrumpió–. Es una llamada que tengo que atender. ¿Le importaría salir un momento?
Con una sonrisa de disculpa, la abogada sacó de un cajón una libreta, se puso las gafas y descolgó el teléfono.
Mia se levantó y sacó a Drew al pasillo. Dejó el portabebés en el suelo y apartó la mirada, deseando poder confiar en Judith y explicarle sus reservas. Sería un alivio poder hablar con alguien. Llevaba tanto tiempo ocultando su secreto que le aterraba compartirlo.
Desde el momento en que había sabido lo de Drew, la necesidad de contarlo había aumentado e incluso había estado a punto de decírselo a Hank el otro día. Probablemente se había dado cuenta de su desazón y por eso le había preguntado qué le pasaba. Recordaba el tono de preocupación de su voz, sus manos cálidas y firmes mientras la

ayudaba a sentarse en la silla.

Al final había guardado su terrible secreto y simplemente le había contado lo que antes o después, todo el pueblo sabría. Aunque fueran pocos los habitantes de Forest Glen, las noticias viajaban a la velocidad de la luz.

Todo el mundo conocía a su prima y a Drew, pero nadie sospechaba que, bajo el cuidado de Mia, era posible que ocurriera algo malo. Drew podía enfermar e incluso morir. Como Gracie. Agachó la cabeza y cerró los ojos. Gracie Louise Barker tendría en ese momento veinticuatro años.

Drew emitió otro sonido y Mia lo miró. Una sonrisa se dibujó en sus labios. Gracie tenía solo un par de meses más que Drew cuando había muerto. ¿Y si le pasaba lo mismo? La sonrisa desapareció. Sintió un vuelco en el estómago. A punto de vomitar lo poco que había desayunado, volvió al despacho de Judith.

–¿Puede cuidar de Drew mientras voy al baño? –preguntó sin importarle interrumpir la llamada de la abogada.

La mujer alzó la vista.

–Claro –susurró.

Mia salió a toda prisa del despacho y recorrió el pasillo alfombrado hasta dar con el aseo. Por suerte, no estaba ocupado. Solo cuando cerró la puerta, dejó salir los recuerdos que la perseguían.

«Tenía cinco años y estaba cuidando de Gracie mientras su madre se duchaba. Su hermana tenía tres meses y su padre se había ido a trabajar. Mia se sentía mayor y responsable. Quería entretener a Gracie, así que fue a buscar su muñeca. Acercó una silla a la cuna y se subió. Así pudo llegar fácilmente hasta Gracie y dejó su querida muñeca junto a su hermana, que dormía plácidamente sobre su estómago.

Mia le dio una palmada en el hombro.

–Te dejo jugar con mi muñeca, pero no vomites encima de ella.

Gracie no se movió. No se despertó ni hizo ruidos ni lloró. Desconcertada, Mia la miró con el ceño fruncido. Su madre sabría qué hacer. No le gustaba que la molestaran mientras estaba en el cuarto de baño. Mia se sentó con un cuaderno para dibujar y sus pinturas, y esperó a que su madre saliera.

Parecía haber pasado una eternidad cuando su madre por fin regresó al cuarto del bebé. Miró la cuna, ahogó una exclamación y luego gritó.

Mia la miró alarmada.

–¿Qué pasa, mami?

–Ahora no, Mia.

Su madre corrió al teléfono. Llegó una ambulancia. Después, su madre lloró y lloró.

Mia supo que había hecho algo muy malo. Lo que no sabía era de qué se trataba».

Los recuerdos se desvanecieron con un sollozo de angustia al que siguió un torrente de lágrimas. Había pasado hacía mucho tiempo. No sabía por qué necesitaba seguir llorando ni por qué sentía tanto dolor en el corazón.

Finalmente, las lágrimas pararon. Se sonó la nariz y luego abrió la puerta. Se acercó al lavabo y se lavó la cara con agua fría. Se secó con una toalla de papel y luego se miró en el espejo. La pena, el dolor, la preocupación y la falta de sueño habían hecho mella en ella, y tenía unas sombras oscuras bajo los ojos. Incluso había perdido algo de peso y casi parecía demacrada.

Se irguió y tomó una determinación. Tenía que hacer lo mejor para Drew: encontrar unos padres cariñosos que lo adoptaran y cuidaran, y cuanto antes, mejor.

El jueves, Hank esperó a que los trabajadores se fueran a comer para llevar a Nugget a su revisión con Mia. Según le había dicho Sookie, tenía la mañana llena de citas, pero después de comer podía pasarse cuando quisiera.

Aunque la pata herida ralentizaba su paso, Nugget se las arreglaba para valerse solo.

Los pájaros cantaban alegres y el cálido sol iluminaba el camino entre la pradera y la fila de madroños. Cuanto más cerca estaban de la cabaña, más rápido se agitaba el rabo de Nugget. Hank también tenía ganas de ver a Mia y sentía una extraña emoción en su interior. Aquella sensación lo sorprendió.

–Es tu veterinaria –murmuró al perro–. Es la razón para venir a visitarla, así que no te hagas ilusiones.

Nugget sacudió la cabeza y se quedó mirándolo como si dudara de sus palabras.

–Está bien –admitió Hank–. Quiero saber cómo ha ido el funeral.

Y cómo le iba con el bebé.

Los obreros llevaban días comentando la triste noticia de la muerte de la prima de Mia y el bebé que había dejado. Por lo que se había enterado, la mayoría de aquellos hombres habían ido al colegio con ella. Se había mudado a Forest Glen cuando tenía cinco años para vivir con su abuela en la cabaña que ahora ocupaba. Debía de haber

perdido a sus padres a una edad muy temprana. Según se comentaba, estaba muy nerviosa con el bebé e iba a quedarse con él hasta que la agencia encontrara una pareja que lo adoptara.

Con el perro a su lado, enfiló el camino que llevaba a la puerta. Intentó girar el pomo, pero la cerradura estaba echada, al igual que la última vez que había estado allí. El letrero de Cerrado colgaba en la ventana, con una nota manuscrita que decía que volvería a la una.

–Ya vendremos más tarde –murmuró, sin poder evitar sentirse decepcionado.

Según volvían a tomar el camino de vuelta, oyeron el llanto de un bebé. Las orejas del perro se irguieron y él ladeó la cabeza hacia aquel sonido.

–Ese es el pequeño Drew.

El llanto se intensificó y, sin pensárselo, dio media vuelta en dirección a la casa. Se limpió los pies en el felpudo de la puerta trasera, reparando en tres viejos paneles de interruptores que había junto a la ventana. Un cableado tan viejo como aquel podía ser peligroso. Se lo diría a Mia y le sugeriría que los cambiara. Llamó con los nudillos a la puerta, pero nadie contestó. Como no estaba cerrada, entró.

Los lloros del bebé llenaban la habitación y Hank se olvidó de los cables. Sookie no estaba por ninguna parte. Ginger y el gato estaban enroscados en sus cojines, mirando con preocupación hacia una mecedora en la que Mia abrazaba un arrullo mientras se balanceaba a toda velocidad. Ni siquiera le preguntó a Hank por qué había entrado sin llamar. Se limitó a dirigirle una mirada de pánico.

–Drew no para de llorar y no sé qué hacer.

–¿Has probado a darle de comer? –preguntó Hank mientras Nugget se unía a los otros animales.

–Por supuesto –respondió ella–. Tampoco tiene fiebre ni sarpullidos. Comió hace un rato, le saqué el aire y le acabo de cambiar el pañal. Nada parece consolarle.

Dejó caer la cabeza, desalentada. Al verla tan asustada y disgustada, a Hank se le encogió el corazón. Maldijo para sí y pensó en dar media vuelta y marcharse. Aquel no era su problema.

–¿Dónde está Sookie? –preguntó Hank mirando a su alrededor.

–Comiendo. Ahora trabaja para mí a tiempo completo, así que tiene una hora para comer –contestó Mia frotándose los ojos con el dorso de la mano libre–. Hoy va a tardar un poco más porque mañana es su aniversario de boda y quería ir a comprar un regalo. Cuando se fue, Drew estaba bien. ¿Qué estoy haciendo mal, Hank?

Se mordió el labio inferior como parecía hacer cada vez que se ponía nerviosa, a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas. Hank odiaba ver llorar a una mujer. Nunca sabía qué hacer.

–Creo que no estás haciendo nada mal –dijo él rascándose la nuca–. Seguramente, el pobre tiene cólicos. Déjamelo.

Mia no dijo nada, limitándose a asentir y obedecer.

El niño apenas pesaba. Sus pequeños brazos y piernas se agitaron. Tenía las mejillas rojas de tanto llorar. Una sensación de ternura se apoderó de Hank. Hacía tiempo que no tomaba en brazos a un bebé. Acunó aquel cálido cuerpo contra su pecho y colocó la cabeza de Drew sobre su hombro.

El bebé le hizo recordar a sus sobrinos, a su hermana, Lisa y a Ryan, su marido. También a su hermano mayor, Jake. No los había visto desde Navidad y de pronto se dio cuenta de que los echaba de menos.

Empezó a cantar la canción que solía funcionarle para calmar a los hijos de su hermana. El llanto cesó, pero solo un momento. Hank apenas tuvo tiempo de soltar un suspiro de alivio cuando el bebé comenzó de nuevo. Siguió cantando y paseando, mientras le acariciaba suavemente la espalda a Drew.

Después de unos segundos, los lloros cesaron completamente. Drew empezó a tener hipo, pero se quedó tranquilo. En aquel silencio, Nugget levantó la cabeza, Ginger empezó a menear el rabo y Rags comenzó a ronronear.

–¿Cómo lo has conseguido? –preguntó Mia.

–Con experiencia –dijo Hank encogiéndose de hombros–. Mi hermana tiene hijos y los dos han tenido cólicos. Darles un paseo o una vuelta en coche suele ayudar.

–¿Son peligrosos los cólicos? ¿Un bebé con cólicos puede... morir?

–Difícilmente. Los dos hijos de mi hermana no digerían bien la leche de vaca. El médico les mandó leche de soja y funcionó. Yo en tu caso, le consultaría al pediatra.

Mia se acomodó en la mecedora. Por su postura, parecía haberse tranquilizado un poco.

–Mañana tenemos cita con el médico.

–Él sabrá qué hacer.

Hank bajó la mirada al arrullo que sujetaba contra el pecho. Unos ojos de color gris azulado lo observaban.

–Es adorable –añadió.

–Excepto cuando llora. Vaya pulmones.

Mia se colocó el pelo detrás de las orejas y se sentó sobre una pierna. Hank la observó. No llevaba maquillaje. Tenía un churrete en la mejilla, como de haber llorado, y llevaba una amplia camisa blanca y sus habituales pantalones negros. No había nada llamativo en ella, aunque el cuerpo de Hank no opinaba lo mismo.

Deseaba inclinarse y besarla suavemente en los labios para borrar su preocupación. ¿Y entonces qué? Querría más y, antes o después,

ella también. No estaba dispuesto a pasar por la humillación que llegaría después. Lo mejor era ignorar sus deseos.

–He visto que tienes tres interruptores del cuadro de luces estropeados. Los cables parecen viejos y probablemente no funcionan. Tienes que cambiarlos. Ah, y tienes que limpiar los canalones.

–Lo sé y tengo intención de hacerlo desde hace tiempo. Respecto al cuadro de luces, no eres el primero que me lo dice. Se queman varios fusibles al mes. Debería haberlos cambiado cuando monté la clínica, pero no me podía gastar más dinero – dijo, y de un soplido, se apartó un mechón de pelo de los ojos–. Como los canalones, también tengo pendiente ocuparme de ellos –añadió mirando al bebé en los brazos de Hank–. Si es que alguna vez consigo sacar un rato para mis cosas.

–Los bebés demandan mucho tiempo. Aparte de eso y de los cólicos, ¿qué tal llevas la maternidad?

El balanceo cesó y una expresión de sobresalto asomó en su rostro, como si la hubiera insultado. Se sentó erguida y puso los dos pies en el suelo.

–No soy la madre de Drew –sentenció en un tono de voz más alto del habitual.

Al parecer, había tocado un tema sensible.

–Disculpa. Me refiero a la tutela legal. Tienes que relajarte un poco porque, cuando te pones tensa, él lo percibe. Eso solo sirve para complicar más las cosas.

–Gracias, doctor Adams. ¿Qué haces aquí?

–He venido a que le vieras la pata –respondió Hank, señalando con la barbilla a su perro.

–Es cierto –dijo Mia dándose una palmada en la frente–. No era mi intención olvidarme de ti, Nugget –añadió sonriendo al perro–. Todo es un caos desde que Drew llegó.

Se puso de pie y alargó los brazos para tomar al bebé. Cuando Hank separó al pequeño de su pecho, el niño emitió un sonido de disgusto. Mia abrió mucho los ojos.

–Si puedes conseguir que Drew no llore, le examinaré la pata a Nugget. Y no te cobraré.

Hank no hubiera podido rechazar aquel ofrecimiento ni aunque hubiera querido. Además, deseaba volver a ver su sonrisa.

–Me parece bien.

La expresión de los ojos de Mia cambió. Rápidamente, se llevó a Nugget de la cocina. Hank bajó la mirada a sus caderas. Teniendo en cuenta que llevaba una blusa suelta, no había mucho que ver.

Drew se retorció y emitió un suave sonido.

–Cansado de mi hombro, ¿eh?

Hank cambió al bebé de su pecho al brazo. Los enormes ojos del bebé volvieron a observarlo, mientras que una diminuta mano se

aferraba a su dedo índice. Entonces, ocurrió el milagro: los labios de Drew se curvaron. ¿Era una sonrisa? Una sensación de ternura invadió el pecho de Hank. Sonrió y acunó embobado al pequeño.

Enseguida recuperó la compostura y maldijo entre dientes. Apartó el dedo y volvió a colocar al bebé en su hombro.

–Ni hablar, granuja. No tengo tiempo para ti.

Ni para Mia.

Tenía que construir una casa y vivir una vida, y sus planes no incluían mujeres ni bebés.

Mia y Drew eran sus vecinos ocasionales y punto.

Capítulo 4

A última hora de la tarde del viernes, Hank estaba en la cocina de su caravana, recién duchado y disfrutando del silencio. A pesar de que tenía prisa por acabar de construir la casa cuanto antes, necesitaba descansar. La semana había sido muy dura y tanto él como los obreros tenían que recobrar fuerzas.

Después de que se marcharan, Hank había intentado seguir trabajando, pero los dolores en la espalda y la cadera se lo habían impedido. Habían pasado casi dos años del accidente. ¿Cuánto tiempo más tenía que pasar para recuperarse? Aunque se había dado un masaje en la parte baja de la cintura, los músculos seguían doliéndole.

Daría cualquier cosa por un whisky... Pero había dejado el alcohol después del accidente, así que se tomó un par de pastillas y un vaso de agua. Se secó la boca con el dorso de la mano y se quedó mirando desde la ventana la valla metálica que rodeaba el perímetro de la obra. Dentro estaba la cimentación, una semana de encofrado, montañas de barro y herramientas sucias.

En un impulso, tomó una silla de la cocina, la sacó por la puerta y bajó los escalones metálicos de la entrada. El sol estaba poniéndose y el ambiente era agradable. Colocó la silla mirando hacia la construcción y se sentó.

Aunque todavía quedaba más de una semana para acabar el encofrado, la obra iba conforme a lo previsto. Eso le hacía sentirse bien. Respiró hondo, disfrutando del olor de la tierra, la hierba y las flores. Aunque ya conocía aquellos olores, allí en el campo eran mucho más intensos. Con razón a Gil, su socio, le había gustado la zona.

Nugget se tumbó a su lado, sobre una franja de césped, y colocó la cabeza sobre sus patas. Gracias a la destreza de Mia con los puntos y a los antibióticos, la herida estaba sanando bien.

Con el perro en silencio y las máquinas apagadas, solo se oían los sonidos del bosque. Al otro lado de su propiedad, se escuchaba el borboteo del riachuelo. Docenas de pájaros revoloteaban en lo alto de los árboles y un par de ardillas parloteaban mientras se afanaban con una enorme piña. Envidiaba aquella existencia libre de preocupaciones.

Sus ambiciosos planes le impedían disfrutar. Al día siguiente se levantaría al amanecer y trabajaría en pequeñas tareas para las que no se necesitaba a nadie más. Esa noche, en cuanto los analgésicos hicieran su efecto, tenía intención de disfrutar de la soledad y relajarse con una buena novela de misterio. Hasta entonces, se concentraría en

lo que llevaba construido de casa, usando su visión de arquitecto para imaginarse el resultado final.

Aquella sería sin duda la casa más bonita que jamás había construido. Gil la había diseñado poco antes del accidente que le había costado la vida. Cuatro meses atrás, Hank había descubierto los planos bajo un montón de viejos proyectos. Lo había dejado todo para construir lo que Gil había proyectado.

Con aquellas líneas depuradas y los amplios espacios de la casa, rodeada de bosques y un riachuelo, era probable que ganara el Premio Regional de Arquitectura. Cuando lo ganara, se lo dedicaría a Gil. Era lo menos que podía hacer. Quizá entonces, dejaría de sentirse culpable.

Hank sonrió con amargura. Como si fuera tan fácil. Nugget levantó la cabeza y lo miró sobresaltado.

–Vuelve a dormirte, amigo –dijo acariciándole la cabeza al perro.

Ningún premio podría reparar el daño causado por el accidente. Deseaba poder dar marcha atrás y revivir aquella noche, no haber celebrado la conclusión de aquel lujoso hotel en primera línea de la costa con tanta bebida. Debía haber estado sobrio para conducir hasta casa, en vez de haberle dado las llaves a Gil. Si Hank hubiera estado al volante, quizá habría elegido otra ruta y no habrían chocado con el camión que se había salido de la carretera. Gil seguiría con vida y Hank no tendría dolores ni cicatrices en la cadera, estómago y espalda. Quizá Kristin no lo habría dejado, y en esos momentos estarían casados y tendrían un par de hijos.

La nostalgia se apoderó de él. No por Kristin, a la que ya había olvidado, sino porque siempre se había imaginado casado y con hijos. Sacudió la cabeza con pesar. No había manera de cambiar el pasado y, tal y como estaban las cosas, era mejor estar solo.

Le ardían los músculos de la espalda y la cadera. El analgésico estaba tardando en hacer efecto.

–Relájate –se dijo en voz alta.

Echó hacia atrás los hombros, cerró los ojos y dejó la mente en blanco. Sus pensamientos vagaron hasta el día anterior, a Mia. Había insistido en que no era la madre de Drew, aunque se había mostrado tan preocupada como cualquier madre.

Lo curioso era que confiaba en él para ocuparse de Drew. Emocionado, Hank sintió un nudo en la garganta. Había pasado mucho tiempo desde que una mujer lo necesitara y confiara en él. No se había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos. Quizá Mia y él...

Abrió los ojos. No, no quería una relación. Aun así, no podía evitar preguntarse cómo le habría ido el día y qué le habría dicho el médico.

Como si sus pensamientos la hubieran llamado, Mia apareció entre los madroños, con Drew en una mochila al pecho y tirando de la

correa de Ginger. Se dirigían hacia Hank.

Soltó un gruñido. Teniendo en cuenta el rumbo de sus pensamientos, era la última persona a la que deseaba ver. Aun así, la expectación le levantó el ánimo. No había ocultado que no le agradaba la obra a pesar de no haberla visto nunca. Quizá si conocía lo que estaba construyendo, lo aceptaría.

Iba sujetando la mochila portabebés azul en la que descansaba Drew y tomó la senda de hierba que llevaba hasta Hank. Una riñonera se balanceaba a la altura de su cadera y, a pesar del peso y del bebé, su andar era elegante y ligero. Los pantalones sueltos negros se estrechaban en sus muslos a cada paso. No resultaban sugerentes ni sexys, pero resaltaban su delgadez.

Cuando un rayo del sol poniente cayó sobre su cabeza y sus hombros, su pelo castaño brilló como el bronce. El esfuerzo de caminar sobre un firme irregular con el peso del bebé había sonrosado sus mejillas e, inconscientemente, llevaba la boca entreabierta. Hank pensó que era la mujer más bonita que había visto jamás y eso le irritó. Estaba fuera de su alcance. Se puso de pie y no pudo evitar fruncir el entrecejo. Abrió la valla metálica y, dejando las manos junto a sus caderas, se quedó esperándola.

La expresión de pocos amigos de Hank pilló a Mia por sorpresa. No la quería allí. Se puso tensa y dio un paso atrás.

–Parece que te molesto. Lo siento. Vamos, Ginger –dijo tirando de la correa.

El perro de tres patas miró a Nugget y corrió junto a Mia, que dio media vuelta y volvió hacia los madroños.

–Espera –le ordenó Hank en tono autoritario.

Mia suspiró y se giró hacia él.

–¿Para qué? Ya he captado el mensaje: no nos quieres aquí.

–Me has pillado desprevenido –dijo él–. Aparqué mi caravana aquí hace tres semanas y esta es la primera vez que vienes a verme. De hecho, está claro que no te gusta lo que estoy haciendo –añadió señalando hacia la construcción.

Mia sintió que el calor le subía por el cuello hasta la cara, como solía pasarle cuando estaba enfadada. Pero no era momento de discutir. No tenía fuerzas y tampoco quería irse a casa. Suponía quedarse a solas con Drew y eso la asustaba. Hank parecía saber cómo cuidar de un bebé. Lo necesitaba, aunque su orgullo no le admitía reconocerlo.

–No he venido a discutir –dijo obligándose a ser amable–. Hace buena tarde y en vista de que el paseo parece tranquilizar a Drew, pensé en venir a agradecerte tu ayuda de ayer.

–No hay por qué.

Una expresión de calidez asomó a los ojos de Hank, pero desapareció tan rápido que Mia pensó que se lo había imaginado. Nugget rozó con el hocico el muslo de su dueño. Hank acarició al perro entre las orejas antes de abrir la puerta de una perrera que había junto a la valla de la obra.

–Preparé esto el otro día para evitar que Nugget vuelva a salir y hacerse daño.

–Buena idea.

Nugget y Ginger ladraron y Mia soltó a su perra. Los animales echaron a correr entusiasmados y Hank echó el pestillo a la puerta.

–¿Cómo fue la cita con el médico? –preguntó masajeándose la parte baja de la espalda.

Mia sabía cómo aliviar calambres, al menos en animales. Pero no conocía a Hank lo suficiente como para ofrecerle sus servicios. Le parecía demasiado íntimo.

–El doctor Sweeney está de acuerdo contigo –dijo acariciando la pequeña espalda del bebé–. Drew tiene cólicos. Ha sugerido lo mismo que tú –añadió sin parar de moverse para mantener tranquilo al pequeño–. Pasear a Drew y darle leche de soja.

Hank asintió y se quedó estudiando su rostro.

¿Qué veía? De repente, Mia deseó haberse cambiado de ropa y haberse tomado un momento para peinarse y pintarse los labios. Pero con Drew absorbiendo cada minuto de su tiempo, en lo único en lo que pensaba era en la próxima toma o en el siguiente cambio de pañal.

–Mientras me mueva, Drew está tranquilo. En cuanto me paro, se pone a llorar. Esta noche va a empezar a tomar leche de soja. Confío en que eso ayude –y ahuecando la mochila, preguntó–: ¿Puedes verle la cara? ¿Está dormido?

Él se acercó y miró al bebé.

–Me cuesta verlo –dijo apartando a un lado la mano de Mia.

Mia sintió un estremecimiento ante aquel roce casual y se puso aún más nerviosa.

–Sí, está dormido –afirmó él en tono brusco.

Al erguirse Hank, ella percibió su aroma a jabón de pino. Siempre le había gustado aquel olor. Quiso inclinarse, hundir la nariz en el cuello bronceado de Hank y respirar su aroma.

–Umm –murmuró, sin darse cuenta del sonido que estaba emitiendo.

–¿Cómo?

Pero ¿qué estaba haciendo? Si Hank supiera cuáles eran sus fantasías...

–Nada –contestó azorada, mientras pensaba en algo de qué

hablar–. Me alegro de que la clínica esté cerrada los fines de semana. Así podré descansar a la vez que Drew. Ahora mismo, lo que más deseo es dormir.

–¿Lo que más?

Hank arqueó las cejas de manera insinuante y sus labios se curvaron. Clavó los ojos en ella, con un brillo inequívoco en la mirada.

Por el calor que sentía en las mejillas, Mia supo que se había ruborizado. Nunca antes había bromeado con ella y no sabía cómo reaccionar, así que fingió ajustarse la mochila.

Hank señaló hacia la obra.

–Aprovechando que estás aquí, será mejor que te enseñe lo que estamos haciendo.

Mia se fijó en la estructura rudimentaria que se levantaba donde había estado la cabaña de Doc.

–Lo veo muy bien –dijo sin disimular su descontento.

–¿Qué tienes contra mí?

Con las manos a la altura de las caderas y los ojos entornados, casi daba miedo. Mia se negó a dejarse intimidar y le sostuvo la mirada.

–Tú eres el constructor. Has arramplado con el terreno llevándote por delante las guaridas de un sinnúmero de animales salvajes, pensando solo en sacar beneficio. Debido a gente como tú, estoy tratando por segunda vez esta primavera a un halcón.

Su voz había ido subiendo al hablar. Se detuvo bruscamente y miró a Drew, que seguía tranquilo y callado.

–Si te hubieras molestado en preguntar, sabrías que no he cortado ni un árbol. Solo he apartado lo necesario. Tengo una maqueta de la casa dentro. Deberías verla. Quizá así cambies de opinión.

A pesar de lo que pensaba, Mia quiso ver cómo sería el resultado final. Pero le parecía demasiado personal entrar en la caravana en la que Hank vivía.

Sin esperar respuesta, él subió los escalones como si diera por sentado que lo seguiría. Mia no pudo evitar fijarse en su ancha espalda, cuyos músculos se adivinaban bajo la camiseta negra. Aquel hombre tenía un cuerpo de infarto y olía muy bien.

El deseo se disparó en su bajo vientre, inesperado y confuso. Frunció el ceño. Hacía mucho tiempo que no pensaba en el sexo y allí estaba, con el cuerpo y la mente fijos en el tema. Deseaba a un hombre al que apenas conocía. O estaba loca o la falta de sueño era más preocupante de lo que pensaba.

Hank abrió la puerta y se dio la vuelta para mirarla.

–¿Vienes?

–¿Por qué no? –dijo ella, y siguió sus pasos.

Con las ventanas tan pequeñas y aquellas cortinas tupidas, la caravana de Hank resultaba oscura. Mia recorrió con la mirada aquel salón que hacía las veces de despacho, mientras él encendía la luz. Con las paredes blancas, la alfombra marrón y el sofá beige, el lugar resultaba apagado, a diferencia de su colorida cabaña.

–La maqueta está ahí –dijo Hank señalando la mesa de dibujo que tenía en un rincón.

–¿De veras vas a dejar el terreno como se ve aquí?

–Tal y como lo ves ahí –le aseguró él.

–Es menos agresivo de lo que me imaginaba. La combinación de madera y cristal encaja bien con el entorno. Es muy bonita –dijo premiándole con una sonrisa–. Tienes mucho talento.

–No lo he diseñado yo. Lo hizo mi socio anterior.

–¿Anterior? –repitió Mia mirándolo con curiosidad.

Hank se quedó pensativo, sopesando qué contarle.

–El conductor de un camión se quedó dormido mientras conducía. El camión cruzó la mediana y fue a chocar con el coche. Gil murió.

–Vaya, qué triste.

Ella tocó su brazo en un gesto de consuelo, pero no dijo más. Nada de las frases hechas ni las típicas condolencias que la gente solía decir, algo que agradecía.

Hacía una eternidad que una mujer no lo había tocado. Era consciente de su mano sobre el brazo y del deseo que despertaba en su cuerpo.

–Pasó hace casi dos años. Me sigue costando hacerme a la idea.

–Creo que nadie supera nunca la muerte de un ser querido. Al menos, por mi experiencia.

–Es cierto. Has perdido a toda tu familia, excepto a Drew.

–Excepto a Drew –repitió ella, apartando la mano.

Hank lamentó que lo hiciera y, aunque deseaba saber más, no quiso insistir.

–Se irá tan pronto como la agencia de adopción encuentre a la familia adecuada.

El bebé emitió un sonido. Mia lo meció de un lado para otro y volvió a fijarse en la maqueta.

–Gil diseñó algo especial. Entiendo por qué quieres construirlo. Es una casa moderna y sofisticada. ¿Por qué hacerla en Forest Glen, donde somos cualquier cosa menos sofisticados? Seguramente hay mejores terrenos en Seattle.

–Era un ávido ciclista –explicó Hank–. Solía venir por aquí muy a menudo y aquí era donde quería construir la casa. –Bart dice que quieres participar en algún tipo de concurso.

–Sí, en el Premio Regional de Arquitectura. Tengo grandes posibilidades de ganar y, si lo consigo, se lo dedicaré a Gil. Será mi

manera de honrar su memoria.

Ella dejó de moverse y asintió. Una expresión desconocida asomó a sus ojos, de respeto o quizá de admiración. Tenía que saberlo.

–Bueno, ¿sigo siendo el malo?

–No tanto –contestó ella sonriendo–. Te debo una disculpa. Siento haber sido tan desconsiderada sobre todo esto –añadió agitando la mano hacia la maqueta.

Aquellas palabras lo agradaron e inclinó la cabeza.

–Disculpa aceptada.

–¿Amigos? –dijo ella alargando la mano.

–Amigos –contestó Hank, estrechándosela.

Una oleada de calor se extendió por todo su cuerpo al tocarla y sostuvo su mano más tiempo del necesario. Los ojos de Mia se abrieron como platos, antes de oscurecerse. Deseó tirar de ella y hundirse en su calidez, olvidar su dolor disfrutando con ella.

No. Bruscamente dejó caer la mano y se apartó.

Sonrojada, Mia desvió la mirada y se llevó la mano a los labios.

–De pronto, no me siento muy bien.

Parecía temblorosa, como si fuera a desfallecer en cualquier momento. Las oscuras ojeras que tenía bajo los ojos eran prueba de que estaba agotada. Alarmado, Hank la tomó del brazo para llevarla hasta el sofá.

–Deberías sentarte.

–Me pondré bien –protestó ella, clavando los pies en el suelo–. No quiero despertar a Drew.

Hank miró al bebé, que tenía la cabeza hundida en el pecho de Mia.

–Parece que está profundamente dormido.

–Gracias a Dios.

Mia suspiró, se desabrochó la riñonera y la dejó en la mesa de centro. Hank se quedó mirando aquel abultado paquete, con la cremallera a punto de reventar.

–Eso parece pesar cinco kilos. ¿Qué hay dentro?

–Una manta, dos biberones, un par de pañales y ropa limpia por si Drew necesita algo mientras estamos fuera.

Hablaba como una madre entregada y él prefirió no hacer ningún comentario más.

–¿Quieres una taza de café? Es instantáneo.

–Teniendo en cuenta que suelo beber té, no creo que note la diferencia –dijo ella sonriendo–. Si tiene cafeína, acepto.

Hank contuvo el impulso de ayudarla mientras ella se quitaba cuidadosamente los tirantes de la mochila del bebé. Tocarla era peligroso. Con mucha delicadeza, Mia tumbó a Drew sobre la espalda encima de un cojín del sofá. El pequeño, vestido con un pijama verde

con elefantes amarillos, siguió durmiendo.

Mia se sentó a su lado y le dirigió una mirada de angustia.

–Ahora puedes relajarte –dijo Hank.

–¿Y si pasa algo?

–Mira, tengo experiencia como tío. Sé de bebés, ¿recuerdas? El niño está dormido. No va a pasarle nada –añadió para tranquilizarla.

Después de unos segundos de duda, Mia suspiró.

–Espero que tengas razón.

Abrió la cremallera de la riñonera, sacó la manta del bebé y la desdobló. Su rostro se iluminó al cubrir aquel cuerpo diminuto. Luego bostezó y se echó hacia atrás.

–Dulces sueños, Drew –dijo ella cruzando los dedos.

Hank esperó hasta que se hubo acomodado en el respaldo del sofá, con la mano cerca del bebé, antes de irse a la cocina. Cinco minutos más tarde, cuando volvió con dos tazas de café, se había quedado dormida.

Parecía tan cansada que no quiso despertarla. Dejó las tazas y tomó una colcha y una manta de su cama. Extendió la colcha en el suelo y colocó a Drew encima.

A continuación, le quitó las botas a Mia y le echó la manta encima. Sin pararse a pensarlo, se inclinó y le acarició la frente. Su piel era tan suave como se había imaginado. Su olor despertó sus sentidos.

Unos sentimientos que no lograba entender le produjeron un nudo en la garganta y tragó saliva. Sabía que tenía que apartar la mano, levantarse y salir de allí. Pero no podía moverse. Era incapaz de apartar los ojos del rostro de Mia. Por propia iniciativa, sus dedos recorrieron lentamente la pálida mejilla.

Hank dejó caer los párpados mientras aquella sensación de ardor y deseo se propagaba desde su mano al resto del cuerpo. Apenas pudo contener un gemido. Deseaba saborear aquella boca. Le temblaron las manos al tomar su rostro entre ellas y suavemente le levantó la barbilla y acercó sus labios a los de ella.

–¿Hank?

Mia abrió los ojos, pero su mirada perdida era señal de que seguía medio dormida.

Él maldijo para sí y rápidamente se irguió.

–Todo está bien –murmuró, soltándola.

–Umm, muy bien –balbuceó Mia cerrando los ojos.

Hank dejó escapar un suspiro de alivio, antes de mirar la erección bajo sus vaqueros. Frunció el ceño. ¿Qué demonios acababa de pasar? Aquella mujer estaba dormida y aun así la había besado. Esperaba que no se acordara porque no quería tener que dar explicaciones de algo que apenas comprendía. Con los músculos doloridos, se agachó y apartó la mesa de centro a un lado. Poco a poco, se fue tumbando

hasta que se apoyó en el sofá, cerca del bebé.

Hank no se podía creer que fuera a dar al niño en adopción. Para Drew, Mia era su madre, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo. Se preguntó por qué querría hacerlo, pero no tenía derecho a saberlo.

Apretó los labios. No, los problemas de Mia no eran asunto suyo. Aun consciente de ello, la frustración, el deseo y la ternura se entremezclaban en él, junto a la necesidad de cuidar de aquella mujer y del pequeño. Aquello era alarmante, por no llamarlo estúpido. No tenía sentido sentir nada por Mia y Drew.

Fuera, Nugget ladró y Ginger respondió. Por suerte, estaban encerrados juntos. Si les daba frío, se acurrucarían en la caseta del perro, en la que Hank había colocado un cojín. Alargó la mano y apagó la lámpara. La luz de encima del fregadero se dispersaba por la habitación, creando sombras.

Debía descansar. Sacudió la cabeza, consciente de que no dormiría mientras Drew y Mia estuvieran allí. El duro suelo les estaba pasando factura a su espalda y a su cadera, pero se quedaría quieto y esperaría a que uno de los dos se despertara. Hasta entonces, estaba atrapado en su propio salón.

Capítulo 5

Mia abrió los ojos y parpadeó varias veces al ver la tenue luz de... la cocina de Hank. La manta que la cubría olía a él y, adormilada y desorientada, respiró su olor. Bostezó y se estiró. Sus pies dieron con el brazo del sofá. ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Debía de haberse quedado dormida, aunque no recordaba haber cerrado los ojos.

Lo último que recordaba era haber puesto a dormir a Drew. ¿Dónde estaba?

Acabó de despertarse bruscamente, con el corazón latiéndole con fuerza, y se incorporó mientras sus ojos buscaban frenéticamente por la habitación. Había un edredón azul doblado en el suelo. A su lado estaba la mochila, vacía. No había ni rastro de Drew ni de Hank.

Pero escuchó unos sonidos, un murmullo masculino apenas audible que provenía del otro lado de la caravana. Reconoció el profundo timbre de voz de Hank cantando. Aquello la hizo sonreír; no se lo imaginaba cantando para dormirse. Debía de estar distrayendo a Drew.

Ni siquiera había oído llorar al bebé. La sonrisa desapareció de su rostro. ¿No era eso una prueba de que no estaba capacitada para ser madre? Era la justificación de su decisión de dar a Drew en adopción. Se le encogió el corazón dolorosamente al pensarlo. De repente, deseó tomar en brazos al bebé y abrazarlo.

Se puso de pie y tropezó con sus botas, que estaban cuidadosamente colocadas cerca de los pies. Hank debía de habérselas quitado. Bajo aquel comportamiento arisco, era un hombre considerado y bueno.

En calcetines, se dirigió sigilosamente hacia dónde provenía la voz. Recorrió un pasillo corto y sin adornos, pasó junto a un pequeño cuarto de baño y llegó a la habitación iluminada que había al otro lado.

Era la habitación de Hank y estaba cantando. Se encontraba apoyado en el cabecero, y tenía las piernas estiradas y la cabeza girada hacia el bebé, que estaba tomando el biberón. Mia se quedó junto a la puerta, presenciando aquel momento íntimo. Sabía que podía llevarse a Drew a casa, pero se sentía más tranquila con Hank cuidándolo. Quizá si observaba durante un rato, aprendería. Así que no anunció su presencia y se limitó a contemplar la escena.

El cuarto de Hank era como las otras habitaciones de la caravana, con paredes blancas y sin adornos. No había fotos ni ningún toque hogareño. Solo unas persianas venecianas y una cama doble con un

hombre corpulento y sin afeitar, en camiseta, dándole el biberón al bebé que sostenía en brazos.

Aquella escena era tan tierna que Mia sintió que se le encogía el corazón.

Hank era muy bueno con Drew. Sería un padre estupendo. ¿Por qué no estaba casado y con hijos? Sookie había mencionado que era un hombre con pasado. ¿Tendría eso algo que ver con el hecho de que estuviera solo? ¿Le habría roto el corazón alguna mujer?

De pronto recordó un sueño que había tenido esa noche: que Hank la besaba. Le había parecido tan real que había sentido sus manos en la cara y el roce de sus labios junto a los suyos, demasiado breve, pero prometedor.

La sangre empezó a hervirle y el deseo despertó en la parte inferior de su cuerpo. Un gemido escapó de su garganta. Sorprendido, Hank volvió su atención hacia ella.

–Estás despierta.

Su mirada la recorrió. Tenía los ojos entrecerrados y los labios apretados, como si estuviera enfadado. No la quería allí.

Una amarga decepción invadió su corazón. Era mejor así, se dijo. Dedicada a cuidar de Drew, no tenía ni tiempo ni energía para una relación. Además, tan pronto como Hank terminara la casa, volvería a Seattle.

–Siento haberme quedado dormida. ¿Por qué no me has despertado?

–Necesitabas descansar.

–Tú también –dijo Mia reparando en las ojeras de Hank.

Aquella conversación parecía íntima. Quizá fuera debido a que era tarde o a que estaba en el dormitorio de Hank.

Mia frunció el ceño al ver al pequeño acurrucado contra su pecho.

–¿Ha llorado mucho Drew? Si ha sido así, ni me he enterado. No te ha dejado dormir, ¿verdad?

–No importa –dijo Hank encogiéndose de hombros–. Solo se ha despertado para comer. Cuando empezó a protestar, le traje aquí para que no te molestara.

–Gracias –repuso ella inclinando la cabeza–. Ha sido muy considerado de tu parte.

A Hank se le pusieron rojas las orejas y bajó la vista a Drew, que había soltado la tetina.

–No hay de qué.

El niño tenía la barbilla llena de leche. Hank dejó el biberón en la mesilla y le secó la leche con el pulgar.

–Creo que la leche de soja está funcionando –dijo colacándose a Drew en el hombro y dándole palmaditas en la espalda–. Le he dado de comer dos veces. En ambas ocasiones, se ha vuelto a dormir.

–¿Dos veces? –repitió Mia mirando el reloj que había junto al biberón–. No pueden ser las cuatro de la mañana. Eso significa que he dormido casi diez horas. Nunca había dormido tanto.

–Supongo que lo necesitabas.

Los labios de Hank se curvaron, dándole un aire travieso e increíblemente atractivo.

–¿Dónde están los perros?

–Donde los dejamos, en la perrera.

De repente, Mia tuvo que escapar de aquella estampa.

–Enseguida vuelvo.

El cuarto de baño era tan pequeño que se preguntó cómo se las arreglaba un hombre tan corpulento como Hank para moverse dentro. Miró el espejo y se quedó contemplando su reflejo. La fatiga había desaparecido de sus ojos, pero su piel seguía pálida y tenía el pelo revuelto. Con razón Hank no se sentía atraído por ella. Se lavó la cara con agua templada y se la secó antes de volver a mirarse en el espejo. El agua y la toalla le habían devuelto el color, pero el pelo...

Abrió el armario, buscando un peine. Ya que lo había abierto, aprovechó para ver su contenido. ¿Dónde estaban los preservativos? Quizá en la mesilla, junto a la cama. Tal vez no tenía. O... Se sonrojó. Aquello no era asunto suyo.

Tomó el peine y se lo pasó por el pelo, antes de dejarlo de nuevo en el armario.

Era hora de volver con Drew a casa. Recogió la mochila del salón y volvió al dormitorio de Hank. Drew estaba dormido en la cama, cerca de la cadera de Hank, que seguía echado sobre el cabecero, profundamente dormido. Debía de estar agotado.

Mia dejó la mochila en la cama para colocar a Drew. Un metro escaso la separaba de Hank. Aprovechando el momento, se quedó estudiando sus hombros anchos y su vientre plano, visible a pesar de la camiseta. Tenía las piernas, largas y musculosas, estiradas. Sus pies eran grandes y sus dedos largos. Su mirada viajó hacia arriba y se detuvo en el bulto de la entrepierna.

De repente, Hank la tomó por la muñeca.

–¿Qué estás mirando?

–Nada.

–¿Estás segura?

Sus ojos brillaban ardientes. Tal vez la deseaba. Pero enseguida apartó la mano, como si se hubiera quemado. No, era evidente que se había imaginado el deseo de su mirada.

–Voy a llevarme a Drew a casa para que puedas dormir –dijo concentrándose en la mochila portabebés.

–Buena idea.

Se inclinó, metió al bebé en el macuto y sacó las piernas por las

aberturas. Al levantar el artilugio, Hank la ayudó a colocarse los tirantes en los hombros. Su roce fue breve y casual, como el de un desconocido. ¿Por qué iba a ser de otra manera? A pesar de su ayuda y de la atracción que Mia sentía por él, apenas se conocían.

–Todavía es de noche ahí fuera –dijo Hank poniéndose unos calcetines–. Te acompañaré a casa.

Mia sacudió la cabeza.

–No tienes por qué hacerlo. Son apenas cincuenta metros y necesitas descansar.

–Es sábado –comentó él poniéndose de pie–. Dormiré hasta tarde.

Se puso unas zapatillas, tomó una linterna y abrió la puerta. Estaba a punto de amanecer, pero seguía siendo de noche. En aquel ambiente frío, el aliento de Mia parecía humo. La luna en cuarto menguante brillaba entre los árboles y bañaba el terreno con su luz plateada. Ginger y Nugget se acercaron corriendo desde la caseta, meneando los rabos. Hank abrió la verja de la perrera y los dejó salir. Mia le puso la correa a Ginger y siguiendo el haz de luz de la linterna, el grupo se alejó de la obra y cruzó la pradera.

Caminó al lado de Hank, sin que ninguno de los dos hablara, y enseguida llegaron a la cabaña. En la puerta, Hank apagó la linterna. Apenas distinguía su rostro en la oscuridad, por lo que no podía ver su expresión.

–Gracias por cuidar de Drew –dijo ella–. No sabes cuánto te lo agradezco.

Él se encogió de hombros.

–Como ya te he dicho antes, no hay de qué.

Se hizo un incómodo silencio entre ellos y Hank aprovechó para cambiar el peso del cuerpo y le acarició la mejilla. A Mia le gustó aquel roce y su cuerpo deseó más. Alzó el rostro y le ofreció su boca. Pero él dejó caer la mano y se apartó.

–Buenas noches, Mia.

–Buenas noches, Hank.

Él se giró para marcharse.

–Espera –dijo ella, tomándolo del brazo.

–¿Qué?

Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Él emitió un extraño sonido y se puso tenso. Su rechazo era evidente. Humillada, se apartó.

–Lo siento.

–Olvídalo –repuso él en un tono que parecía enfadado–. Vamos, Nugget, vámonos a casa.

El hombre y el perro desaparecieron en la oscuridad.

El sábado por la tarde, Mia tenía en brazos a Drew y no dejaba de

mirar por la ventana del salón a la espera de ver llegar el viejo coche de Sookie.

–Pronto estará aquí –le dijo al bebé–. Entonces, te bañaremos.

Pendiente de todo, Ginger meneó el rabo, con el hocico pegado a la ventana. Rags, a quien no le importaba lo que pasara fuera, dormía acurrucado en un sillón. La llovizna que caía difuminaba los colores de la primavera.

Desde donde estaba, Mia distinguía la valla metálica que rodeaba la obra. La noche anterior había cometido una terrible equivocación. Se había quedado dormida en el sofá de Hank, dejándole al cuidado de Drew. ¿En qué estaba pensando?

Agotada y temiendo hacer daño al bebé, había ido hasta su casa sin haber sido invitada. A juzgar por la expresión de Hank, su visita no le había agradado. Pero era un hombre educado, así que le había enseñado los planos de la casa en construcción y le había ofrecido café. Había abusado de su hospitalidad quedándose demasiado tiempo y había traspasado los límites que había entre ellos.

Sintiéndose avergonzada, cambió a Drew de postura. El peor error lo había cometido en la misma puerta de su casa. ¿Qué se le había pasado por la cabeza para besar a Hank? Sí, había sido un inocente beso en la mejilla para darle las gracias por todo.

Pero, aun así, él lo había rechazado.

Le habría gustado que Hank tirase de ella y devorara su boca con un beso. Lo cierto era que había deseado más que besos, lo que le confundía. No quería un hombre en su vida, no tenía tiempo. Además, con Drew pegado a su pecho, nada apasionante habría surgido. No, no se había parado a pensar.

Dos mirlos graznaron y volaron junto a la ventana de camino a los madroños. Ginger ladró suavemente. Los pájaros llamaron también la atención de Drew. El pequeño emitió un sonido y arrugó su pequeña nariz.

–Son mirlos –le explicó–. Son ruidosos y listos, y se comen cualquier cosa.

El bebé pareció interesado. Quizá fuera que reconocía su voz. Después de una semana, debería ser así. Fijó los ojos en su rostro y Mia sonrió, sintiendo que el corazón se le llenaba de ternura.

–Supongo que no debería haber molestado a Sookie en su día libre –continuó Mia.

Como Bart era el entrenador del equipo de hockey sobre hierba, la mayoría de los sábados de primavera y verano estaba ocupado. Sookie solía asistir a los partidos, pero no a las sesiones de entrenamiento. Aquel día había entrenamiento, así que Mia había invitado a su amiga, que había aceptado encantada. Mia se había sentido aliviada y más que agradecida puesto que no le gustaba quedarse a solas con Drew.

–Tengo veintinueve años y soy una experta veterinaria. Debería ser capaz de bañar a un bebé –dijo hablando para el bebé y las mascotas–. Pero me pongo nerviosa.

Sopló una ráfaga de viento y la llovizna se convirtió en un chaparrón, como si la propia Madre Naturaleza estuviera intranquila. Mia se estremeció y Drew se puso rígido. Las gotas de lluvia empezaron a repiquetear contra la ventana.

–¿Has oído eso? –dijo en un intento por tranquilizarlo–. Es el sonido de la lluvia.

El pequeño se agitó inquieto en sus brazos. Trató de morderse el puño, pero no parecía saber cómo llegar hasta él y arrugó la frente. Parecía a punto de llorar.

–¿Qué pasa, Drew? –preguntó deseando que pudiera contestar–. No puedes tener hambre porque hace menos de una hora te has tomado un biberón. Y te acabo de cambiar el pañal.

Quizá necesitaba echar el aire. Lo colocó contra su hombro y empezó a darle palmaditas en la espalda como había visto hacer a Hank. En vez de eructar, el pequeño agitó los brazos, hizo fuerza con las piernas y empezó a emitir gruñidos.

Mia empezó a acunarlo, pero eso pareció empeorar las cosas. Hank sabría qué hacer, pero después de lo de la noche anterior, no quería molestarlo. Le había dicho que Drew podía sentir su nerviosismo. Tenía que calmarse.

Respiró hondo e intentó relajarse. El bebé lloraba con tanta fuerza que iba a despertar a todos los animales que hubiera cerca. Ginger levantó la cabeza y aulló. Rags saltó del sofá y corrió detrás de la perra.

–Por favor, no llores.

Asustada, siguió dando palmaditas en la espalda del bebé. Seguramente dejaría de llorar enseguida, se dijo mientras daba vueltas por el salón y la cocina.

Pero los llantos se convirtieron en gritos y su pánico aumentó.

«Por favor, no te mueras. No te mueras».

Unos minutos más tarde, cuando Mia vio llegar el coche de Sookie, corrió a la cocina y abrió la puerta de atrás.

Sookie se limpió los pies en el felpudo, se quitó el impermeable a la vez que cerraba la puerta, y lo colgó en el perchero. Luego, su mirada preocupada viajó de Drew a Mia.

–Me dijiste que la leche de soja estaba funcionando.

–Eso pensaba –replicó Mia, levantando la voz para hacerse oír–. Ha empezado a llorar hace diez minutos y no consigo hacerle parar. ¿Qué le pasa? –preguntó dirigiendo una mirada de desesperación a su amiga.

–Seguro que no pasa nada, ¿verdad, pequeño Drew? –Dijo Sookie

tomando al pequeño en brazos–. Ya está, ya está – susurró meciéndole–. La tía Sookie ya está aquí.

Durante unos segundos, nada cambió. Luego, para alivio de Mia, el bebé dejó de llorar.

–Gracias a Dios. ¿Cómo lo has hecho?

–No lo sé. Quizá no me pongo tan nerviosa.

Eso o que Drew era lo suficientemente espabilado para darse cuenta de lo pésima cuidadora que era Mia. Una prueba más de que debía darlo en adopción.

«¿Por qué me confiaste a tu hijo, Rosanne?».

–Ya verás qué pronto aprendes a arreglártelas con el bebé. ¿Quieres volver a tomarlo en brazos?

–No –replicó Mia cruzándose de brazos–. Empezará a llorar. Quédatelo tú.

–De acuerdo –dijo Sookie acunando al bebé–. Pareces más descansada que ayer.

–Anoche dormí diez horas, gracias a Hank.

–¿Cómo? ¿Qué tiene él que ver con que hayas dormido bien esta noche?

–Es una larga historia. Digamos que me ayudó cuando más lo necesitaba.

–Me da igual si es un relato épico, no puedes dejarme en suspense –dijo Sookie echándose hacia delante y arqueando las cejas–. ¿Ha pasado la noche aquí?

–No, fui a su casa. Me quedé dormida en su sofá. Fin de la historia.

Sookie tiró de una silla de la cocina y se sentó.

–¿Qué estabas haciendo en el sofá de Hank? ¿Pelando la pava?

–¿No paras nunca? –dijo Mia alzando la mirada al cielo–. Fui a verlo para decirle que tenía razón en cuanto a que Drew tenía cólicos. Se fue a hacer café y fue entonces cuando me quedé dormida.

–Qué manera de perder una oportunidad. Supongo que, después de todo, no odias a ese hombre.

–Nunca he dicho que lo hiciera. Solo que no me gusta el ruido y que destrocen la naturaleza.

–¿Te enseñó la maqueta de la casa?

–Es muy bonita –asintió Mia–. También está esforzándose en preservar el entorno.

–Por la expresión de tu cara, diría que te gusta Hank Adams – comentó Sookie estudiando a Mia–. Y mucho.

Mia sintió que le ardían las mejillas y decidió que no tenía sentido mentir a su mejor amiga, así que asintió.

–Lástima que no sea recíproco.

–Eres maravillosa y muy guapa. ¿Cómo es posible que no sea recíproco?

Su amiga estaba siendo muy amable. Sabía que no era ninguna belleza deslumbrante y tampoco le apetecía pararse a analizar por qué Hank no se sentía atraído por ella.

–Así son las cosas.

Mia miró a Drew, que tenía sus enormes ojos azules clavados en ella.

–¿Por qué está tan callado? ¿Crees que le pasa algo?

–Relájate, cariño. Después del berrinche, seguramente estará cansado. ¿Qué te parece si lo bañamos antes de que se duerma? Vete llenando la bañera y yo iré desvistiéndolo.

Sookie tumbó al bebé en una toalla sobre la encimera. Mientras desvestía a Drew, Mia abrió el grifo del fregadero y comprobó la temperatura del agua.

–El bebé está listo –anunció Sookie.

–¿Quieres bañarlo? –preguntó Mia esperanzada.

–Solo estoy aquí para darte apoyo moral –dijo su amiga dándole a Drew–. Es todo tuyo.

Nerviosa a la vez que decidida, Mia lo sujetó por la cabeza y el trasero, y lo metió en el agua.

–Allá vamos –dijo preparándose para otra tanda de llantos.

Drew se puso rígido. Arrugó la frente y sus labios se curvaron hacia abajo. Mia contuvo el aliento.

–Por favor, no llores.

El pequeño la miró y empezó a sacudir brazos y piernas. En vez de llorar, comenzó a mirar a su alrededor.

–Mira qué contento –señaló Sookie.

A juzgar por la expresión de su carita, tenía razón. A Drew parecía gustarle el agua. A Mia se le llenó el corazón de ternura y no pudo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción.

–No está mal.

–Claro que no. ¿Puedes seguir bañándolo mientras preparo té?

–Creo que nos lo hemos ganado –dijo Mia.

Unos minutos más tarde, Sookie le llevó una toalla con la que Mia envolvió a Drew antes de llevarlo al cuarto de invitados, en el que había colocado la cuna. Orgullosa por haber conseguido bañarlo sin que llorara, se puso a canturrear mientras lo vestía. Los dos todo sonrisas, volvieron a la cocina.

–Ya estamos aquí –dijo mostrándoselo a Sookie.

–Este pequeño está impecable, pero tú no.

Mia se miró la sudadera y los vaqueros, y se sorprendió al ver lo mojada que estaba. Se había concentrado tanto en el bebé que no se había dado cuenta. Por primera vez en más de una semana, se rio.

Drew bostezó.

–Es la hora de la siesta –anunció Mia–. Voy a ponerlo a dormir y a

cambiarme de ropa, y enseguida vuelvo.

Al llegar al pasillo que daba a las habitaciones, el teléfono sonó.

–Yo contesto –dijo Sookie.

–Gracias. Si es alguien con un animal enfermo, dile que venga.

Mia dejó a Drew en la cuna, y se puso una camisa y unos vaqueros secos. Luego volvió a la cocina, dispuesta a sentarse a charlar con Sookie hasta que el paciente llegara o Drew se despertara.

La seriedad de Sookie la puso en alerta. Mia frunció el ceño.

–¿Quién ha llamado? ¿Qué ha pasado?

–Una tal Susan Pearson, de la agencia de adopción. Quiere que la llames inmediatamente.

Capítulo 6

–¿Tan pronto? –dijo Mia dejándose caer en una silla–. Hace tan solo cinco días que estuve con la abogada. No pensé que fuera a ser tan rápido y menos en un fin de semana.

–Hay gente que trabaja los sábados –apuntó Sookie.

Mia sintió que su amiga la observaba, pero no podía mirarla en aquel momento. Metió el infusor con hojas de menta en la taza de agua caliente. La agencia debía de haber encontrado una familia para Drew. Eso era lo que quería, ¿no? Debería sentirse aliviada.

La menta se suponía que relajaba, así que se inclinó sobre el vapor e inhaló el aroma, pero no sirvió de mucho. Se sentía como si le hubieran dado un puñetazo.

–La señora Pearson ha dicho que la llames enseguida – repitió Sookie señalando el bloc de notas que había junto al teléfono–. Ha dejado el número de su casa. ¿Estás segura de que quieres dar a Drew en adopción?

¿De verdad quería? Su parte más racional decía que sí. Lo mejor para Drew era que otros cuidaran de él y lo criaran. Pero su corazón no estaba tan seguro.

–No tengo otra opción –contestó, sacando el infusor de la taza.

–Venga, Mia, estamos en el siglo XXI. Muchas mujeres crían a sus hijos solas y lo hacen muy bien.

Sookie estaba equivocada respecto al motivo de Mia para tener tantas dudas. La maternidad a solas no era el problema. Lo que le preocupaba era lo que pudiera pasarle a Drew bajo su cuidado.

–Tu abuela hizo un trabajo bárbaro contigo, ¿no es cierto? –preguntó Sookie.

La mujer había criado a Mia con amor y disciplina, le había enseñado a disfrutar y a respetar la naturaleza y los animales.

–Mi abuela fue la mejor –dijo asintiendo.

Si siguiera con vida, sabía que aprobaría su decisión de dar a Drew en adopción. Teniendo en cuenta lo que pasó, era la decisión correcta. Sookie no sabía nada de Gracie y nunca se lo contaría. Mia había guardado en lo más hondo aquel trágico episodio y allí se quedaría.

–No estarías sola –continuó Sookie–. La tía Sookie siempre estaría cerca para echar una mano. Todo el mundo por aquí te adora y no conozco a ninguna persona que no viniera corriendo si la necesitaras.

Aquellas amables palabras animaron a Mia, pero nada cambió.

–Te lo agradezco, Sookie, pero no puedo adoptar a Drew. Si no te importa, no quiero seguir hablando de esto –dijo entrelazando las manos sobre la mesa y echándose hacia delante–. Ahora, cuéntame

qué está pasando entre Bart y tú.

–¿De qué estás hablando?

–Esa sonrisa de Mona Lisa me hace pensar que guardas un secreto.

–Así es –concedió Sookie y también se echó hacia delante–. Prométeme que no dirás nada.

Mia se hizo una cruz sobre el corazón.

–Todo empezó cuando llevaste a Drew a casa. Ayudándote a cuidarlo, me he dado cuenta de lo mucho que deseo tener un hijo.

–¿Y?

–No estaba segura de si Bart estaría preparado, así que pensé que el mejor momento para hablar del tema sería la noche de nuestro aniversario de boda. ¿Recuerdas lo nerviosa que estaba?

–Te compraste aquel camisón negro tan sexy en la hora del almuerzo.

–Para convencerlo de tener un bebé.

–¿Funcionó?

–Le encantó el camisón, pero solo lo tuve puesto cinco minutos –contestó Sookie sonriendo–. Al parecer, Bart también había estado pensando en tener niños. Así que esa misma noche nos pusimos a la tarea y desde entonces, aprovechamos cada ocasión que tenemos. Con un poco de suerte, pronto estaremos embarazados –dijo, y levantó la taza–. ¿Brindamos?

Mia envidió el brillo de los ojos de su amiga y unieron sus tazas.

–Para que pronto tengáis buenas noticias. –Y por que consigas que Hank se fije en ti.

–Eso no va a pasar –dijo Mia.

Pero, por si acaso, volvieron a brindar con las tazas.

Hank bostezó mientras empujaba el carro por el pasillo del supermercado. Cada vez que giraba a un lado, la rueda izquierda chirriaba.

Los domingos por la mañana, la mayoría de la gente se quedaba en casa o iba a la iglesia, momento que él aprovechaba para hacer la compra y así evitar las filas.

Se dirigió a la sección de congelados, sintiendo dolor a cada paso. Se había esforzado mucho el día anterior ordenando materiales para la semana siguiente y, cuando la lluvia había cesado a mediodía, había seguido trabajando en la estructura hasta el anochecer. Estaba pagando por los excesos y le dolían los músculos.

Lástima que no pudiera cerrar la mente a los pensamientos, todos ellos sobre Mia y Drew. ¿Habría dormido bien el bebé? ¿Habría podido descansar Mia? ¿Por qué quería darlo en adopción cuando era evidente que lo quería? ¿Por qué tenía tanto miedo?

Tanto interés implicaba que estaba empezando a involucrarse y no quería hacerlo.

Se reprendió por haberla besado mientras dormía. Luego, había sido ella la que lo había besado. Aunque apenas le había rozado la mejilla, había sentido la suave presión de sus labios. Aquella mujer despertaba la atracción física que durante tanto tiempo había contenido. Ahora, la deseaba día y noche, y eso lo asustaba.

Además, parecía sentirse atraída por él. Si viera las cicatrices de su cuerpo, su deseo se convertiría rápidamente en asco. Hank hizo una mueca y abrió la puerta del congelador. No volvería a tocarla ni dejaría que lo tocara a él.

Eligió varios platos congelados, una pizza y una tarrina de helado, y los dejó en el carro. ¿Qué más necesitaba? Leche, cereales, pan, embutido, queso y manzanas. Repasó la lista una y otra vez mientras se dirigía al pasillo de los lácteos. Cualquier cosa con tal de mantener la cabeza apartada de Mia.

De repente la vio. Estaba en la sección de delicatessen.

Como era natural, Drew estaba con ella. Su silla para el coche ocupaba todo el carro. Hank sintió pavor, a la vez que su corazón daba un salto de alegría.

No lo había visto. Podía dar la vuelta y marcharse y ella nunca se enteraría. Sacudió la cabeza. Ese no era su estilo. La saludaría y seguiría haciendo la compra.

Al empujar el carro hacia delante, la rueda chirrió, llamando la atención de Mia. Abrió los ojos como platos y, como de costumbre, sus mejillas se sonrojaron.

–Hola.

–Buenos días –dijo él con una inclinación de cabeza.

No pudo evitar reparar en sus ojeras. O Drew no la había dejado dormir o había algo que la preocupaba.

–¿Cómo está hoy el pequeño? –preguntó mirándolo.

–Mejor, gracias. Anoche se despertó tres veces, pero se quedó dormido enseguida después de comer.

Aunque hacía calor en el supermercado, Mia se frotó los brazos como si tuviera frío.

–Cuando se despierte, dile que le felicito de mi parte.

Hank trató de convencerse de que no quería saber qué era lo que le preocupaba. Se aferró a la barra del carro, decidido a decir adiós y marcharse.

–¿Pasa algo? –preguntó sin poder contenerse.

–Lo cierto es que tengo buenas noticias –dijo ella, con expresión seria a pesar de sus palabras–. Ayer me llamaron de la agencia de adopción. Han seleccionado a varias posibles familias para Drew. El papeleo llegará la semana que viene.

–¿Qué quieres decir con «papeleo»?

–La información acerca de cada familia: dónde viven, si tienen otros hijos, sus profesiones y ese tipo de cosas. Tengo que leerlo todo y elegir a una. Luego conoceré a la familia en cuestión y veré cómo se relacionan con Drew.

–Está bien, si es eso lo que quieres.

–Sí –dijo Mia sin parecer muy convencida.

Se quedaron en silencio y Hank pensó que había llegado el momento de marcharse.

–Ya nos veremos –dijo metiendo las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

–¿Por qué no vienes a cenar? –preguntó Mia, tan sorprendida por la invitación como él–. Para agradecerte que me ayudaras con Drew la otra noche.

Hank sintió que le daba un vuelco el corazón. Pero lo ignoró.

–Ya te dije que no tenías nada que agradecerme. No me debes nada.

Por un segundo, ella se quedó confusa. Luego asintió.

–Oh, entiendo. No quieres venir.

–Créeme, Mia, no es por ti.

Claro que era por ella. La deseaba, pero era peligroso, imposible y una estupidez.

–No pasa nada, de verdad –dijo con una sonrisa, antes de inclinarse para tapar al bebé–. Será mejor que acabe de hacer la compra antes de que Drew se despierte.

Mia se dio media vuelta para marcharse. Después de verla, se sentiría más solo aún aquella noche. No podría soportarlo. Maldijo para sí y carraspeó.

–Acepto la invitación. ¿A qué hora quieres que vaya y qué quieres que lleve?

Al girarse Mia, su rostro se había iluminado.

–Ven a las seis y trae a Nugget.

Unas horas más tarde, acompañada de Drew, Ginger y Rags y con una olla de estofado de carne al fuego, Mia canturreaba mientras cortaba un pimiento verde para la ensalada. Levantó la mirada y sonrió al bebé, que estaba en su hamaca sobre la encimera de la cocina.

–Hank va a venir a cenar, Drew.

El bebé balbuceó, como si hubiera reconocido su nombre.

De momento, parecía contento. ¿Un buen presagio para la noche que se avecinaba?

Mia se rio sin ningún motivo. Se sentía emocionada y feliz, como

una colegiala enamorada de alguien que finalmente se había fijado en ella.

Lo cual era ridículo. Era una mujer, no una niña, y Hank no sentía nada por ella. Se trataba de una cena entre vecinos. Lo bueno de aquella noche era que mientras estuviera preparando la cena, se olvidaba de la tensión de tener que leer los documentos que le había enviado la agencia de adopción. Temía el momento de que llegaran y tuviera que elegir una familia para Drew. ¿Y si se equivocaba al tomar la decisión? El corazón se le encogió en el pecho.

«No pienses en eso ahora».

Se obligó a concentrarse en preparar la cena. El estofado olía muy bien. Metió una cuchara en la olla y removió la carne, la salsa y las verduras. Luego tomó un poco y esperó a que se enfriara para probarlo.

–No está mal –dijo mirando a Ginger y a Rags–. Ahora, una tanda de los famosos panecillos de mi abuela. Luego pondré la mesa y, por último, me cambiaré de ropa para estar presentable.

La receta secreta de los panecillos se la había dado su abuela con instrucciones expresas de que no saliera de la familia. Mia había respetado sus deseos y era la única que conocía los ingredientes. Probablemente, la receta moriría con ella. Era un pensamiento triste, pero no tenía a nadie con quien compartirla, excepto con Drew, a quien probablemente no volviera a ver una vez lo adoptaran.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, el bebé emitió un sonido de protesta.

–Créeme, lo mejor para ti es encontrar una familia.

Era cierto, pero doloroso.

Diez minutos antes de las seis, justo cuando estaba metiendo los panecillos en el horno, Drew empezó a agitarse. Estuvo llorando mientras le cambiaba el pañal, y siguió haciéndolo mientras le preparaba el biberón y se lo calentaba. Su llanto no paró hasta que le metió la tetina en la boca. Succionó con avidez y rápidamente se acabó el biberón.

Acababa de sacarle el aire, cuando sonó el timbre. Miró el reloj. Eran poco más de las seis y no estaba lista. Tenía los vaqueros sucios y la blusa llena de manchas. No se había peinado ni maquillado ni perfumado. Demasiado tarde ya.

Con Drew al hombro y los animales pegados a sus talones, corrió al salón. De camino a la puerta, miró por la ventana. Hank sostenía un ramo de flores y vestía una chaqueta de pana, un jersey de cuello vuelto marrón y unos vaqueros. Estaba muy guapo.

Por el contrario, ella estaba desaliñada. Forzó una sonrisa y abrió la puerta.

–Pasa, por favor.

Meneando el rabo, Nugget se acercó a Ginger y los dos perros empezaron a jugar. Rags se metió bajo el sofá.

–¿Llego pronto?

–No –contestó ella y suspiró–. Se me ha hecho tarde.

–Son para ti –dijo él, ofreciéndole un ramo de tulipanes, margaritas, lilas y forsitias–. Lo he hecho yo. No me gustaron las flores que tenían en la floristería, así que fui a dar un paseo. ¿Dónde tienes un jarrón?

–En la cocina, te lo enseñaré.

–¿Se está quemando algo?

–¡Los panecillos!

Le puso a Drew en los brazos y corrió a la cocina.

La habitación estaba llena de humo. Sacó la bandeja del horno y la dejó en el fregadero. Tosiendo, abrió la puerta de atrás. Una bocanada de aire fresco entró, disipando el humo. Cuando Hank y Drew entraron unos segundos más tarde, Mia estaba tirando a la basura los panecillos quemados.

–Creo que nos hemos quedado sin pan.

–Sobreviviremos –dijo Hank, encogiéndose de hombros.

Mia se fijó en el ramo. Las flores estaban aplastadas.

–Lo he hecho yo al darte a Drew, ¿verdad?

–No te preocupes –repuso él mirando al bebé que tenía en brazos, antes de señalar con la cabeza las flores–. Algunas están bien.

Mia llenó de agua el jarrón favorito de su abuela y colocó las flores como mejor pudo. Luego lo dejó en el centro de la mesa.

–Ya está. Perfecto. Ahora debería cambiarme de ropa.

–Por mí no lo hagas. Estás muy bien.

Teniendo en cuenta que no se sentía atraído por ella, era natural que su aspecto le diera igual. Desde los brazos de Hank, Drew bostezó y cerró los ojos.

–Parece que este pequeño granuja está listo para dormir. El momento perfecto –dijo Hank.

–Lo llevaré a la cuna. Esperemos que nos deje cenar tranquilos.

Hank apuró el estofado de su plato. Mia había preparado una comida estupenda, la mejor que había comido en meses.

–Está delicioso. Voy a servirme un poco más.

Mia lo observó llenarse el plato y luego acercó el suyo.

–¿Me sirves también a mí?

–Claro.

A Hank le gustaba verla comer con tanto apetito, a diferencia de otras mujeres. Le gustaba su cálida sonrisa y su manera de comportarse. Lo cierto era que le gustaba todo de ella.

–Lástima los panecillos –dijo Mia–. Iban muy bien con el estofado.

–Entonces, tendré que volver otro día para probarlos – replicó él sin pensárselo.

Ella sonrió y tragó el bocado que tenía en la boca antes de contestar.

–Trato hecho. Pero mientras los preparo, tendrás que cuidar de Drew para que no se quemen.

–Por otra comida como esta, lo haré encantado.

Hank estaba sorprendido de lo cómodo que se sentía. Parecían un par de buenos amigos compartiendo una comida, aunque apenas se conocían.

–¿Cuánto tiempo llevas en el mundo de la construcción? –preguntó Mia, dejando la cuchara.

–Años. Conseguí mi primer trabajo en la construcción el verano antes de empezar la universidad –respondió él, dejando la cuchara en el plato vacío–. Me gustó tanto que me licencié en Arquitectura. Desde entonces, he estado construyendo casas.

–Impresionante –dijo Mia, mirándolo con admiración.

–Tú cuidas de la vida de los animales. Eso es mucho más importante –comentó Hank y señaló a las mascotas–.

Pregúntales.

–Gracias –dijo ella, inclinando la cabeza con modestia.

–De niño tuve un perro que mi padre trajo de la perrera. Le puse de nombre Spot. Si no hubiera tenido un veterinario tan bueno, no habría vivido catorce años. –Son muchos años para un perro.

–A Spot y a mí nos gustaba ir de expedición, sobre todo por sitios a los que no nos dejaban ir. En una ocasión se cayó en un hoyo y mi padre tuvo que sacarlo. El pobre Spot tuvo una fractura y me prometí no volver a salir del barrio.

–¿Y lo hiciste?

–Lo intenté. Pero Spot era un aventurero y lo seguí. No iba a perderme la diversión.

Mia se rio, provocando una sonrisa en Hank.

–Apuesto a que tu madre estuvo muy ocupada con vosotros.

–Dice que yo era peor que mi hermano y mi hermana juntos.

–Háblame de ellos y de tus padres.

–Mis padres llevan casados cuarenta años. Mi padre tiene una imprenta y mi madre le ayuda. Ahora están retirados. Mi hermano, Jake, es el mayor. Está divorciado. Luego le sigo yo y Lisa es la pequeña. Se casó con Ryan y tienen dos hijos, por eso sé de bebés y cólicos.

–¿Tienes más familia?

–A ver –dijo Hank frotándose la barbilla–. Tres tías, dos tíos, una abuela y un montón de primos.

–Vaya. Te envidio. ¿Les echas de menos estando aquí?

–Sí –respondió él, y se sorprendió por la sinceridad de su contestación.

Hacía meses que no hablaba con ellos. Desde la muerte de Gil, todos habían sido muy prudentes con él. Después, cuando Kristin lo dejó, la empatía se convirtió en una lástima que ni quería ni necesitaba. Aun así, tenía que llamar para ver cómo estaban.

Mia se quedó mirándolo pensativa, como si quisiera indagar más en su vida. Antes o después, la parte más oscura de su pasado saldría a relucir y descubriría que había sido el responsable de la muerte de su amigo y que su vida se había convertido en un desastre. Eso haría desaparecer el respeto que Mia sentía hacia él.

No lo soportaría. Apartó los platos y apoyó los antebrazos en la mesa.

–¿Qué me dices de ti? –preguntó, deseando saber más sobre ella–. Sé que te mudaste a Forest Glen cuando tenías cinco años. ¿Dónde vivías antes?

El rostro de Mia se ensombreció.

–Nací en Olympia, en el estado de Washington –dijo jugueteando con la copa de agua con la mirada fija en el cristal–. Viví allí hasta que me vine a vivir con mi abuela.

Sabía que no tenía más familia, pero no conocía los detalles. Era su turno para indagar.

–¿Puedo preguntar por qué?

Por un momento, pensó que no contestaría. Mia se quedó mirando el círculo de agua que había dejado la copa y lo secó con la servilleta, antes de suspirar y levantar la vista.

–Mi padre se fue de casa cuando tenía cinco años. Un mes más tarde, mi madre me trajo aquí. No los volví a ver. Hace varios años que murieron.

Hank se imaginó a Mia de pequeña, perdiendo a su padre y después a su madre. Sentirse rechazada debió de ser doloroso. En comparación, su infancia había sido un paraíso.

Quería consolarla, pero no sabía cómo.

–Lo siento.

–Ha pasado mucho tiempo. Y, de todas formas, fue culpa mía.

Convencido de que no había oído bien, Hank la miró entornando los ojos.

–¿Cómo?

–Lo cierto es que no quiero hablar de esto –dijo ella echando la silla hacia atrás y apilando los platos vacíos–. No he preparado nada de postre, pero he comprado helado.

Hank quería saber más, pero no iba a conseguir nada insistiendo y no quería estropear el ambiente relajado que se había establecido

entre ellos.

–Me parece estupendo.

Media hora más tarde, Hank se sentía a reventar.

–Hacía mucho que no comía tanto. Me va a estallar el estómago.

–Puedes bajar la comida ayudándome a recoger los platos – dijo Mia sonriendo–. ¿Prefieres fregarlos o secarlos?

Hank interpretó su propuesta como una señal de que se sentía cómoda con él, a pesar de las preguntas.

–Fregarlos –contestó–. Así no tendrás que decirme dónde va cada cosa.

Mia le dio un delantal, ella se puso otro, y se pusieron manos a la obra en silencio.

Una agradable sensación lo invadió. Se sentía a gusto con Mia, mejor de lo que nunca se había sentido con Kristin. Aquel pensamiento puso fin a su alegría. Tenía que marcharse antes de que fuera tarde.

Aun así, cuando Mia colgó el paño de cocina, lo único que deseaba era abrazarla. Por la expresión de sus ojos, lo mismo quería ella. Cualquier hombre podía perderse en aquellos grandes ojos azules.

–Mia...

–Dime, Hank.

Se había acercado y podía ver las motas plateadas de sus ojos y un pequeño lunar en su mejilla. Ladeó un poco la cabeza y separó los labios. Hank bajó la mirada a su boca, preparándose para besarla.

Sus manos deseaban acariciarla y su cuerpo la buscaba. Podía inclinarse y cumplir con lo que le ordenaban sus sentidos. Pero un beso llevaría a otro, y luego ambos querrían más. Hasta que viera sus cicatrices. Entonces se apartaría horrorizada y no podría soportarlo, así que bajó la mirada al hombro de Mia.

–Tienes torcido el tirante del delantal –dijo.

Se secó las manos en el suyo y, con cuidado de no tocarle el hombro, le colocó el tirante.

El brillo de los ojos de Mia desapareció y se quedó confundida.

–Gracias. Ya casi hemos acabado aquí. Puedes marcharte si quieres y yo terminaré.

–Mañana me espera un día muy ajetreado y tengo que levantarme pronto.

Silbó y al momento Nugget se levantó, con Ginger a su lado. Luego, tomó la chaqueta del perchero. Mia y los perros le acompañaron hasta la puerta.

–Gracias por una cena estupenda.

–De nada. Me alegro de que hayas venido.

Mia le dirigió una mirada de deseo. La necesidad de besarla era intensa y a punto estuvo de sucumbir. Pero Mia apartó la mirada hacia

Ginger y le impidió así cometer un gran error.

–Buenas noches, Hank –dijo sujetando de la correa a la perra.

–Buenas noches.

Hank abrió la puerta y salió. En la fría oscuridad de la noche y con Nugget a su lado, se fue a su casa.

Capítulo 7

El martes por la tarde, el niño pecoso de once años Avery Rogers dirigió una mirada de preocupación a su conejo.

–¿Qué le pasa a Petie?

–No es nada serio –dijo Mia ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora–. Petie tiene ácaros en los oídos.

June, la madre treintañera del niño, una mujer a la que Mia conocía desde hacía años, pareció ofenderse.

–Pero si tengo la casa limpia.

–Lo sé, June, pero eso no tiene nada que ver con el problema de Petie. Es frecuente encontrar ácaros en los oídos de los conejos. Voy a pedirle a Sookie que traiga una crema fungicida. Si sigues las instrucciones y la aplicas dos veces al día, Petie se pondrá bien enseguida –dijo mirando a Avery–. ¿Crees que podrás hacerlo?

–Claro –asintió el niño–. Gracias, doctora Mia.

–De nada. Mientras metes a Petie en su jaula, voy a pedirle a Sookie lo que necesitas. Enseguida vuelvo.

Encontró a su ayudante sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro, mientras anotaba algo en la agenda. Durante todo el día, no habían parado de dar citas ni de atender consultas, incluso a dueños de mascotas que nunca antes habían requerido los servicios de Mia como veterinaria. Cuando Sookie colgó, Mia le dio la receta para Petie.

–¿No hay demasiado ajetreo para ser un martes?

Sookie asintió.

–Ayer también fue así.

–¿De dónde salen?

–No es por menospreciar tus maravillosas habilidades como veterinaria, pero ¿no es evidente? Todos quieren conocer a Drew.

Seguramente fuera cierto. A pesar de la poca densidad de población y de que las casas estaban apartadas, todo el mundo en Forest Glen sabía lo del bebé. También sabían que no iba a quedarse para siempre. La idea entristeció a Mia, pero su decisión estaba tomada. El niño estaría mejor con otra familia.

–Ah, ha llegado el correo –dijo Sookie señalando con la barbilla un sobre blanco–. Es de la agencia de adopción.

Mia estaba esperando los informes, pero no había contado con que le diera un vuelco el estómago. En aquel momento, era incapaz de abrir el sobre.

–Gracias, Sookie. Le echaré un vistazo luego.

Cuando volvió a la sala de consultas, June parecía un poco

nerviosa.

–Me pregunto si… –dijo y carraspeó antes de continuar–. ¿Podríamos ver al bebé?

Mia habría preferido reservar su vida personal, pero en Forest Glen no era fácil. Antes de que pudiera responder, Sookie entró.

–Aquí está la crema para Petie –dijo y paseó la mirada de Mia a Avery y June–. ¿Qué ocurre?

–A lo mejor Mia nos enseña al bebé –respondió Avery emocionado.

–Está bien –dijo Mia y sacó de la bata el monitor portátil de bebés que usaba cuando Drew estaba en la cuna–. Está dormido, pero si no hacéis ruido…

Condujo a la madre y al hijo por el pasillo de la clínica hasta el salón. Otro pasillo llevaba al cuarto de invitados y a Drew. Estaba tumbado de espaldas, con los ojos cerrados y los labios fruncidos. El corazón de Mia se llenó de ternura. Se apartó mientras June y Avery contemplaban a Drew.

La mujer pasó el brazo por los hombros de su hijo y lo estrechó contra ella. Cualquiera podía darse cuenta de que era una madre buena y cariñosa. Un antiguo dolor despertó en ella. No se acordaba de su madre ni de sus muestras de cariño. Avery era un chico con mucha suerte.

–Es muy guapo –dijo June mientras volvían a la consulta–. ¿Qué tiempo tiene?

–Poco más de cinco semanas –contestó Mia.

Sookie los recibió con una sonrisa.

–¿Por qué no quieres quedarte con él? –preguntó el niño y se quedó mirando a Mia.

–¡Avery! –le regañó su madre–. Es una pregunta impertinente.

Pero sus ojos brillaban con curiosidad, al igual que los de Sookie.

–No pasa nada –dijo Mia.

¿Cómo explicarlo de manera que tuviera sentido, sin tener que contar la verdad?

–Bueno, nunca había pensado en tener hijos. Además, quiero que Drew tenga unos padres cariñosos que lo cuiden y lo quieran, como tú, que tienes a tu papá y a tu mamá. ¿Lo entiendes?

–Creo que sí –respondió el niño encogiéndose de hombros.

Justo entonces sonó el timbre de la puerta.

–Es el paciente de las tres y media –anunció Sookie, salvándola de la mirada escrutadora de June.

Mia suspiró de alivio y se despidió con la mano de June, Avery y Petie.

El viernes de madrugada, en la cama y agotada de tener que

atender la consulta a la vez que cuidar de Drew, Mia miró el reloj. Eran las cuatro. Drew había comido hacía media hora. El monitor estaba en silencio, señal de que estaba dormido. Probablemente dormiría unas horas más, lo mismo que debería hacer ella. Cerró los ojos e intentó descansar. Unos segundos más tarde, volvió a abrirlos. No podía relajarse, tenía demasiadas preocupaciones.

Una de ellas era la salud de Drew. En aquel momento estaba bien, pero eso no garantizaba nada. También estaba su adopción. Habían pasado tres días y no había leído los expedientes que la señora Pearson le había mandado. Había estado muy ocupada, aunque no tanto como para no poder hojear una revista antes de dormirse o para no soñar con Hank. Solo con pensar en aquel hombre, se le aceleraba el corazón. Dejó escapar un suspiro. Se lo había pasado muy bien el domingo por la noche y sabía que él también. Había disfrutado del sonido de su risa y de las historias de su infancia y de su familia.

A Mia le gustaba. Quería tener una relación física con él, a pesar de que terminara cuando se marchara de Forest Glen. Mientras Hank quisiera... ¿Qué era lo que él quería? No la había llamado ni había ido a verla. ¿Amistad? Tal vez, pero nada más. Durante la cena, lo había pillado mirándola más de una vez, con un cálido brillo en los ojos que denotaba un interés sexual. O eso le había parecido, aunque teniendo en cuenta que no la había besado, debía de haberse equivocado.

Le había dado muchas ocasiones de hacerlo. La primera, la noche en que lo había besado en la mejilla. La segunda, mientras estaban junto al fregadero, recogiendo los platos. Hank se había inclinado hacia ella, con una expresión que había interpretado como de interés. Había estado segura de que iba a besarla. Pero en vez de eso, le había colocado el tirante del delantal. Luego, antes de que se marchara, había levantado la cabeza y le había ofrecido otra oportunidad.

No, no estaba interesado. Aun así, disfrutaba de su compañía. Mejor contar con su amistad que con nada.

Allí estaba, pensando en Hank cuando debería estar dormida o leyendo esos expedientes. Sintió un nudo en el estómago. Sabía que lo mejor para Drew era encontrar una familia que lo quisiera. Entonces, ¿por qué no había abierto los expedientes? A pesar de la oscuridad, miró hacia la cómoda donde los había apilado.

La señora Pearson y aquellas familias estaban esperando su decisión. Mia empezó a darle vueltas a la idea de leer aquellos documentos de inmediato.

–Es demasiado temprano para esto –murmuró, encendiendo la lámpara de la mesilla.

¡Qué demonios! Se pondría a leerlos, al fin y al cabo, no podía dormir. Apartó la ropa de cama, se levantó y se acercó a la cómoda. Tomó los papeles y, antes de volver a la cama, miró el monitor. Drew

estaba tranquilo. Dejó los expedientes sobre la cama y fue de puntillas a la habitación del bebé.

Estaba tumbado de espaldas, tal y como le había dejado. Con el corazón acelerado, se echó sobre la cuna y comprobó su respiración. Aliviada, dejó escapar un suspiro.

Volvió junto a los papeles y se sentó en la cama. Indecisa, extendió los tres expedientes. ¿Sabrían cómo cuidar de un bebé con cólicos? ¿Transmitirían a Drew el respeto por la naturaleza? ¿Lo querrían incondicionalmente, tal como ella lo quería?

Ahí estaba la razón de sus dudas. Quería a Drew con sus llantos, sus vómitos, sus pañales sucios y todo lo demás. Pero, en cualquier momento, algo podía ir mal y no quería correr el riesgo.

–Leeré estos papeles y tomaré una decisión –se ordenó.

Pero le parecía una manera muy fría de elegir a los padres de Drew, aunque fuera la antesala de una entrevista cara a cara. No, no podía hacerlo en aquel momento. Quizá después de una taza de té.

Se metió en un bolsillo el monitor del bebé y se dirigió a la cocina, seguida de Ginger, que se levantó de su cojín al oír sus pasos. Era una mascota leal y Mia agradeció su compañía. Se agachó y le acarició la cabeza.

–Buenos días.

Dejó a Ginger para hacer lo mismo con Rags, que acababa de aparecer.

–Supongo que querréis desayunar, ¿no? Antes pondré el agua a hervir.

Mientras se calentaba, dio de comer a los animales. Luego, dejó el té en infusión y buscó en la nevera un paquete de carne cruda que tenía para el halcón. Con ello en la mano, se fue a la clínica.

La rapaz estaba tranquila. Para no asustarla, le dio los buenos días en tono suave antes de acercarse a su jaula.

El joven macho de cola roja se estiró e intentó desplegar las alas, pero la herida y el escaso espacio se lo impidieron. Aquella reacción era señal de que se estaba recuperando. Unos cuantos días más y lo sacaría a una de las jaulas grandes que tenía fuera. Mia no quería que aquella ave se acostumbrara a ella, ya que dificultaría su reinserción en el mundo salvaje, así que no dijo nada más y se limitó a ponerse un grueso guante de cuero. Metió la carne por una puerta que había en la parte superior, se aseguró de que tuviera agua y se fue.

Mientras se dirigía al cuarto de baño para asearse, oyó el inconfundible sonido de unos martillazos. Como siempre, Hank había empezado pronto. Sabía que todavía faltaban unas horas para que llegara la cuadrilla. Trabajaban muchas horas, pero él dedicaba aún más, empezando antes de que llegaran y continuando hasta que se hacía de noche.

Mia sonrió. Seguía sin gustarle aquel ruido, pero él sí le gustaba. Miró por la ventana. Todavía estaba oscuro, pero el cielo empezaba a clarear. Hank y su equipo tendrían buen tiempo.

Al secarse las manos, se oyó al bebé. Drew estaba despierto. Se había acabado su tiempo a solas y todavía no había visto los expedientes. Quizá al día siguiente. Corrió al cuarto del pequeño.

–Buenos días, Drew –dijo inclinándose sobre la cuna sonriendo–. ¿Ya tienes hambre? Solo ha pasado una hora.

El niño se quedó mirándola fijamente y entonces se dio cuenta. Su nariz, normalmente rosada, estaba pálida o más bien morada. Los dedos de las manos y de los pies tenían el mismo color. Algo malo pasaba. Sintió que el miedo le helaba la sangre.

–¿Drew?

Le tocó la cara. Tenía la piel fría y húmeda.

¿Era eso el teléfono? Desde donde estaba en el segundo piso de la estructura, Hank frunció el ceño. Había dejado la puerta de la caravana abierta para que se ventilara y, al oír aquel estridente sonido, deseó no haberlo hecho. El que lo llamaba iba a tener que dejar un mensaje porque no estaba dispuesto a bajar para contestar la llamada. Le dolía mucho la cadera y la parte baja de la espalda.

La estructura estaba casi terminada, pero había unas cuantas cosas de las que quería ocuparse antes de que llegara la cuadrilla en dos horas. Con el sol a punto de salir, era un buen momento para trabajar.

Por fin dejó de sonar el teléfono. Aliviado, clavó otro clavo. A pesar de sus dolores, le gustaba trabajar al aire libre mientras la mayoría de la gente dormía. Le hacía sentirse dueño de la naturaleza.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo. Seis metros por debajo de él, Nugget lo miró y empezó a ladrar.

Pero ¿qué demonios? Hank dejó el martillo y miró la hora. Las cinco menos cuarto. ¿Quién le llamaba a esa hora? Fuera quien fuese, no querían dejarle un mensaje. Debía de ser importante y eso no podía ser bueno.

Hank empezó a sentirse preocupado.

–De acuerdo –dijo mirando a Nugget–. Ya bajo.

Esperaba que no les hubiera pasado nada a sus padres. Los había llamado la otra noche y había hablado con ellos por primera vez en meses. Se habían alegrado de saber de él. También había llamado a su hermana y a su hermano, pero no había dado con ninguno de ellos y les había dejado mensajes. Claro que ni Lisa ni Jake lo llamarían a aquella hora, a menos que hubiera pasado algo.

–Al habla Hank Adams –dijo al descolgar, mientras recuperaba el aliento.

–Soy Mia, a Drew le pasa algo. Se está poniendo morado.

Parecía aterrorizada.

–Tranquila, Mia. ¿Dónde está Drew ahora? ¿Respira bien?

–Está aquí conmigo y creo que sí. Espera mientras lo compruebo –dijo ella y se hizo el silencio durante unos segundos–. Sí, sí está respirando.

–Eso es bueno. ¿Has llamado al médico?

–Tan temprano no está todavía. He dejado mi nombre en su contestador automático y pensaba llevar a Drew a urgencias. Está a unos treinta kilómetros de aquí. Creo que no puedo conducir y estar pendiente de él a la vez. ¿Puedes venir con nosotros?

Hank ni se lo pensó.

–Voy para allá.

–Deprisa.

Escribió una nota para los obreros y la pegó en la puerta de la caravana. Luego, miró a Nugget.

–Cuida de todo, amigo. Hasta luego.

Capítulo 8

Mia se mordió el labio inferior mientras una atractiva doctora de treinta y tantos años, que se había identificado como la doctora Mohr, examinaba a Drew. Vestido solo con el pañal, estaba tumbado en la mesa de exploraciones. La doctora era tan cuidadosa que el bebé no lloraba, tan solo la miraba con sus brillantes y atentos ojos.

Sin embargo, Mia estaba hecha un manojo de nervios. La piel del bebé se había tornado morada. ¿Qué le pasaba? ¿Serían sus pulmones o su corazón?

«Por favor, no te mueras».

Estaba tan asustada que apenas podía pensar. Tenía las manos heladas y le temblaban las piernas. No podría estar de pie si no fuera por Hank. Su fuerte brazo la rodeaba por los hombros, ofreciéndole consuelo y tranquilidad. Se acercaron a Drew, sin entorpecer el trabajo de la doctora. Ambos estaban atentos al bebé.

La doctora Mohr terminó de examinarlo. Tapó al pequeño con una manta y luego se giró hacia Mia y Hank.

–A este bebé no le pasa nada.

Mia no estaba segura de haber oído bien.

–¿Y entonces? Si Drew está bien, ¿por qué está morado?

–Porque tiene frío.

–¿Frío? –repitió Mia.

–Es muy pequeño y no tiene grasa suficiente para mantener el calor. Pero no le pasa nada. Es un bebé sano –dijo la doctora sonriendo.

–Gracias a Dios. Entonces, ¿solo debería ponerle más ropa y abrigarlo más?

–No necesariamente. Los bebés también pueden sofocarse –respondió la doctora mirando a Mia con amabilidad–. ¿Alguna otra duda?

–De momento, no.

Todo lo que le había dicho la doctora era de sentido común. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

La poca esperanza que había albergado en lo más hondo de su corazón de convertirse en una buena madre, se desvaneció. Debía dar en adopción a Drew enseguida. Aunque supusiera estar en vela toda la noche, leería los expedientes y al día siguiente tendría tomada una decisión.

Debía de parecer tan atormentada como se sentía porque la doctora Mohr la miró preocupada.

–No se mortifique. No son los primeros padres a los que les pasa

esto y es mejor pecar de prudente. Con seis semanas, el cerebro de un bebé no está lo suficientemente desarrollado como para regular su termostato interno. Por eso pasa esto. Estese tranquila; su marido y usted no le han causado ningún daño a su hijo.

–No es mi…

–Muchas gracias –la interrumpió Hank–. ¿Dónde tenemos que pagar?

La doctora se lo dijo y luego desvió la mirada de Hank a Mia.

–A esta hora estamos tranquilos, así que quédense lo que haga falta. Al salir, dejen la puerta abierta para que sepamos que la consulta está libre para el siguiente paciente –añadió, y miró una vez más a Drew–. Su hijo está bien. Lo están haciendo muy bien.

Y, esbozando una sonrisa reconfortante, salió.

Mientras Mia vestía a Drew, miró a Hank con el ceño fruncido.

–¿Por qué has dejado que creyera que somos los padres de Drew y que estamos casados? No soy ni tu esposa ni la madre de Drew.

–¿Crees que no lo sé? Me ha parecido más fácil así que andar dando explicaciones.

–No hay nada fácil en esta situación.

–Estás siendo muy dura contigo...

–Y tú no tienes ni idea de lo que estás hablando.

Drew empezó a revolverse, haciendo más difícil que Mia le pusiera el pijama. Hank intentó ayudar, pero ella lo apartó. Levantando las manos en gesto conciliador, Hank se retiró hasta toparse con la pared.

¿Qué estaba haciendo? Acababa de apartar a la única persona que necesitaba, al hombre que había dejado todo aquella mañana por ayudarla. Eso la hizo sentirse peor, pero era incapaz de disculparse. Se las arregló para ponerle el pijama al bebé y se lo abrochó.

Drew se puso rígido y empezó a llorar. Mia volvió a asustarse.

–Mi intención es encontrarle un hogar cuanto antes en el que sepan darle cariño –dijo y, antes de que Hank pudiera hablar, lo cortó–. Te agradezco tu ayuda, Hank, pero no quiero hablar de esto.

Envolvió a Drew en su manta y lo tomó en brazos. El pequeño no se tranquilizaba y ella era incapaz de contener las lágrimas. Algo se había roto en su interior y no podía controlar el dolor. Hank le dio un pañuelo de papel de la caja que había en la mesa.

Aquel gesto le provocó más llanto. Estaba cansada y triste. Las lágrimas le nublaron la visión al mirar a Drew. Quizá tuviera hambre.

Al parecer, Hank había llegado a la misma conclusión. Revolvió en la bolsa de los pañales, sacó un biberón preparado y se lo dio a Mia, que se lo ofreció a Drew. El pequeño dejó de llorar y se aferró a la tetina con voracidad.

–Gracias –balbuceó, parpadeando repetidamente para contener las lágrimas.

Mientras el bebé se tomaba el biberón, Mia hizo amago de dirigirse a la puerta. Hank la tomó por los hombros y la obligó a darse la vuelta.

–Siéntate –le ordenó, haciéndola sentarse en una silla.

–Quiero irme a casa –dijo mirándolo–. Tengo que leerme esos documentos…

–No hasta que el niño coma.

Demasiado agotada para discutir, asintió. Hank se sentó a su lado y la rodeó con un brazo por los hombros.

Cuando el bebé terminó, Hank le sacó el aire. Luego, extendió su chaqueta en el suelo y tumbó al niño encima, antes de volver a su silla.

–¿Qué estás haciendo? Drew se ha terminado el biberón – dijo Mia poniéndose de pie–. Quiero irme a casa.

–No estás en condiciones de ir a ninguna parte.

Tenía razón. De nuevo, las lágrimas comenzaron a brotar. Sollozando como una tonta y sin poder parar, se sentó. Hank volvió a rodearla por los hombros con el brazo y ella no protestó.

Hank había visto a Mia agotada, preocupada e indecisa, pero nunca tan hundida como en aquel momento. Viéndola sufrir, se le encogía el corazón. Se revolvió a su lado, deseando estar en cualquier otro sitio y sin saber qué hacer. No podía darle la espalda cuando necesitaba un hombro en el que llorar.

–Deja que salga todo, cariño –dijo atrayéndola hacia él.

Mia apoyó el rostro en el pecho de Hank y, pronto, las lágrimas mojaron su camiseta. Aquellas sillas rígidas resultaban muy incómodas y Hank deseó levantarse y estirar los doloridos músculos de la espalda y la cadera. Pero ayudar a Mia era más importante que las molestias físicas.

Apoyó la mejilla sobre su cabeza. Tenía el pelo suave y le olía a limón.

–Cuéntame qué te pasa –dijo, sabiendo que no debía preguntar.

Era mejor quedarse al margen. Con abrazarla era suficiente.

–No delante de Drew.

–Es demasiado pequeño para enterarse de nada.

La arropó con su brazo y, sin reparar en sus actos, cerró los ojos y la besó en el pelo. Si giraba un poco la cabeza y levantaba la cara, podría besarla.

Hank frunció el ceño. Mia estaba sufriendo y en lo único que pensaba era en sentir su boca junto a la suya. ¿Qué clase de cretino egocéntrico era?

–Te sentirás mejor si hablas de tus problemas.

–Me gustaría hacerlo, pero no puedo –declaró ella, mirándolo con sus intensos ojos azules.

Con el pulgar, él le secó la humedad de las pestañas.

–Claro que sí.

Mia se apartó.

–Eres un hombre bueno. No sé qué habría hecho sin ti esta mañana. He sido una desagradecida. Lo siento mucho.

Hank le apartó el pelo de la cara, al igual que lo hacía su madre con él cuando era un niño.

–No te preocupes –dijo él, esbozando una sonrisa tranquilizadora–. Estás preocupada por Drew. Cualquiera lo estaría. La buena noticia es que el mocoso está bien. Y tú también lo estarás –añadió muy serio, tomando su rostro entre las manos.

–¿De verdad lo crees?

–Desde luego.

La expresión de Mia era franca. Había tanto dolor, incertidumbre y deseo en ella que no pudo impedir hacer lo que tantas veces había evitado. La besó. Por unos segundos, ella se quedó vacilante y Hank pensó que había ido demasiado lejos. Luego, lo rodeó con sus brazos por la cintura y le devolvió el beso. Sabía a sal, como las lágrimas, y era tan cálida y dulce como recordaba.

Hank ladeó la cabeza y el beso se hizo más profundo, invitándola a abrir los labios. Su lengua se enredó con la suya. Un gemido escapó de la garganta de Mia y una oleada de deseo se extendió por su cuerpo.

La deseaba. Quería...

Drew emitió un sonido de queja, interrumpiéndolos. Jadeando, Hank y Mia se separaron. Los ojos de Mia habían perdido su expresión atormentada. Lo miró como si estuviera soñando, con las mejillas encendidas y los labios hinchados, antes de girarse hacia Drew.

Hank contuvo una maldición. Había cometido un gran error al besarla porque, a partir de ese momento, ambos iban a desear más. Pero eso no iba a ocurrir. No lo permitiría.

Cuando Hank detuvo la camioneta de Mia en el camino de entrada, había transcurrido media mañana. Ansioso por empezar a trabajar y poner distancia entre ellos, se despidió tan pronto como aparcó.

Oyó las voces de los seis hombres de la cuadrilla antes incluso de verlos. Tenían el torso al descubierto y estaban ocupados con las ventanas del piso superior, una tarea que normalmente llevaba medio día. Pero aquella casa iba a tener un gran número de ventanas, la mayoría de ellas de grandes dimensiones, y la tarea fácil llevaría varios días.

Los hombres no repararon en su presencia hasta que Nugget los

alertó con sus ladridos, y entonces lo saludaron. Hank subió la escalera hasta el segundo piso, sintiendo molestias en la cadera con cada paso. Ya estaban puestas siete ventanas.

–Habéis avanzado mucho esta mañana.

–Eso es porque hemos estado trabajando como animales – dijo John Dixon.

A sus cincuenta y dos años, era el más veterano y, a pesar de su barriga cervecera, el más habilidoso.

Bart Patterson, un hombre fuerte de treinta y pocos años, más o menos de la edad de Hank, se giró hacia él.

–Estas ventanas dan mucho trabajo, pero son bonitas. Es la casa más bonita en la que he trabajado. Estoy seguro de que vas a ganar ese premio de arquitectura.

Hank asintió y tomó la espátula.

–Si eso ocurre, será gracias a todos vosotros.

–Eso pondrá a Forest Glen en el mapa –dijo Pete Holmes.

Rubio y de veintiocho años, era el mujeriego del grupo, siempre hablando de su última conquista.

–Esperemos que sea así –dijo Bart levantando el pulgar–. Entonces construiremos más casas igual de bonitas.

–Mi estudio está en Seattle y no tengo pensado venirme a vivir aquí –sentenció Hank.

Del Farmer, un joven flacucho, intercambió una mirada con su coetáneo, Tommy Smith. Ambos miraron hacia la casa de Mia.

–Quizá cambies de opinión –comentó Del.

–Soy su único vecino –intervino rápidamente Hank para evitar que sacaran conclusiones equivocadas–. Por eso la he llevado con Drew al hospital.

–¿Cómo está el pequeño? –preguntó Lester Leeds, que estaba afanándose en la colocación de la ventana pentagonal del baño.

–No le pasa nada –contestó Hank.

–Me alegro –dijo Bart–. Sookie estaba muy preocupada.

–Temores de madre primeriza, ya te lo dije –comentó Del, mientras ayudaba a Lester a colocar el cristal–. Kelly también los tuvo después de nacer Abby. Cada vez que estornudaba, Kelly pensaba que tenía neumonía. Al final, resultó no ser nada. ¡Mujeres!

Siguieron hablando y Hank se las arregló para hacer algún que otro comentario. Pero su cabeza estaba en otras cosas.

Mia no quería ser la madre de Drew. Lo había dicho varias veces en los últimos días, incluyendo esa misma mañana en el hospital.

Estaba cometiendo un error del que se arrepentiría el resto de su vida. Pero preocupado de que volviera a romper a llorar, Hank no le había dicho su opinión. Además, lo que hiciera con su vida no era asunto suyo.

–Mia es una mujer guapa –comentó Pete.

–¿Hay algo entre vosotros, Hank? –preguntó Lester.

–Como ya he dicho antes, soy su vecino, punto.

Del y Tommy intercambiaron miradas y Pete contuvo una sonrisa.

–Si tú lo dices... –comentó Bart encogiéndose de hombros.

John se secó el sudor con su brazo regordete.

–Te diré una cosa. Si fuera más joven, iría tras ella. Pete, a la vista de que Hank no está interesado, quizá podrías invitarla a salir.

Los otros hombres sonrieron y Hank miró a Pete entornando los ojos. Si él o cualquiera de los demás se fijaba en Mia...

–Tranquilo, Hank. No es mi tipo.

Hank asintió y soltó la espátula. No quería sentir nada por ella; no podría soportar las consecuencias. Su cuerpo le causaría repulsa y no quería pasar por eso otra vez.

Entonces, ¿por qué la había besado?

Porque había perdido la cabeza. Al menos ahora había recobrado el control. Se aseguraría de no volver a ver a Drew ni a ella.

Los hombres estallaron en carcajadas. Hank no tenía ni idea de cuál había sido el chiste y con aquella presión en el pecho, no tenía ganas de reírse. Deseando demostrarse a sí mismo que tenía el control, apartó a Mia y a Drew de su cabeza y se unió a los demás.

El viernes por la tarde, cuando el último paciente y su dueño se hubieron marchado, Mia se tumbó en el sofá. Sookie dejó salir a Ginger y a Rags de la cocina, donde los había encerrado, y ambos animales corrieron hacia Mia.

–Pensé que el día no acabaría nunca.

–Parecía un zoo, nunca mejor dicho –comentó Soo-kie sentándose en el sillón de al lado–. Creo que medio pueblo ha pasado por aquí esta semana. No sabes lo contenta que estoy de que por fin sea fin de semana.

Todo el mundo sabía que Drew se marcharía el lunes con su nueva familia. También se habían enterado de la visita a urgencias de aquella mañana.

No quería pensar en ello. Cada vez que lo hacía, se hundía. Bastante embarazoso había sido abrirle el corazón a Hank. Luego, había empeorado las cosas obligándolo a besarla. Lo había hecho por lástima, al menos al principio. Los profundos besos que habían seguido después, estaba convencida de que habían sido reales.

Aquel hombre besaba muy bien. Ensimismada, dejó escapar un suspiro.

–Aquí la Tierra llamando a Mia. ¿Dónde estás?

–En la estratosfera.

Le era imposible dejar de fantasear con los besos de Hank. No quería seguir pensando en ello y mucho menos quedarse sola.

–Sé que es tarde –dijo sonriendo a Sookie–, pero ¿te apetece una copa de vino?

Su amiga negó con la cabeza.

–Me gustaría, pero no debo beber. ¿Recuerdas que te conté que Bart y yo estábamos intentando tener un bebé?

–Claro, ¿cómo se me iba a olvidar? Seguramente es hora de que vayas a recogerlo a casa de Hank, ¿verdad?

–Puede esperar un poco. Estás teniendo dudas, ¿no es cierto?

No hacía falta que mencionara el motivo de sus dudas. Drew iba a marcharse. Por extraño que resultase, el pequeño parecía darse cuenta. Desde su visita al hospital, había estado más exigente que nunca, protestando sin parar y comiendo cada dos horas hasta que hacía media hora se había dormido.

A pesar de haber estado cuidándolo y de haber visto a veinte pacientes, Mia había cumplido con su determinación de revisar los expedientes de adopción. Durante la hora del almuerzo, había dejado al bebé con Sookie y se las había arreglado para leer los tres expedientes. Después de tomar una decisión, había llamado a la agencia. Aquel era el último fin de semana de Drew en Forest Glen. Mia tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

–Admito que el pequeño se ha ganado mi corazón. Pero quiero lo mejor para él. He elegido una buena familia. Llegarán el lunes por la tarde en avión desde Virginia para la entrevista y luego se llevarán a Drew.

Y nunca más volvería a verlo ni a tomarlo en brazos. Era lo mejor para el bebé y debería sentirse feliz por ello. Sin embargo, se sentía mal.

–Bart puede volver con Lester o con Pete –dijo Sookie, dándole unas palmaditas a Mia en la rodilla–. Me quedaré lo que haga falta, solo permíteme que le llame para que no se preocupe.

Aunque Mia quería que su amiga se quedara, no le parecía justo separarla de su marido un viernes por la noche. Además, el que estuviera con ella no cambiaría nada.

–Estoy bien...

De repente, la luz parpadeó y luego se apagó.

–Otra vez no.

–Es la primera vez esta semana –dijo Sookie.

–Juro que subiré la potencia la semana que viene.

–Escucha, no te preocupes. Todavía no está oscuro del todo, aunque será mejor que encendamos una linterna –declaró Sookie poniéndose de pie para ir a buscarla.

–Eso puedo hacerlo yo. No tienes que quedarte.

Una vez que subiera los plomos, vería la televisión o leería un libro. Cualquier cosa para mantenerse distraída hasta el lunes.

–Quiero hacerlo. Una vez que solucionemos el problema del cuadro eléctrico, llamaré a Bart. Puede venir andando hasta aquí.

–De acuerdo.

Mia y Sookie se pusieron los jerséis y Mia se guardó el monitor del bebé en el bolsillo. Drew no se despertaría en unas horas, pero por si acaso.

Dejaron a los animales dentro y salieron. El ambiente era frío y húmedo, pero al menos no estaba lloviendo.

Sookie dirigió el haz de luz hacia el primer panel. Mia subió todos los interruptores, pero la cabaña siguió a oscuras. Aunque sabía que el problema estaba en el primer panel, hizo lo mismo en el segundo y en el tercero. Sintiéndose cada vez más desesperada, volvió a intentarlo con el primero.

–Necesitamos ayuda –dijo Sookie–. Llamaré a Bart y le pediré que traiga a Hank con él. Hank sabe mucho de electricidad.

¿Después de lo que había pasado aquella mañana?

Avergonzada, Mia sacudió la cabeza.

–No puedo pedirle ayuda a Hank. Ya le he molestado demasiado y...

–No es molestia –la interrumpió Hank.

Nugget estaba a su lado, meneando el rabo, junto con Bart. Habían llegado tan sigilosamente que las mujeres no se habían dado cuenta.

Mia sintió que se le levantaba el ánimo.

–¡Bart! –exclamó Sookie lanzando los brazos a su marido–. Hola, cariño.

Bart sonrió y luego la besó.

–Como no venías, Hank y yo decidimos venir.

–¿Qué ocurre? –preguntó Hank mirando a Mia.

–Llegáis a tiempo –dijo Sookie–. Se ha fundido un fusible y no conseguimos arreglarlo.

–¿No ibas a arreglar este desastre?

–Sí, pero últimamente he tenido otras cosas en la cabeza.

–Tienes razón.

Los dos hombres se acercaron a los paneles y Bart sostuvo la linterna. Los anchos hombros de Hank se marcaban bajo su chaqueta vaquera. Mia se quedó contemplando su trasero y sus largas piernas, y contuvo un suspiro. Tenía un cuerpo proporcionado.

A pesar de la oscuridad, Sookie la miró atentamente, arqueando las cejas. Mia se encogió de hombros. Su amiga tomó la linterna de las manos de Bart y se la entregó.

–Es hora de irnos, cariño. Mia se queda en las habilidosas manos de Hank.

–Hay que hacer lo que diga la jefa, Hank. Nos veremos el lunes.

–Buenas noches a los dos –dijo Sookie, sonriendo mientras tiraba de su marido hacia el coche.

Capítulo 9

Después de arreglar el fusible fundido, Hank cerró el cuadro de luces y se giró hacia Mia. La luz del día se había ido, pero ella estaba bajo la ventana de la cocina, bañada por la luz del interior. A pesar de su aspecto demacrado, y del amplio jersey y los pantalones sueltos que llevaba, se la veía guapa y sexy. También preocupada.

No quería implicarse más ni estaba allí para seducirla. Se había repetido una docena de veces que no volvería a verla a ella ni a Drew, pero allí estaba, asegurándose de que estuviera bien y deseándola más que antes. Estaba metiéndose en terreno pantanoso.

–Los cables están en peor estado de lo que creía –dijo él limpiándose las manos en los vaqueros–. Conozco a alguien que puede ocuparse de esto, un tipo llamado Joe Sidell. Es el electricista que he contratado en mi obra.

–Conozco a Joe –repuso Mia, encendiendo y apagando la linterna repetidamente, como si estuviera nerviosa–. Su hija tiene un hurón al que veo de vez en cuando.

–No le necesitaré hasta dentro de unas semanas, y sé que está buscando algún trabajo. ¿Por qué no le digo que venga el lunes?

–Sería estupendo, pero el lunes no voy a estar. Drew y yo vamos a ir a la agencia de adopción de Bellingham para conocer a su nueva familia.

Aunque lo dijo con voz tranquila, Hank advirtió un tono de tristeza.

–Así que de verdad vas a hacerlo.

–Te lo dije esta mañana –replicó ella alzando la barbilla.

–Mientras no parabas de llorar.

No tenía ningún sentido que entregara en adopción a un bebé al que quería. Algo la estaba consumiendo, pero su instinto le decía que no preguntara. Aun así, quería saber de qué se trataba. Si lo descubría, podría intentar hacerla cambiar de opinión. No podía mantenerse al margen y permitir que arruinara su vida. Le gustara o no, tenía que involucrarse.

–Respecto a eso... Estoy un poco avergonzada por haberme venido abajo delante de ti.

–Si no lo hubieras hecho, serías de hielo –comentó él contemplando sus labios–. ¿Y qué me dices de esos besos? ¿También te avergüenzas de ellos?

–No –contestó Mia sosteniéndole la mirada–. Besarte era exactamente lo que quería y necesitaba.

Y justamente lo que Hank no quería oír. ¿Por qué había tenido que

preguntar?

–Me alegro de haber sido de ayuda.

Mia le devolvió una sonrisa franca que eclipsó por unos instantes su triste expresión.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron, instándolo a atraerla y besarla. Contuvo un gruñido y metió las manos en los bolsillos. Lo estaba matando y ni siquiera lo sabía.

Tenía que dejarle las cosas claras, así que dio un paso atrás y la miró directamente a los ojos.

–No volveré a besarte.

Ella se sonrojó.

–Sé que tú...

El estómago de Hank rugió, interrumpiendo lo que Mia iba a decir. Después de un día de intenso trabajo, estaba muerto de hambre.

–Dios mío, vaya estruendo.

Aquel comentario jocoso rompió la tensión del momento. Aliviado, Hank sonrió y se pasó la mano por el estómago.

–Será mejor que me vaya a casa y coma algo.

–No será como la otra vez –dijo Mia–, pero tengo sobras de un pastel de carne. Hay suficiente para los dos, si quieres quedarte a cenar.

La oferta era tentadora y dudó. Sus sentimientos eran una mezcla de deseo físico y de ganas de ayudar, una peligrosa combinación.

Si fuera listo, volvería a su caravana y la apartaría de sus pensamientos. Pero la expresión de súplica de su cara lo retenía y le impedía marcharse. Aquel era su último fin de semana con Drew, un momento difícil para afrontarlo a solas. Quizá incluso consiguiera sonsacarle la verdadera razón por la que había decidido dar en adopción al niño que tanto quería. De ser así, podría intentar hacerla cambiar de opinión.

–¿Por qué no?

Mientras los perros dormían en el cojín de Ginger y Rags en el sofá, Mia y Hank cenaron en la mesa de la cocina. Más bien, fue Hank el que lo hizo, puesto que Mia no tenía hambre y se dedicó a juguetear con la comida en el plato.

–Otra cena estupenda –dijo él, después de haber repetido.

–Me alegro de que te haya gustado.

–No tienes hambre, ¿verdad?

–Me resulta difícil dejar a Drew.

–Ya me lo imagino. Mia...

Por el modo en que había pronunciado su nombre y el brillo de sus ojos entornados, Mia supo que le iba a hacer una pregunta. Temiendo

el momento, fijó la atención en el plato.

–Mírame –le ordenó Hank en un tono suave, pero autoritario.

Lentamente, Mia obedeció.

–¿Quieres acabarte mi plato? –preguntó, sabiendo muy bien que aquello no tenía nada que ver con la comida.

Debía de estar interesado en saber más sobre su decisión de dar a Drew en adopción. No estaba segura de poder explicarse sin mencionar a Gracie. En los veinticuatro años que habían transcurrido desde la muerte de Gracie, no había vuelto a hablar de lo que había pasado. Al principio, porque su familia no se lo había permitido. Después, porque la tragedia había quedado a sus espaldas, en el lejano pasado al que pertenecía.

Hank sacudió la cabeza.

–No podría tomar un bocado más, gracias.

Mia se levantó.

–Bueno, entonces recogeré la mesa y pondré a hervir agua para preparar té.

–Déjalo –dijo él, tomándola de la muñeca–. Afanarte en tareas inútiles no resolverá tus problemas, Mia. Hablar con un amigo, sí.

–Nadie puede ayudarme –le advirtió ella intentando soltarse.

Hank no la soltó. Demasiado cansada y emocionalmente hundida, no se sentía con fuerzas para discutir y volvió a sentarse. Él deslizó la mano hasta sus dedos y le dio un apretón para animarla.

–Déjame que lo intente.

Mia se dio cuenta de que estaba preocupado por ella. De no ser así, no se habría ofrecido a escucharla ni estaría allí. Sentía algo por él. Lo cierto era que se estaba enamorando de él.

El amor nunca duraba, así que sus sentimientos la asustaban. Hablarle de su pasado todavía la aterrorizaba más. ¿Qué pensaría de ella entonces?

Estaba completamente atento a ella. Su expresión era amable y alentadora. Quizá había llegado el momento de compartir su pasado. Llevaba mucho tiempo guardándolo en su interior. Apartó la mano de la de Hank y asintió.

–Yo... Nunca antes le he contado esto a nadie. Es muy difícil para mí.

–Adelante –dijo él mirándola con calidez.

–Tenía una hermana pequeña. Nació poco después de mi quinto cumpleaños y le pusieron de nombre Grace. Por las mañanas, después de que mi padre se fuera a trabajar, mi misión era cuidar de Gracie mientras mi madre se duchaba. Gracie solía estar dormida en su cuna. Aunque no tenía que hacer gran cosa, me gustaba la responsabilidad. Una mañana, cuando apenas tenía tres meses, la estaba cuidando como de costumbre, solo que esa vez, algo salió mal –dijo, y apartó los

ojos de Hank–. Mi hermana murió por el síndrome de muerte súbita.

–Lo siento.

–Fue terrible.

–Escucha, si no quieres seguir…

–Necesito contártelo –declaró mirándolo directamente a los ojos–. La muerte de Gracie destrozó la familia. Mi padre no pudo superarlo. Seis meses más tarde nos dejó y se fue a vivir a Alaska. Mi madre se abandonó y, al poco de irse mi padre, era incapaz de cuidarme. Me mandó a vivir con mi abuela. Ninguno de los dos volvió nunca.

Hank la miró incrédulo.

–Pero eras su única hija. ¿Por qué iban a abandonarte?

–¿No lo entiendes? La muerte de Gracie fue culpa mía.

Ya estaba. Ya había revelado el secreto. Mia se irguió, a la espera de que Hank la condenara. La indignación que vio en su expresión la sorprendió.

–¿Te culparon a ti?

Cerró las manos en puños y soltó una maldición.

El enfado de Hank era un sinsentido, pero de alguna manera la hacía sentirse mejor.

–Lo cierto es que nadie me echó la culpa. Nunca volvimos a hablar de lo que pasó ni a pronunciar el nombre de Gracie en voz alta. Mis padres no lo permitían y mi abuela tampoco. Me dijo que me olvidara del pasado y eso es lo que hice.

–Teniendo en cuenta que te ha estado carcomiendo todos estos años, es evidente que no lo hiciste.

–Bueno, ahora ya sabes por qué tengo que dar a Drew en adopción. Un bebé no está a salvo bajo mi cuidado.

–No puedes creer eso de verdad. Eres veterinaria, Mia, sabes que de vez en cuando los animales mueren antes de tiempo. Esas cosas ocurren.

–Pero…

–Pero nada –la interrumpió–. La muerte de Gracie fue trágica, pero no fue culpa de nadie. El síndrome de muerte súbita puede ocurrir en cualquier familia.

–Lo sé.

–Entonces, también sabrás que su muerte no tuvo nada que ver contigo. No fue culpa tuya –repitió él.

Mia se quedó mirándolo a los ojos. Tenía razón. La trágica muerte de Gracie no había sido culpa suya. De repente, se había quitado un peso de encima.

–Oh, Hank –dijo riendo y llorando a la vez–. Creo que tienes razón.

–Por supuesto que la tengo y me alegro de que te des cuenta –replicó dedicándole una amplia sonrisa.

–¿De veras crees que podría criar a Drew sin causarle ningún

daño?

–Cariño, apostaría mi vida. ¿Por qué no llamas a esa agencia de adopción y les dices que has cambiado de idea?

Mia deseaba hacer eso más que ninguna otra cosa. Pero había cargado durante mucho tiempo con la culpa de la muerte de Gracie. Aunque se daba cuenta de que no era responsable, las viejas dudas eran difíciles de olvidar.

–Quiero pensarlo un poco más.

–¿Crees que es justo que la familia adoptiva se haga ilusiones y luego cambies de opinión?

–No.

–Será mejor que tomes una decisión enseguida.

Hank se sentía satisfecho de que Mia hubiera compartido su pasado con él. También estaba furioso con su familia por echarle la culpa a una niña de cinco años y después abandonarla. No sabía cómo hacer desaparecer las dudas de Mia y no estaba dispuesto a marcharse sin intentarlo una vez más.

–Serás una madre estupenda –dijo él–. No, ya eres una madre estupenda.

–Gracias, Hank. Espero que tengas razón, si es que decido adoptar a Drew.

–Si no lo pensara, no lo diría –insistió Hank, ayudándola a recoger los platos–. Te he visto con Drew. Nadie podría ser más cariñoso y atento con él.

–Eso significa mucho para mí.

Mia dejó los platos en la encimera, cerca del fregadero, y se giró hacia él con expresión esperanzada.

–Estas últimas semanas has sido encantador conmigo. Me alegro de haberte conocido –continuó.

–Gracias –dijo él, dejando los cuencos y la bandeja junto a los platos.

–No, gracias a ti.

Le lanzó los brazos alrededor y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio. Hank se rio y dio un paso atrás para evitar caerse. Luego la rodeó por la cintura y percibió el aroma a limón que despertaba sus sentidos. Como le llegaba a la barbilla, le habló a la coronilla.

–De nada.

–Me siento bien contigo.

–Yo también –dijo él sujetándola con fuerza.

Abrazarla era tentar la suerte, pero en aquel momento no podía soltarla. Cerró los ojos y por un momento disfrutó de la sensación de sus senos contra el pecho y la cercanía de su entrepierna. Seguramente

sentía su erección.

«Suéltala», le advirtió su mente, pero fue incapaz de obedecer.

Ella lo tomó por los hombros e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

–Lo que has dicho antes de no volver a besarme, ¿lo decías en serio?

–Pensaba que sí –murmuró Hank–, pero ahora mismo, teniéndote entre mis brazos, lo único que quiero hacer es saborearte de nuevo.

–¿A qué esperas? –preguntó ella entornando los ojos.

Se puso de puntillas y le ofreció su boca. Sus labios se separaron para recibir su lengua. Al hacerse más intenso el beso, ella gimió tan dispuesta y excitada como por la mañana.

Hank la deseaba más de lo que había deseado a ninguna mujer. La tomó de las caderas y la acercó a su pene. Ella se frotó contra su erección, embriagándolo de placer. Estaba a punto de perder la cabeza. Deslizó las manos por el lateral de sus pechos y los tomó en sus manos. A pesar de las barreras de la blusa y el sujetador, sintió sus pezones erectos.

Mia interrumpió el beso. Con los ojos fijos en los de él y respirando entrecortadamente, se desabrochó la blusa y se la quitó. Su sencillo sujetador blanco hacía contraste con el rubor de su cuello y escote. Aunque no era transparente ni sexy, adivinar sus pezones bajo el algodón resultaba tremendamente erótico. Hank deseaba ver sus pechos. Buscó el cierre frontal, pero se detuvo con una mirada interrogante.

–Sí –dijo ella.

Él asintió y se lo quitó, dejándolo a un lado. Sus pechos eran generosos y turgentes, y sus pezones rosados.

–Preciosos –murmuró.

La hizo sentarse en la encimera, no muy lejos de los platos. De pie entre sus piernas, tomó un pezón en su boca y lo acarició con la lengua. Ella gimió suavemente. Era mejor que en sus fantasías más salvajes. Mientras le lamía y le besaba los pechos, Mia aferró los muslos a sus caderas.

De repente, ella le apartó la cabeza.

–Mi turno.

Respirando agitadamente, Mia le tomó el bajo de la camisa. Hank la sujetó por las muñecas y la hizo detenerse.

–No. Déjame darte placer esta noche.

–Eso no es justo –protestó ella, esbozando una sonrisa en sus labios hinchados–. Démonos placer mutuamente.

A pesar de que su cuerpo deseaba precisamente eso, Hank negó con la cabeza.

–No.

Apartó las piernas de sus caderas y se retiró. Mia arrugó la frente y su vista se nubló.

–¿Qué pasa?

Su blusa estaba tirada en el suelo y su sujetador colgaba del respaldo de una silla de la cocina.

–Esto ha sido una mala idea.

–No pensabas lo mismo hace un minuto –dijo ella poniéndose la blusa y abrochándosela–. Pensé que era lo que querías.

Hank se quedó mirando sus pezones, visibles bajo la blusa.

–Y así es.

–Entonces, ¿por qué hemos parado?

–Es complicado –replicó él pasándose una mano por el pelo, sin querer contestar.

–No, no lo es –dijo Mia bajándose de la encimera–. O me deseas o no.

Se cruzó de brazos y se quedó mirándolo expectante. Quería una razón. Hank maldijo para sus adentros y se frotó la nuca. No quería explicar nada. No podía hacerlo.

El dolor que veía en el rostro de Mia, le provocaba un intenso sufrimiento.

–Ahora lo entiendo –dijo ella–. Sientes lástima por mí por lo que te he contado. Esa es la única razón por la que me has besado y acariciado.

–Mira, Mia...

–No empeores las cosas mintiéndome, Hank.

Estaba enfadada. Le brillaban los ojos y había levantado la barbilla. Se dio la vuelta dándole la espalda y se dirigió a los ganchos que había junto a la puerta trasera, de los que colgaban las correas de Nugget y Ginger.

–Creo que será mejor que te vayas –dijo Mia, entregándole la correa de Nugget antes de abrir la puerta.

Hank le puso la correa a su perro y siguió al animal fuera.

–Buenas noches.

La puerta se cerró de un portazo a sus espaldas.

Capítulo 10

El trabajo físico siempre le servía a Hank para aclararse los pensamientos y, después de lo que había pasado, necesitaba apartar aquellas ideas. Pero era demasiado tarde para trabajar en la casa, así que se dedicó a dar vueltas por la caravana y a maldecirse por perder la razón y besar a Mia de nuevo.

–Esta vez lo has estropeado todo –murmuró.

A sus pies, Nugget lloriqueó. Hank frunció el ceño. No estaba de humor para soportar al perro.

Estaba en mitad del pasillo, cuando sonó el teléfono. Confiando en que fuera Mia, corrió a la cocina y lo descolgó al segundo timbre.

–Sí que te has dado prisa. ¿Esperabas que fuera alguien especial?

Era su hermano, Jake. No habían hablado desde Navidad y solo lo habían hecho sobre temas superficiales. Hank había preferido que fuera así. Sabía que si no, la conversación giraría en torno a la muerte de Gil o a su falta de compañía femenina, algo que no era asunto de nadie. Incluso con aquellas conversaciones tan banales, su familia lo trataba con pena, motivo por el que los evitaba. Pero unas noches antes, después de hablar con sus padres, había dejado un mensaje en el contestador de Jake.

–Hola, Jake.

–Oí tu mensaje. ¿Qué hay de nuevo?

Al oír la voz de su hermano, se le levantó el ánimo, pero no era un hombre dado a expresar sus sentimientos.

–No demasiado –dijo sentándose en el sofá–. ¿Cómo estás tú?

–Bien, sigo teniendo la tienda de ordenadores.

Nugget se acercó y apoyó el hocico en su muslo.

–Deberías ver la casa que estoy construyendo.

–Papá y mamá me han contado que esperas ganar un premio. Gil era un tipo con mucho talento.

–Desde luego, por eso me estoy dejando la piel aquí en este proyecto. Sabía muy bien lo que estaba haciendo cuando eligió este lugar. El entorno es perfecto para la casa. Seguro que vamos a ganar.

–Me alegro de que pienses así. La última vez que hablamos no estabas tan optimista.

Al oír aquel comentario, Hank frunció el ceño.

–Cuidado, Jake. No necesito discursos y no quiero que sientas lástima por mí.

–Lo único que quiero es estar cerca de ti, como hiciste tú cuando mi divorcio.

–Lo sé, hermano, y te lo agradezco –dijo Hank y sintiéndose

incómodo, cambió de tema–. ¿Cómo están los demás?

Jake le habló de Lisa, Ryan y sus hijos.

–Estamos todos deseando verte –concluyó.

–¿Ah, sí? Yo también quiero veros, pero no soporto que os pongáis tan tensos. Os comportáis como si temierais que fuera a romperme –dijo, y se inclinó hacia delante–. Es cierto y lo sabes.

–¿Te has parado a pensar en la razón por la que todos se ponen nerviosos cuando estás aquí?

–¿Qué intentas decirme? –preguntó Hank entornando los ojos.

–Eres tú el que ha preguntado y aquí está la respuesta: a nadie de la familia le das pena. Nadie te considera responsable del accidente. Incluso la familia de Gil sabe que no fue culpa tuya. Si lo aceptaras y continuaras con tu vida, no nos sentiríamos como si pisáramos arenas movedizas cada vez que estás cerca.

«No fue culpa tuya».

Hank había oído aquello antes y siempre había rechazado ese argumento por considerarlo una frase hecha. En ese momento se repetía en su cabeza porque eran las mismas palabras que le había dicho a Mia aquella misma noche, después de que le hablara de la muerte de Gracie. No se había imaginado que pudieran aplicarse a él.

El camionero que se había empotrado contra el coche se había quedado dormido al volante. Lo cierto era que, si Hank hubiera estado sobrio para conducir, habría tomado una ruta diferente. Sentía mucho lo que había pasado y echaba mucho de menos a Gil. Pero su muerte no era culpa suya. Sacudió la cabeza. Empezaba a aceptar la verdad.

–¿Hank? Te has quedado muy callado. ¿Me has colgado?

–No –contestó él sintiéndose más ligero–. Gracias.

–¿Qué he hecho? –preguntó su hermano sorprendido.

–No demasiado. Me has dado una patada en el trasero cuando más lo necesitaba.

–¿Cómo?

–Ya te lo explicaré en otro momento. ¿Por qué no venís toda la familia a visitarme? Son dos horas en coche desde Seattle y el paisaje es precioso. Mañana o el domingo me viene bien.

–Entonces, mañana. Quiero que conozcas a alguien.

–Vaya –dijo Hank sorprendido–. La última vez que hablamos apenas querías saber nada de mujeres. ¿Quién es ella?

–Se llama Jeannie Cochran y es profesora de primaria. Nos conocimos en Laundromat en octubre. Tardé en contárselo a la familia. No quería agobios, ya sabes a lo que me refiero. Es muy especial.

–Parece que vas en serio –dijo Hank sonriendo al teléfono.

–Así es. Estoy pensando en sorprender a todos y pedirle que se case conmigo. Pero todavía no se lo he contado a nadie, así que no digas

nada.

–Lo prometo. Enhorabuena.

Hank se alegraba por su hermano, pero a la vez se sentía celoso. Pensó en Mia. Ella también era especial y no sería difícil enamorarse de ella. Pero no estaba hecho para el amor, especialmente con el cuerpo que tenía.

–Estoy deseando que la conozcas –añadió Jake–. Hablaré con los demás para organizar lo de mañana.

A Hank le gustó la idea y le dio indicaciones a su hermano de cómo llegar.

–¿Vendréis a comer?

De repente, Nugget alzó la cabeza. Luego se levantó y corrió a la puerta.

–Espera, Jake.

Hank escuchó unos gritos. Mia era su única vecina. Se acercó a la puerta y nada más abrirla, olió a humo. El corazón se le subió a la garganta.

–¿Qué es ese ruido? –preguntó Jake.

–No puedo explicártelo ahora. Ya hablaremos más tarde. –Ahora que has soltado el aire, vamos a cambiarte el pañal – le dijo Mia a Drew mientras lo llevaba desde la cocina a su habitación.

Lo tumbó en el cambiador y le desabrochó el pijama. Sus ojos la siguieron. Le dio un beso en el ombligo y el pequeño sacudió las piernas. Cuánto le quería. Deseaba desde lo más hondo criarlo como si fuera hijo suyo. Todavía no estaba convencida, pero se inclinaba en ese sentido. Ni siquiera lo habría considerado si no hubiera sido por Hank. No se había dado cuenta de cuánto necesitaba hablar sobre Gracie. Hank la había animado a abrirse y la había escuchado sin juzgarla. Y lo más importante era que la había ayudado a entender que no era responsable de la muerte de Gracie ni de la desintegración de la familia. Mia le estaba más que agradecida. También estaba enamorada de él, lo que parecía una broma triste y pesada.

Levantó las piernas de Drew y le puso un pañal limpio. Era obvio que a Hank le caía bien, pero no se sentía atraído por ella. Había pensado que quizá sí, pero se había equivocado. Sí, la había besado y la había acariciado. Lo había hecho porque sentía lástima por ella, no porque la deseara. Su rechazo la indignaba. Al recordarlo, empezaron a arderle las mejillas. No, no iba a perder un minuto más pensando en Hank.

–¿Qué te parece, pequeñín? –preguntó después de ponerle un pijama limpio–. ¿Crees que sería una buena madre para ti?

El bebé se agitó feliz. Mia sintió que se le derretía el corazón y sonrió como una idiota.

–Supongo que eso es un «sí» –dijo, y su sonrisa desapareció–. Pero

quiero lo mejor para ti. Tengo que meditarlo, ¿de acuerdo?

Teniendo que tomar esa decisión, iba a resultarle difícil dormir.

Al tomarlo en brazos, le olió a quemado.

–Quizá me haya dejado un hornillo encendido.

Los ladridos de Ginger la interrumpieron. La perra salió a su encuentro en el pasillo y le olió el muslo antes de enfilar a la cocina, donde Rags estaba arañando la puerta desesperado por salir.

Todos los hornillos de la cocina estaban apagados.

–¿Estará Hank quemando algo esta noche?

Nunca antes lo había hecho. Abrió la puerta y olió.

–No viene de fuera.

Rags salió fuera a toda prisa. Ginger miró por detrás de Mia hacia la oscuridad de la noche, debatiéndose entre dejarla o quedarse. En cuanto cerró la puerta, la alarma contraincendios se disparó. Drew se sobresaltó y gimió.

–Tranquilo.

Fue recorriendo la casa, en busca del origen del humo. Su habitación, al fondo del pasillo, fue la última que revisó. Unos hilillos de humo escapaban por las rendijas de la puerta. Tenía que ser la instalación eléctrica. ¿Por qué no la había cambiado?

Con el bebé llorando en brazos, cerró la puerta de la habitación y corrió a la cocina. Desde allí llamó al teléfono de emergencias, gritando para hacerse oír por encima de la alarma, los gritos de Drew y los ladridos frenéticos de Ginger.

La brigada antiincendios, constituida por voluntarios, tardaría al menos treinta minutos en llegar. Para entonces...

A pesar del ruido, oyó un fuerte estruendo a la vez que las luces de la parte trasera de la casa se apagaban.

«Hank, te necesito», pensó.

Pero todavía estaba reciente la discusión que habían tenido y su orgullo le impedía llamarlo. Tomó la bolsa de los pañales, que contenía todo lo que iba a necesitar de momento, y un viejo jersey del estante que había junto a la puerta. Con Ginger pegada a sus talones y Drew en los brazos, corrió fuera.

–Venga, Ginger –dijo dirigiéndose al coche.

Colocó al niño en su asiento, con los cinturones puestos, el único sitio seguro que se le ocurrió. Preocupada por el frío de la noche y el consejo de la doctora de mantenerlo caliente, envolvió al pequeño con el jersey. Seguía llorando, pero no podía preocuparse de eso en aquel momento.

–Quédate con Drew –le ordenó a Ginger y los dejó en el coche.

El humo salía de la parte trasera de la casa, pero no había llamas. El fuego no había traspasado los muros.

La clínica estaba al otro lado de la cabaña, con una instalación

eléctrica diferente, aunque eso no era garantía de que estuviera a salvo. Allí estaban dos animales, el halcón y un gato siamés con una infección respiratoria. Tenía que sacarlos. La ruta más rápida era a través del salón.

Con el corazón latiéndole desbocado y los nervios al límite, corrió hacia la puerta. De repente, todas las luces de ese extremo de la cabaña se apagaron y la alarma se quedó en silencio. Mia tropezó hacia delante en la oscuridad. Unas manos la sujetaron por los brazos desde atrás, impidiendo que se cayera.

Se dio la vuelta y allí estaba Hank, como si sus pensamientos lo hubieran conjurado.

–Hank –dijo, y el humo la obligó a carraspear–. Estás aquí –añadió, tomándolo de las mangas de su chaqueta vaquera.

–Gracias a Dios que estás bien –dijo él dándole un rápido abrazo, antes de separarse–. ¿Dónde está Drew?

–En el asiento del coche, con los cinturones puestos. Ginger está con él.

–Bien pensado. He cortado el suministro eléctrico.

Eso explicaba la oscuridad. No podía ver, pero eso no iba a detenerla. Tenía que rescatar a los animales.

–Déjame la linterna.

Nada más tomarla, corrió a los escalones de entrada.

–Espera un momento –gritó Hank, agarrándola por la muñeca–. No deberías volver dentro, no es seguro.

–No tengo otra op...

Un golpe de tos le impidió terminar la frase. Hank tiró de ella para apartarla del humo. Mia se retorció para soltarse, pero él la sujetó.

–Los animales.

–¿Cuántos y dónde están?

–En la clínica. El halcón en la sala de recuperación y un gato siamés en la sala de tratamientos. Hay un extintor en el cuarto de servicio.

–¿Puedes contener la respiración lo suficiente para entrar, buscarlo y volver a salir?

–Iré a través de la cocina.

–Hazlo y yo me ocuparé de los animales.

–Necesitarás esto –dijo ella, entregándole la linterna.

Hank se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón y luego se quitó la chaqueta y la dejó a un lado. Moviéndose con rapidez, se quitó la camiseta de camino al interior y se cubrió con ella la nariz y la boca, antes de desaparecer entre el humo.

Mia corrió a la parte trasera de la casa, a tiempo de ver salir las primeras llamas en el muro exterior, entre su habitación y la de Drew. Tomó aire y entró. La cocina estaba llena de humo, pero no había

fuego. Al menos, eso le pareció. Estaba todo oscuro, pero como había vivido allí casi toda la vida, llegó sin problemas hasta el cuarto de servicio. Tomó el extintor y una linterna y corrió fuera.

Una vez en el exterior, volvió a respirar, tosiendo por el humo. Con la linterna en la boca, abrió el seguro del extintor. El foco de luz de la linterna de Hank llamó su atención. Estaba dejando una jaula en el suelo, lejos del humo y cerca de su coche.

–Gracias –gritó ella.

Sujetando la camiseta contra su pecho, como si fuera demasiado tímido para enseñarlo, le hizo un gesto de que todo iba bien. Luego, desapareció por el frente de la casa.

Mia apuntó con el rociador hacia las llamas. Mientras intentaba contener el fuego, Hank salió con la jaula del gato. La dejó al otro lado del coche, apartada del halcón y del humo. Luego miró un instante a Drew, antes de ponerse la camiseta y acercarse a ella.

–Drew está dormido. Creo que los animales están bien. En la clínica no hay humo ni señales de fuego.

Hank le quitó el extintor y la hizo a un lado.

–La luz de la clínica seguía encendida. He cortado el suministro eléctrico y he cerrado la puerta. Con un poco de suerte, eso impedirá más daños por el humo. Eso, si el fuego no lo destruye todo –dijo vaciando el extintor en las llamas–. No podemos hacer nada más que esperar a la brigada antiincendios y rezar para que llegue a tiempo.

A eso de las once, la brigada antiincendios logró apagar el fuego. Hank estaba tan sucio y sudoroso como los ocho bomberos que, preocupados por su seguridad, no le habían permitido acercarse a la cabaña. Deseando hacer más, pero sintiéndose limitado, se había quedado junto a Mia por si acaso lo necesitaba. Solo Dios sabía cuánto necesitaba tenerla a su lado.

Podía haber muerto en aquel incendio, junto con Drew. Había estado a punto de perderlos. Tremendamente feliz de que hubieran conseguido escapar, pero incapaz de expresar sus sentimientos, permaneció de pie junto a ella, ofreciéndole su silencioso apoyo mientras revisaban los daños. También estaban Sookie, Bart y media docena más de personas que, de una u otra manera, habían prestado su ayuda a Mia: alimentando o entreteniendo a Drew, reteniendo a Ginger y a Rags para mantenerlos a salvo, llevando café y sándwiches...

Los faros de dos camiones de bomberos iluminaban el revoltijo de madera carbonizada y espuma química en donde antes habían estado las habitaciones y el baño. Milagrosamente, el fuego había respetado el resto de la cabaña y la clínica. Varios bomberos habían recorrido las

dos zonas, revisando cada habitación. Aunque habían quedado las marcas del humo, Martha Hicks, la perito del seguro, estimó que podría abrir la clínica en aproximadamente una semana. Por otra parte, reconstruir y limpiar la cabaña iba a llevar más tiempo.

Después de todo lo que había pasado con Drew y ahora aquello. Pero ahí estaba, impertérrita, con la cabeza alta y el bebé en brazos. Maravillado, Hank admiró su entereza. Era mucho más fuerte de lo que él sería nunca.

Después de que Mia concertara una reunión con la perito para el día siguiente y diera las gracias a los agotados hombres, Sookie la tomó del brazo. Miraba con curiosidad a Drew y Hank se imaginó que estaba a punto de preguntarle si había cambiado de idea e iba a quedarse al niño. Él también quería saberlo. A juzgar por el resto de miradas interesadas, los demás también querían saberlo.

Pero la amiga de Mia no preguntó. Aquel no era el mejor momento para hablar de la adopción y, de todas formas, pronto lo sabrían.

–Aunque Bart y yo no tenemos mucho sitio, Drew y tú podéis quedaros con nosotros –le ofreció Sookie.

Mia abrió los labios para decir algo, pero Hank se le adelantó.

–Gracias, pero se quedarán conmigo.

Todo el mundo sonrió, especialmente Bart y Sookie, que se encogió de hombros.

–Entonces, todo resuelto.

Mia dirigió a Hank una mirada que él no supo interpretar.

–¿Estás seguro? Tu casa es más pequeña que la de ellos. No quisiera molestarte.

–Tengo sitio. El sofá se convierte en cama.

Él dormiría allí y Mia y Drew podían quedarse con la cama.

–Meteré al halcón en la jaula de atrás –dijo mirando a los animales de las jaulas–, pero ¿qué hago con el gato? No puedo dejarlo suelto.

–Me lo llevaré a casa –dijo Sookie–. Mañana llamaré a la señora Dowell para que venga a recogerlo.

–Pero mañana es sábado –observó Mia–. Ya habéis oído lo que han dicho –añadió señalando a los bomberos–. El humo ha causado daños. No podré ver pacientes hasta dentro de por lo menos una semana.

–Me da igual qué día de la semana sea o cuándo abras la clínica –replicó Sookie–. Necesitas poner las cosas en orden y tengo intención de estar aquí con la camisa remangada y un puñado de productos de limpieza. También estaré encantada cuidando de Drew.

Mia sonrió agradecida.

–Gracias, Sookie, eres una buena amiga. Pero no podemos hacer nada hasta que Martha evalúe los daños a la luz del día.

–Eso será mañana a las diez –dijo la perito del seguro–. No hagan planes de comenzar las reparaciones hasta la semana que viene.

–¿Ves? –dijo Mia dirigiéndose a Sookie–. Podemos tomarnos el fin de semana libre.

Varias personas más se ofrecieron para ayudar.

Visiblemente emocionada por aquellos ofrecimientos, Mia tragó saliva.

–Muchas gracias a todos.

La generosidad y el cariño de aquellas personas hacia Mia sorprendió a Hank. Todavía tenía que acceder a pasar la noche en su caravana, así que insistió.

–Soy tu vecino más cercano. Tiene sentido que te quedes en mi casa. Así estarás más cerca de la clínica.

–De acuerdo, pero solo por esta noche. Mañana buscaré un sitio que alquilar hasta que arreglen mi casa.

Se sentía contento, a la vez que preocupado. Deseaba a Mia y sabía que tenerla en la caravana sería peligroso. Pero al menos sabría que tanto ella como Drew estarían bien.

–Llámame mañana –dijo Sookie.

Bart y ella tomaron la jaula con el gato y se despidieron antes de marcharse.

Los voluntarios, cansados pero activos por la adrenalina de enfrentarse al fuego, seguían por allí. Le explicaron a Mia cómo limpiar las manchas del humo y cumplimentaron los documentos que necesitaba para la compañía de seguros. Finalmente se subieron a los camiones y se fueron, dejándola a solas con Hank en mitad del frío de la noche.

–Tienes muchos amigos.

–Más de los que creía –replicó asombrada–. La gente de por aquí es curiosa y entrometida, pero, cuando se la necesita, es la mejor.

Hank le había prestado su chaqueta horas antes, pero seguía temblando. En el silencio que se hizo entre ambos, hundió la punta de su bota en el barro. Quería preguntarle por Drew, decirle lo mucho que admiraba su fortaleza, acercarse a ella y demostrarle cuánto se alegraba de que estuviera bien. Sin embargo, apuntó con la linterna hacia los madroños.

–¿Lista para irnos?

–En cuanto me ocupe del halcón –dijo ella señalando hacia el ave–. ¿Puedes llevarlo a la jaula exterior?

Refunfuñando, Hank levantó la jaula. Aquella cosa pesaba una tonelada. Sintió dolor en la espalda y la cadera, y siguió el haz de luz de Mia hasta la gran jaula exterior que había detrás de la clínica.

Haciendo malabares con Drew, Mia abrió la puerta de alambre.

–Mete la jaula pequeña dentro.

–¿No vas a sacarlo?

–El ala todavía no se ha curado y en un espacio más grande querrá

volar. Eso podría causarle un perjuicio mayor.

–Entonces, ¿para qué meterlo aquí? –preguntó Hank, dejando la jaula pequeña dentro de la grande.

–Aquí estará a salvo de depredadores –contestó ella, cerrando de nuevo la puerta.

Hank se secó las manos en los vaqueros y se dio la vuelta para marcharse. Mia se quedó dónde estaba, acunando a Drew con la mirada perdida. ¿Qué estaba pensando? Había tenido un día horrible. Debía de estar agotada, tanto física como mentalmente.

–Es hora de irnos a la caravana –dijo tocándola en el hombro.

Mia se dio la vuelta y miró una última vez la parte chamuscada de la cabaña. Suspiró y miró a Hank.

–Estoy lista.

Capítulo 11

Apuntando con la linterna hacia el suelo, con la bolsa de los pañales al hombro, Hank se dirigió hacia los árboles acompañado de Mia, Drew y las mascotas. Mia caminaba a su lado, seria y en silencio, sujetando al bebé contra su pecho.

–Ha sido un día muy duro. ¿Estás bien?

–Creo que todavía no lo he asimilado.

Teniendo en cuenta que él mismo había pasado por traumas emocionales, lo entendía. Asintió, pero no dijo nada. Ella tampoco y, por unos segundos, el único sonido fue el de sus pasos.

–Al menos, Drew y los animales están vivos y a salvo – comentó acariciando la espalda del pequeño–. Y el fuego no ha arrasado la clínica ni el resto de la casa. Tengo que decir que me siento muy afortunada.

Su capacidad para ver el lado bueno de las cosas lo asombraba.

–Admiro tu actitud positiva. Lo mejor de todo es que esta noche has demostrado que puedes cuidar muy bien de Drew.

Sus palabras iluminaron su expresión.

–¿De veras?

–Ahora que sabes que está a salvo contigo, ¿vas a adoptarlo?

–Sí –afirmó Mia sin dudarlo.

–Eso es fantástico –dijo él sonriéndole.

–Tengo el teléfono particular de la señora Pearson. La llamaré a primera hora de la mañana.

–Llámala esta noche.

–Pero es demasiado tarde. La despertaré.

–Merece la pena que la despiertes por esa decisión.

–Tienes razón.

–Esa es mi chica –dijo rodeándola con un brazo por los hombros y atrayéndola hacia él.

–Hank, no.

Se puso rígida y se apartó, como si no pudiera soportar su roce. Aquello le dolió, pero ya había pasado por eso antes con Kristin. Tragó saliva, preguntándose cómo hacer las paces con ella sin revelar sus motivos para apartarse físicamente. ¿Cómo explicárselo? Por desgracia, se le quedó la mente en blanco e hicieron el resto del camino en silencio.

Una vez llegaron a su casa, encerró a Ginger en la perrera, donde Nugget esperaba meneando el rabo.

En la caravana, Hank le prestó unos pantalones sueltos y una camiseta para dormir. Después de dejar a Drew en el suelo, envuelto

en su jersey, Mia fue a ducharse mientras Hank preparaba el sofá cama y cambiaba las sábanas de su cama. Cuando volvió al salón, Drew estaba inquieto y lo tomó en brazos. Recordó lo que solía hacer a sus sobrinos cuando tenían la misma edad y empezó a acariciarle la cabeza al bebé y a emitir sonidos. Drew ladeó la cabeza hacia la voz de Hank, pero se negó a tranquilizarse. Hank lo acunó contra su pecho y el pequeño se giró hacia su corazón, con la boca abierta.

–Tienes hambre, ¿eh?

El niño lloraba desconsoladamente.

–Espera, mocoso.

Hank volvió a tumbarlo sobre el jersey. Rápidamente, buscó la bolsa de los pañales que había dejado en la mesa. Arriba del todo había una lata de leche en polvo y un biberón limpio. Lo preparó tan pronto como pudo, tomó a Drew y se sentó con él en un sillón, rozando con las rodillas el sofá cama. El bebé se lanzó a la tetina, fijó los ojos en Hank y le acarició la mejilla con su manita.

Una gran emoción lo embargó. Habían pasado muchas cosas en la corta vida de Drew.

–Eres un chico con mucha suerte.

Mientras Drew se acababa el biberón, Mia apareció. Tenía el pelo húmedo y los calcetines que le había dejado le quedaban grandes. Los pantalones también le estaban enormes. Aunque no se le adivinaba ni una curva, estaba muy sexy con su ropa.

–Gracias por dar de comer a Drew –dijo dejando su ropa en un rincón–. Ya me ocupo yo.

Se sentó en el sofá cama y se apoyó en los almohadones. Hank le entregó al bebé.

–He cambiado las sábanas de mi cama. Yo dormiré aquí.

–No, Hank –dijo ella sacudiendo la cabeza–. Ya has hecho demasiado.

No consintió que fuera de otra manera, así que le llevó el edredón de su cama. Mientras Mia le sacaba el aire a Drew, lo dobló por la mitad y lo colocó en el suelo, entre la cama y la mesa de dibujo, para que hiciera las veces de colchón para el bebé.

Cuando Drew terminó, Mia miró el reloj.

–Es casi medianoche. ¿De veras crees que está bien que llame a la señora Pearson tan tarde?

–Querrá saberlo para llamar a la familia.

–Es un buen motivo –dijo Mia mirando a su alrededor–. ¿Dónde está el teléfono?

–En la cocina. Dale mi número para que sepa dónde llamarte y déjame al niño. Lo meteré en la cama.

–Gracias.

Mientras cambiaba a Drew, escuchó a hurtadillas. Mia se disculpó

por llamar tan tarde y le explicó que había cambiado de opinión con respecto a Drew. Le quería y quería adoptarlo. Sentía mucho decepcionar a la otra familia y le pagaría los billetes de avión. Estaba segura de su decisión y no cambiaría de opinión. Después de un silencio, suspiró.

–Sí, claro. Ha habido un incendio esta noche en mi casa y hasta que no esté arreglada, no estoy segura de dónde vamos a quedarnos. La llamaré el lunes a primera hora y se lo diré.

Le dio las gracias a la mujer y una vez más, se disculpó por las molestias.

Volvió al salón sujetándose los pantalones. Se la veía agotada, pero tranquila.

–La próxima semana van a mandar a una trabajadora social –dijo sentándose cerca del bebé.

–¿Para qué?

–Para asegurarse de que voy a darle un buen hogar a Drew.

–Eso es coser y cantar –opinó Hank.

–¿Tú crees? Ahora mismo no tengo una casa.

–Pero es circunstancial. Enséñale tu casa a la trabajadora social. Con eso se conformará.

–Espero que tengas razón –dijo ella entrelazando las manos a la altura de la cintura.

Hank deseaba llevársela a la cama y abrazarla. Quería deslizar las manos bajo su camiseta y acariciar su piel. En vez de eso, se metió las manos en los bolsillos.

–Si necesitas que alguien dé fe de tus dotes como madre, diles que hablen conmigo o con cualquiera de por aquí.

–Lo haré –afirmó ella, y una alegre sonrisa iluminó su mirada–. Gracias, Hank, no solo por lo que has hecho esta noche, sino por escuchar mí historia sobre Gracie y ayudarme a ver el mundo de otra manera. Te debo mucho.

–Lo has hecho tú sola. Yo solo te empujé en la dirección correcta.

Mia le dio un beso al bebé en la mejilla.

–Será mejor que apaguemos las luces. Así le será más fácil dormirse.

Hank apagó las del salón y el pasillo, y dejó encendida la de la ventana de la cocina, bañando la habitación en sombras.

Mia se levantó de al lado de Drew y se sentó en el borde del colchón.

–Se despertará dentro de unas horas. Será mejor que descanse mientras pueda.

–Claro.

Hank estaba de pie, pero sus piernas se negaban a llevarlo al dormitorio. Necesitaba estar cerca de Mia, aunque a la vez fuera una

tortura. La deseaba, pero no iba a pasar nada entre ellos. ¿Cuántas veces tenía que recordárselo?

Al apartar la sábana y acomodarse en la almohada, Mia lo miró.

–¿Qué tienes en la cabeza, Hank?

–Es solo que me alegro de que estés viva.

–Sí, yo también.

Sus miradas se encontraron en la penumbra. Hank tenía la sensación de que, por cansada que estuviera, lo escucharía si hablara. Quería contarle su historia tanto como hacerle el amor. Tomó aire, exhaló y abrió la boca. Pero lo abandonó el coraje.

El momento pasó y ella apartó la vista.

–Buenas noches. Que duermas bien.

–Tú también.

Se fue al baño, sabiendo que no descansaría hasta que aclarara las cosas con Mia. Pero no sabía cómo hacerlo sin sufrir. Cerró la puerta del baño. Mia había lavado el sujetador y las bragas, y los había dejado colgados detrás de la puerta para que se secaran. Bajo sus pantalones estaba desnuda. Su entrepierna se desperezó al abrir el grifo. Se quitó la ropa y la echó a lo sucio. Desnudo frente al espejo, observó su cuerpo, intentando verlo como lo vería Mia. Una docena de cicatrices rosadas, como si fueran recientes, desfiguraban el ombligo, la cadera y la parte inferior de la espalda.

Recordó la expresión de horror de Kristin al ver las cicatrices. Mia sentiría lo mismo. Hizo una mueca de dolor, se apartó del espejo y se metió bajo el agua.

Cuando Mia oyó la puerta del baño cerrarse, abrió los ojos y se quitó los enormes pantalones que no dejaban de caérsele. Estando Hank en la ducha, no tenía por qué ser tan recatada ni fingir estar durmiendo. Habían pasado muchas cosas ese día, tanto terribles como maravillosas, y su cabeza se negaba a descansar. Había perdido algunas de sus cosas y una gran parte de la cabaña, lo cual era terrible. Pero había salvado a Drew. Era suyo, o lo sería después de la visita de la trabajadora social.

«Soy madre».

Aquellas palabras la hacían sentirse muy bien. Sonriendo, se abrazó a la almohada. Hank le había dicho que era una gran madre, pero sabía que todavía le quedaba mucho por aprender. Al menos, ahora contaba con la confianza necesaria para asumir tan importante tarea gracias a Hank.

Por si eso no hubiera sido suficiente, había acudido en su ayuda una vez más, poniendo a salvo a los animales y ayudándola a luchar contra el fuego. Era mejor que un ángel de la guarda. Aunque nunca

podría compensarle, gustosamente le entregaría su corazón. Desgraciadamente, no parecía interesado en nada más que en su amistad.

Resignada y exhausta, cerró los ojos y se durmió.

Hank se despertó al amanecer con el suave murmullo de Mia cantándole a Drew y una extraordinaria erección. Se sentó y se estiró. Le dolían los músculos después de una semana de duro trabajo y de tener que luchar contra el fuego la noche anterior. Necesitaba descansar. No había dejado de dar vueltas en la cama una y otra vez. ¿Cómo no hacerlo con Mia durmiendo en la caravana? Había sido un error invitarla a quedarse. Haría todo lo posible para ayudarla a encontrar otro sitio.

A pesar de sus molestias físicas y de saber que nunca haría el amor con Mia, estaba deseando verla. Se levantó y se vistió rápidamente.

Al entrar en el salón, vio que Mia llevaba la misma ropa sucia de la noche anterior y tenía a Drew al hombro. Había recogido el sofá cama y había dejado encima doblado el edredón y la ropa que le había prestado. La mesa de centro y el sillón estaban de nuevo en su sitio. Como si nunca hubiera dormido allí ni pensara volver a hacerlo. Hank sintió que se le encogía el corazón y se le olvidó que unos minutos antes había decidido que no podía quedarse.

–¿Ya te vas?

–Drew se ha acabado lo último de la leche en polvo y solo queda un pañal. Espero que un par de pañales hayan sobrevivido al fuego.

–En Dobson's los venden –dijo Hank, deseando que no se fuera.

–No abren hasta las ocho. Un pañal no durará dos horas. Creo que tengo alguno en el cajón de la cocina en el que guardo cosas de Drew. Cruza los dedos.

Hank cruzó los dedos en ambas manos y las levantó, contento al verla sonreír. Aquella mañana su mirada era clara y sus mejillas tenían color. Se la veía descansada y con energía. Al menos, uno de los dos había dormido.

–Quiero ver cómo está el halcón y darle de comer –dijo Mia dirigiéndose hacia la puerta–. Es su hora de desayunar y lo estará esperando. Hablando de desayuno, he dado de comer a los perros y he tomado una lata de atún para Rags.

–¿Y tú? ¿Has tomado algo? –preguntó Hank.

–Para ser un hombre que se pasa el día trabajando, no tienes mucha comida en casa. ¿Cómo puede un hombre tan corpulento como tú sobrevivir con cereales? Quería haber preparado el desayuno.

La imagen de Mia moviéndose por su cocina le resultaba tan dolorosa como placentera.

–No te sientas obligada –dijo él sacando un paquete de cereales–. Hay suficiente para los dos.

–Gracias, pero esta mañana me apetece algo más consistente. Después de todo el esfuerzo de anoche, ¿no preferirías unas tortitas y unas salchichas?

–Desde luego.

–Mi nevera tiene de todo. ¿Crees que será seguro comer lo que hay dentro?

Hacía menos de doce horas que se había quedado sin electricidad.

–Los frigoríficos están muy bien protegidos. La comida estará en buenas condiciones.

–Entonces, Drew y yo iremos a buscar algo –dijo Mia abriendo la puerta y dejando que entrara el aire fresco de la mañana.

–¿Crees que podrás soportar volver allí tan pronto? – preguntó Hank.

–Sé que no será fácil, pero quiero verlo antes de que venga la perito del seguro.

–Iré contigo y te ayudaré a cargar el coche.

–Todavía no he asumido lo que pasó anoche –admitió Mia al pasar junto a los madroños.

–Es difícil hacerlo.

También era difícil desear a Mia y contener su impulso, dejar que pensara que no sentía nada por ella porque temía lo que pudiera pasar si expresaba sus sentimientos.

Caminaron en silencio unos segundos.

–No le desearía un incendio ni a mi peor enemigo. ¿Cuánto tiempo crees que se tardará en reconstruir mi cabaña? – preguntó Mia.

–Unas semanas, tal vez un mes.

–No está mal. Espero que me alquilen un apartamento por un mes –dijo ella pensativa–. Tal vez, pueda quedarme en casa de amigos.

Había sacado a colación el tema del que Hank quería hablar.

–Con todos los amigos que tienes por aquí, encontrarás algo.

–Seguro que sí –replicó Mia sin mirarlo a los ojos.

Se sentía como un estúpido, pero no sabía qué otra cosa hacer. Si volvía a quedarse en su casa, podía hacer algo de lo que se arrepentiría, como desnudarse y meterse en su cama. La oscuridad ocultaría su deformidad hasta que lo acariciara. Entonces, la perdería. Apartó aquel doloroso pensamiento. No permitiría que pasara eso. Mia tenía que marcharse.

Capítulo 12

Mia estaba en la parte trasera de la cabaña, con Drew en brazos, contemplando horrorizada lo que habían sido las habitaciones y el baño. Había restos ennegrecidos de pared y techo, vigas carbonizadas y cristales rotos desperdigados por el suelo. Pocos objetos se podían reconocer de lo que había sido su dormitorio. Miró a Hank y tragó saliva.

–A la luz del día, se ve peor.

–Lo sé. ¿Estás bien?

–Lo estaré en cuanto Martha Hicks eche un vistazo y rellene los papeles del seguro. Al menos, podré empezar a limpiar este caos.

–Qué bien que tus amigos se han ofrecido voluntarios a ayudar, porque hay mucho trabajo que hacer –comentó Hank mirando a su alrededor–. De momento, necesitas poner una lona en la parte de atrás de la cabaña para protegerla de la intemperie. Voy a ver si hoy mismo puedo conseguirte una.

Aunque Hank no sintiera nada por ella, era un buen amigo y eso era algo de agradecer.

–Estupendo.

–¿Lista para entrar?

–¿Crees que es seguro entrar con Drew?

–Creo que sí, pero, si lo prefieres, haz como anoche y déjalo en su asiento del coche. Allí estará bien.

Hank esperó a que le pusiera los cinturones al pequeño y lo tapara con un jersey.

–Voy a darle de comer al halcón y a sacar la comida –le dijo a su hijo–. Te quiero, pequeño.

Se dio la vuelta y pilló a Hank desprevenido. Había estado contemplando la escena y su expresión era triste. Sorprendida y preocupada, frunció el ceño.

–¿Hank?

De inmediato, su rostro se volvió inexpresivo.

–Vamos –dijo él.

Entraron juntos en la cocina. Mia agradeció la compañía porque de repente sintió que se le encogía el estómago y que le temblaban las piernas.

Una vez dentro se sintió mejor. Aparte del desagradable olor a quemado y de las huellas que las botas de los bomberos habían dejado en el suelo, la habitación se veía como siempre. Eso la reconfortó.

–Gracias a Dios que el fuego no ha llegado hasta aquí. No sé qué habría hecho si hubiera perdido las cosas de mi abuela, sobre todo su

caja de recetas. Esto me lo llevo conmigo –dijo sacando una vieja caja de madera de la estantería, antes de abrir la nevera–. Aquí dentro está frío. Creo que la comida está bien.

–Te lo dije –comentó Hank acercándose a ella–. ¿Por qué no te ocupas del halcón mientras yo vacío esto?

Mia asintió y tomó un paquete de carne cruda de una de las baldas.

–Hay bolsas debajo del fregadero.

Después de tomar el guante de cuero de la clínica, que estaba más limpia y olía menos a humo que la casa, se acercó a ver a Drew. El pequeño le sonrió y, de repente, sus problemas le parecieron menos importantes.

–Enseguida vuelvo –dijo devolviéndole la sonrisa.

Canturreando, se dirigió a la jaula exterior. A pesar del fuego y de haber pasado la noche a la intemperie, tenía buen aspecto. Le llenó el cuenco de agua y le dio de comer.

Cuando volvió a la cocina, Hank seguía ocupado.

–Hay un montón de cosas aquí. ¿Qué haces, acabar con los suministros del supermercado?

–Comparado con tu nevera vacía, cualquier cosa parecería mucho –bromeó ella–. Date prisa, tengo hambre.

–Tirana –farfulló él.

Charlar con Hank era divertido y trabajar codo con codo con él era un placer. Mientras Mia metía un par de botes de leche en polvo en una bolsa y buscaba los pañales, reparó en la pena que le daba dejar a Hank y su caravana. Le habría gustado quedarse.

Pero estaba enamorada de Hank y no era recíproco, así que vivir con él no era una buena idea. No podía arriesgarse a hacer el ridículo otra vez y lanzarse en sus brazos.

–Mira, un pañal limpio –anunció al abrir el cajón donde guardaba las cosas de Drew.

–Estupendo –dijo Hank–. Ya casi he terminado.

–Yo también.

Tomó unas cuantas toallas para el bebé y comida para gatos y perros, y, junto a Hank, cargaron el coche. Cuando se pusieron en marcha, miró el reloj. Habían pasado menos de una hora allí, por lo que tenía tiempo suficiente de preparar el desayuno y comer antes de que Dobson's abriera.

El supermercado vendía casi cualquier cosa que se necesitara, y, si no tenían algo, Frank y Minnie Dobson lo encargaban. Mia tenía pensado encargar una cuna y otros muebles de bebé, además de comprar leche en polvo, pañales, mantas, camisetas y pijamas. Para ella necesitaba ropa interior, algunos artículos de aseo y, lo más importante, un periódico para buscar un sitio en el que quedarse esa misma noche, si fuera posible.

Hank fregó los platos del desayuno en la tranquilidad de su cocina. Mia se había ofrecido a ayudar, pero la idea de moverse a su lado en aquel reducido espacio, con la posibilidad de toparse el uno con el otro, era una tortura. Se había quedado con la excusa de recoger el desorden de la cocina mientras Mia y Drew se habían ido a Dobson's a comprar y después a su cita con la perito del seguro. Tardarían en volver.

Tenía la caravana para él solo, como quería. Siempre había disfrutado de la soledad, aunque en aquel momento el sitio resultaba demasiado vacío y tranquilo. Cuando Mia y Drew se fueran, sería así todo el tiempo. En vez de alegrase, la idea lo entristeció.

–Demonios –dijo dirigiéndose a Ginger, Nugget y Rags, que daban buena cuenta de lo que había quedado del desayuno–. ¿Debería pedirles que se quedasen?

Nugget y Ginger ladraron y Rags maulló.

–¿Es eso un «sí»? No sabéis de qué estáis hablando. Solo causaría problemas.

De repente, los perros corrieron a la puerta y el gato se escondió detrás del sofá. Hank se asomó por la ventana de la cocina y vio el coche plateado de Jake avanzando por el camino de entrada. Su hermano y su novia habían llegado. En breve lo haría el resto del clan. Con el caos de la noche anterior, Hank se había olvidado de la visita. Gruñó. No era el mejor momento, pero al menos Mia y Drew no estaban allí. Sería un infierno tener que explicarlo.

Se secó las manos en los vaqueros y salió. Llegó junto al coche cuando Jake se bajaba.

–El resto de la familia llegará enseguida –anunció Jake–. Nugget tiene buen aspecto. ¿Quién es el otro perro?

–Es de mi vecina. Se llama Ginger.

La puerta del pasajero se abrió y una alta y esbelta mujer se bajó.

–Hola, perritos –dijo inclinándose para acariciar a las mascotas.

Jake se acercó a ella sonriendo.

–Ella es Jeannie. Jeannie, quiero que conozcas a mi hermano, Hank.

Hank saludó con la cabeza a aquella atractiva mujer casi tan alta como ellos y le tendió la mano.

–Nada de saludar al hermano de Jake con un apretón de manos –dijo ella, y envolvió a Hank en un cálido y breve abrazo.

–¿Ves por qué me parece especial? –dijo Jake, besando a su novia en la nariz–. Es muy dulce y cariñosa.

–El pobre hombre está ciego de amor –comentó Jeannie mirando a Jake con adoración.

Hank sintió envidia. Se alegraba por Jake y quería tener con Mia lo que su hermano tenía. Pero no podía ser.

–Hablando de amor, no nos quedaremos mucho –declaró Jake–. Voy a hacer una escapada romántica de un par de días con Jeannie a un romántico hotel de la costa.

Ella se sonrojó y la pareja intercambió una mirada de complicidad que hizo que Hank deseara no estar allí.

–Buen plan.

Justo en aquel momento, una furgoneta llegaba al camino de entrada.

–Son Lisa y Ryan en su nuevo coche. Mamá y papá vienen con ellos. Traen la comida.

–Bien, porque no he podido ir a comprar.

Lisa, con su melena pelirroja recogida en una coleta, y su desgarbado marido, salieron del vehículo, cada uno con una bolsa llena de comida. Sus padres salieron de la parte trasera y, a continuación, los dos niños.

Feliz de verlos a todos, pero distante, saludó a su padre y a su cuñado con un apretón de manos, y a su madre y a Lisa con un incómodo abrazo. Los niños, Polly y Tim, de siete y cinco años respectivamente, corrieron hacia él y a punto estuvieron de hacerle caer. Hank se rio, al igual que todos los demás, rompiendo el hielo.

Para alivio de Hank, tal y como le había dicho Jake, mientras él no sintiera lástima de sí mismo, nadie más lo haría.

–Estaremos un poco apretados, pero pasad.

–En cuanto veamos esa casa que estás construyendo –dijo Lisa, apartándose un mechón de pelo de la cara.

Acompañados de los perros, Hank les mostró la casa y contestó a sus preguntas.

–Estás haciendo una casa muy bonita –comentó su madre.

–Estoy muy orgulloso de ti, hijo –intervino su padre.

–Gracias –dijo él, sintiéndose a gusto con su familia.

–Me gustaría vivir aquí, pero seguramente no podría permitírmelo –intervino Jeannie.

–Además, está en el quinto pino –añadió Lisa.

Todos se rieron.

–¿Qué me dices de ti, Hank? ¿Cuándo piensas volver a Seattle? –preguntó Jake.

–En cuanto acabe este proyecto. Quedan unos tres meses para terminar la casa y dos semanas más para el entorno.

Entonces se marcharía y no volvería a ver a Mia ni a Drew. Se sintió vacío, pero cruzó los brazos y se apartó aquel pensamiento de la cabeza.

–Tengo una maqueta dentro –dijo señalando con la cabeza hacia la

caravana–. Podéis echarle un vistazo mientras preparo café.

Encerró a los perros en la perrera, antes de abrir la puerta de la caravana e invitar a su familia a entrar. Los niños se acercaron corriendo a la maqueta.

–Vaya, mirad esos biberones y pañales –comentó Jake mirando a su hermano–. ¿Hay algo que no nos hayas contado?

Su madre arqueó las cejas y su padre frunció los labios. Jeannie, Ryan y Lisa lo miraron con curiosidad.

–Estas cosas pertenecen a mi vecina, Mia –explicó rápidamente Hank–. Anoche se quemó parte de su cabaña. Su hijo y ella han pasado la noche aquí.

–Así que por eso colgaste tan de repente. ¿Están bien?

–Gracias a Dios, sí –respondió Hank sin ocultar su alivio.

Su madre, que parecía tener un sexto sentido respecto a su vida amorosa, asintió con complicidad. Esa vez estaba equivocada.

–Así que tienes una novia y no nos lo habías contado –dijo Lisa, dándole un codazo a Hank.

–No es mi novia. No os equivoquéis.

Los perros empezaron a ladrar y vio que el coche de Mia se detenía junto al de Jake. Cuando se bajó, Hank reparó en que se había comprado ropa nueva, unos vaqueros y una blusa morada, que dejaba adivinar sus curvas. Abrió la puerta trasera para sacar a Drew.

Tim y Polly corrieron a la ventana, seguidos de los demás.

–Esa debe de ser Mia –dijo Lisa mientras observaba.

–Es guapa –comentó Jake y, dirigiéndose a Jeannie, rápidamente añadió–: Aunque no tanto como tú.

–Estoy deseando conocerla –dijo su madre.

Su padre asintió, su hermana se frotó las manos y Ryan, Jake y Jeannie sonrieron.

–Somos amigos –insistió Hank, pero el grupo ya se acercaba a la puerta y no lo escuchaba.

Levantó los ojos al cielo y los siguió fuera. Enseguida se darían cuenta.

–El cheque del seguro llegará la semana que viene –explicó Mia a los miembros de la familia de Hank en el salón de la caravana.

No habían dejado de rodearla desde que se acercaran al coche a conocerla a ella y a Drew. Le habían hecho un montón de preguntas sobre el incendio y la clínica, así que los había conducido entre los árboles hasta allí. Luego, habían compartido con ella los sándwiches, los refrescos y las galletas. Aunque la pequeña estancia estaba abarrotada, el ambiente era cálido y acogedor.

Mia estaba sorprendida por el gran parecido entre Hank, sus

hermanos y sus padres. Los hermanos tenían los mismos ojos marrones de su madre. Hank y Jake eran morenos como la madre mientras que Lisa era pelirroja y tenía la piel clara como el padre.

El padre de Hank era un hombre simpático, que no paraba de hacer reír a su esposa con sus bromas. Lisa también se reía continuamente, al igual que su marido. Jake sonreía a menudo, sobre todo a Jeannie. Estaba loco por ella y no le importaba demostrarlo.

Solo Hank parecía cohibido. Tenso y silencioso, parecía estar lejos de allí. Mia no sabía muy bien por qué. Se sentía aceptada por aquellas personas tan cariñosas y envidiaba no tener una familia como aquella.

–¿Vas a ayudar a Mia a reconstruir su casa? –le preguntó Jake a Hank.

Antes de que pudiera contestar, Mia se adelantó.

–Está muy ocupado con su proyecto. Trabaja doce horas al día. Bastante ha hecho ya por Drew y por mí: nos llevó a urgencias, nos ayudó a detener el fuego, nos dio cobijo anoche...

Hank se puso rojo hasta las orejas.

–Cualquiera lo hubiera hecho. No es ninguna molestia ayudar a reconstruir la cabaña.

No le gustaban las alabanzas y quizá por eso se le veía tan tenso con el resto del grupo, que no dejaban de elogiarse continuamente unos a otros.

–No aceptaré más tu caridad –dijo Mia sacudiendo la cabeza.

–No te lo tomes como caridad –intervino Jake–. Tómatelo como una ayuda a un vecino necesitado. No hay de nada malo en eso, ¿verdad, Hank?

–No tengo otra cosa que hacer aquí. Trabajaré en tu cabaña por las noches y durante los fines de semana.

Mia sabía que no superaría el amor que sentía por él si lo veía cada día. Y estaba decidida a olvidarlo. Un amor no correspondido era muy doloroso.

–Hay mucha gente por aquí buscando trabajo. No te necesito, Hank.

El clan Adams se quedó en silencio observando la conversación como si fueran espectadores de un partido de tenis.

–Escucha, te dije que te ayudaría.

–Y yo dije que...

–¿No podéis dejar la discusión para cuando nos hayamos marchado? –preguntó Jake y miró el reloj–. No será dentro de mucho. Jeannie y yo tenemos un buen trecho hasta llegar a la costa.

–Nosotros también tenemos que irnos –dijo la señora Adams.

–Parece que Drew quiere dormirse –comentó Jeannie observando al bebé que tenía en brazos–. ¿Puedo meterlo en la cuna antes de que

nos vayamos?

–Claro –respondió Mia.

En cuanto se fueran, tenía pensado leer los anuncios de alquileres del periódico. Teniendo en cuenta la tensión que había entre Hank y ella, cuanto antes lo hiciera, mejor.

–Vamos a dejarlo en la habitación –dijo Hank–. Ven, te enseñaré dónde.

Tim y Polly se levantaron de un salto.

–¿Podemos verlo?

–¿Por qué el abuelo y yo no os acompañamos fuera? – sugirió la madre de Hank–. Así podéis quemar un poco de energía antes del viaje.

–Ryan y yo también necesitamos estirar las piernas –declaró Lisa.

Tan pronto como se cerró la puerta y Hank y Jeannie desaparecieron, Jake la miró con cariño.

–Me alegro de que formes parte de la vida de Hank –dijo en voz queda para que nadie pudiera oírlo–. Le has hecho mucho bien.

–Estás equivocado –lo corrigió Mia–. Hank es el que me ha ayudado a mí. Si no hubiera sido por él...

No tendría a Drew y quizá se habría quemado toda su cabaña. La emoción le produjo un nudo en la garganta. Tragó saliva y sonrió tímidamente.

–Digamos que le debo más de lo que nunca podré pagarle –concluyó.

–Es recíproco. La última vez que vi a mi hermano estaba amargado. Nada parecía importarle. Ahora participa en lo que pasa, especialmente en todo lo que se refiere a ti –dijo dirigiéndole una mirada seria–. El accidente y la muerte de Gil... Y al poco tiempo lo de Kristin. Ha sido un camino muy difícil.

Mia sabía lo del accidente, pero nunca había oído hablar de la mujer.

–¿Quién es Kristin? –preguntó ladeando la cabeza.

–¿Hank no te lo ha contado? Creo que he metido la pata. Será mejor que se lo preguntes a él. Personalmente, me alegro de que rompieran, porque me gustas mucho más tú –dijo sonriendo–. Mi hermano es un hombre con suerte.

–No siente nada por mí. Solo somos amigos. Es lo que quiere Hank –respondió Mia, bajando la mirada a sus manos.

–No estés tan segura. Conozco a mi hermano y siente algo por ti.

–Me gustaría que fuera verdad.

–Hank es un poco tímido. Créeme, lo único que necesita es un empujón en la dirección correcta.

–¿Estás sugiriendo que me lance en sus brazos?

–Si ese no es tu estilo, ya se te ocurrirá algo. No te des por vencida.

Te necesita.

La risa de Jeannie los advirtió de que Hank y ella estaban regresando.

–Está dormido –anunció la mujer al entrar en la habitación.

–Bien –dijo Mia sonriendo.

Jake se puso de pie.

–Nos queda un largo camino hasta la costa. Será mejor que nos marchemos.

–Volved cuando queráis –dijo Hank.

Jake y Jeannie recogieron sus cosas y salieron.

–Recuerda, no te des por vencida con Hank –murmuró Jake al despedirse de Mia con un abrazo.

Luego, Jeannie y él se subieron al coche. Los padres de Hank, su hermana, su cuñado y los niños se subieron a la furgoneta.

Junto al hombre que amaba, Mia dijo adiós con la mano. ¿Era posible que Jake tuviera razón y que Hank sintiese algo por ella?

«Necesita un empujón», le había sugerido.

Con Drew durmiendo, era el momento para hacerlo. No tenía ropa interior sexy, ni llevaba maquillaje o perfume, pero se moría por seducirlo.

Mientras el coche de Jake se alejaba por el camino de acceso, tomó a Hank del brazo.

–Tengo algo para ti.

–¿El qué? –preguntó él frunciendo el ceño, sin apartarse.

–Es una sorpresa. Vamos para dentro –dijo Mia, decidida a seguir el consejo de Jake.

Capítulo 13

–Me gusta tu familia –dijo Mia mientras entraban en la caravana–. Tienes suerte de tenerlos.

Sintiendo el roce de uno de sus pechos contra el brazo, Hank apenas podía pensar.

–A veces resultan un poco pesados, pero supongo que tienes razón.

–Umm, qué bien hueles.

Ella le sonrió. En sus labios y en su mirada había intención. Lo deseaba. Hank sintió que todo su cuerpo se estremecía. ¿Qué demonios pretendía?

–Mira, Mia...

–Calla o estropearás la sorpresa.

Mia cerró la puerta y echó la cerradura. Luego, de espaldas a la madera blanca y con las manos detrás de ella, señaló con la barbilla hacia el mobiliario.

–Siéntate y no digas nada, Hank.

Nunca la había visto tan mandona. Su expresión decidida lo obligó a obedecer. Se sentó en el sillón y se cruzó de brazos. Estiró las piernas y se quedó a la espera de que se sentara en el sofá, pero no se movió de la puerta.

–¿No vas a sentarte?

–Es parte de la sorpresa.

Se quitó las botas y los calcetines. Hank nunca había visto sus pies desnudos. Como el resto de ella, eran pequeños y finos.

–¿Estás listo? –preguntó en un tono seductor que Hank nunca le había oído–. Allá vamos.

Empezó a canturrear y se quitó la camisa por la cabeza y la tiró a un lado. Llevaba el mismo sujetador blanco que había dejado colgado en la puerta del baño la noche anterior. Sus pechos llenaban las copas. Hank no podía ver los pezones, pero recordaba cómo eran: rosados y altivos. De repente, se hicieron evidentes bajo el algodón como si los hubiera acariciado.

Una parte de su anatomía se despertó y Hank se agarró a los reposabrazos para cambiar de postura.

Sin mirarlo, Mia continuó canturreando. Contoneando las caderas, se bajó los vaqueros y se los quitó. Estaba frente a él con un par de bragas blancas. Lentamente se pasó la lengua por los labios y lo miró directamente a los ojos.

Mia no tenía ninguna duda de que lo que veía era deseo. Él tragó saliva. Le era imposible ocultar su erección y ni siquiera lo intentó.

Sin apartar la mirada de la suya, Mia se acercó lentamente a él.

Hank perdió la paciencia y tiró de ella. Se sentó a horcajadas sobre él, apoyó las manos en su pecho y se inclinó para besarlo. Su entrepierna rozaba su pene, separados tan solo por el fino algodón de las bragas y los vaqueros y los calzoncillos de Hank.

Su cuerpo tenso despertó a la vida. Las manos de Mia se deslizaron hacia abajo y él contuvo un gemido. La tomaría allí mismo. Si se dejaba la camisa puesta...

¡No! La sujetó por las muñecas, deteniéndola.

–¿Qué demonios estás haciendo? –dijo él.

–Déjame hacer esto, Hank. Déjame que te enseñe lo mucho que te... que me gustas.

El amor y el deseo que se adivinaba en su cara lo consumían. No era digno de ella, pero se moría por ella.

–Yo también te deseo –admitió.

–Entonces –replicó Mia sonriendo con picardía–, hazme el amor.

En un intento desesperado por controlarse, Hank cerró los ojos para apartar aquella imagen tentadora.

–Cariño, realmente no me deseas.

–Nunca he deseado tanto a un hombre.

Mia tomó su rostro entre las manos, invitándolo a abrir los ojos. Cuando lo hizo, todo su cuerpo ardía en deseos de hacerla suya, a pesar de las consecuencias. Sintió un tirón en el músculo de la cadera, lo que le hizo recordar qué pasaría cuando viera su cuerpo. Trató de hacerse a un lado en el sillón, pero resultó una mala idea. El movimiento provocó un roce entre su parte más íntima y su pene erecto.

–Mia, me estás matando –susurró entre dientes.

Era incapaz de hacerla levantarse de su regazo. Tomándola de las caderas, la apartó de su sexo.

–¿Quién es Kristin? –preguntó ella, pillándolo desprevenido.

–¿Qué te ha contado Jake?

–Nada, excepto que te preguntara. Me dijo que... –empezó y se detuvo, bajando la mirada a su bragueta abultada–. Que te conocía bien y que yo te gustaba mucho –añadió encontrándose de nuevo con su mirada–. Si a ti no, desde luego que a tu cuerpo sí.

–No solo a mi cuerpo.

–¿Pero...? –preguntó Mia, animándolo a continuar–. ¿Todavía estás enamorado de Kristin? ¿Es por eso por lo que no quieres hacerme el amor? ¿O es que hay algo en mí que no te agrada?

Hank no podía soportar causarle tanto sufrimiento. Pero ¿merecía la pena contarle la verdad y mostrarle su cuerpo mutilado? Su reacción de asco y repulsa le produciría un gran dolor. Decidió que sí.

–Me gusta todo de ti –respondió–. Y no sigo enamorado de Kristin. Echando la vista atrás, no creo que lo estuviera nunca. Lo nuestro fue

más bien sexo. Si eso es lo único que tienes, una relación no puede durar.

–¿Rompisteis porque os cansasteis del sexo?

–No exactamente.

Sin saber por dónde empezar o cómo explicarlo, dejó escapar un suspiro y se frotó la cara.

–Cuéntamelo, Hank –le pidió Mia, entrelazando los dedos con los suyos.

–Ya te he hablado de la noche en que Gil murió. Pero no conoces los detalles. Él conducía mi coche. Habíamos estado en una fiesta y yo había bebido demasiado. Él no, así que le di mis llaves. Tomó la autopista en vez de las carreteras secundarias que yo siempre usaba. Si yo hubiera estado al volante, ese accidente nunca habría pasado.

–Eso no quiere decir que fuera culpa tuya.

–Eso lo sé ahora –convino él–. Me ayudaste a comprenderlo cuando hablamos sobre Gracie. La muerte de Gil no fue culpa mía, al igual que la muerte de Gracie no fue culpa tuya.

Ella asintió y le sonrió, como si fuera un ángel dándole la absolución.

–¿Qué tiene eso que ver con Kristin?

Incluso con su comprensión y apoyo, le resultaba difícil contarle la verdad.

–Resulté herido en el accidente –dijo, y tragó saliva–. Kristin no pudo soportar lo que le pasó a mi cuerpo.

–¿Qué le pasó a tu cuerpo? –preguntó Mia, levantando la voz a la vez que las cejas.

–Estoy lleno de cicatrices.

Mia se quedó boquiabierta.

–Si rompió contigo por un puñado de cicatrices, no debía de quererte lo suficiente.

–No lo sé, Mia. Estoy muy desfigurado. Es espantoso.

–Enséñamelo –dijo ella, levantándose de su regazo.

Luego le ofreció una mano. Él la tomó y se puso de pie. Quería acabar con aquello cuanto antes, así que se quitó la camisa y contuvo el aliento mientras Mia observaba en silencio las lesiones de su vientre. Con expresión indescifrable, lo rodeó hasta la espalda. La espera estaba siendo una agonía. Apretó los puños y deseó saber lo que estaba pensando.

De repente, sintió sus dedos en la parte baja de la espalda y se puso tenso.

–¿Te hago daño?

Sin saber qué decir, sacudió la cabeza.

Mia volvió a colocarse delante de él.

–No son tan terribles.

–No me tomes el pelo. Tengo ojos y puedo ver.

–Yo también. Lo que veo es un hombre atractivo con un cuerpo fantástico. Las cicatrices no cambian nada.

Hank la miró, buscando alguna señal de que estaba mintiendo.

–¿No sientes repulsión?

–No –contestó ella mirándolo fijamente a los ojos.

El alivio y una fuerte emoción que no supo identificar invadieron el pecho de Hank.

Mia se agachó y besó la piel fruncida de debajo de su ombligo. Con manos temblorosas, Hank la hizo levantarse para rodearla con sus brazos.

–No hagas eso a menos que de verdad quieras hacerlo.

–Quiero hacerlo –dijo ella–. Te deseo, Hank.

–Tengo más en la cadera.

–Me interesa más lo que tienes entre las caderas –replicó Mia.

Sonrió con picardía y le desabrochó los vaqueros.

–Espera. ¿Tienes protección? Lo único que tengo es el preservativo que llevo en la cartera desde hace dos años. Pero puedo darte placer...

–Eso no sería justo –lo interrumpió ella–. Hace mucho tiempo que no estoy con nadie, Hank. Estoy sana.

–Lo mismo digo.

–Si los dos estamos sanos, ¿cuál es el problema? No necesitamos...

–No quiero dejarte embarazada.

–Es una buena razón. Usemos ese preservativo.

Hank sacó su cartera y extrajo el preservativo de detrás de su permiso de conducir.

–Sigue bien cerrado. Supongo que es seguro. Una cosa más: quiero hacerte el amor en mi cama –añadió–. Pero con Drew en el dormitorio, me temo que tendremos que hacerlo aquí, en el sofá cama.

Lo abrieron juntos y apartaron los cojines. Hank dejó el envoltorio del preservativo en la alfombra junto a la cama, y se giró hacia ella.

–¿Por dónde íbamos?

–Creo que por aquí –dijo Mia jugueteando con el botón de los vaqueros de Hank, en una dulce tortura–. Y ahora la cremallera –añadió.

Enseguida empezó a acariciar su miembro erecto. A mitad de camino hacia abajo, Hank la tomó de la muñeca y le hizo apartar la mano.

–A menos que quieras que acabemos con esto cuanto antes, será mejor que vayas más despacio.

Mia obedeció. Él se quitó los vaqueros y los calzoncillos, y se quedó mirándola. Era la única mujer en la que confiaba.

Mia fijó la mirada en la entrepierna de Hank. Estaba bien dotado y muy excitado. Con el corazón desbocado, se desabrochó el sujetador y se lo quitó. Hank bajó la vista a sus pechos. Sus dedos temblaron al trazar una línea hasta el pezón. Una oleada de placer la recorrió y sus pezones se pusieron erectos, mientras echaba la cabeza hacia atrás. Hank tomó sus pechos entre las manos y apretó suavemente. A Mia se le humedeció la entrepierna.

–Quítate las bragas –le ordenó Hank.

Ella obedeció y se quedó desnuda ante él, que se tomó su tiempo en estudiarla, haciéndola sentirse sexy y deseada.

–Eres preciosa –dijo al cabo de unos segundos y la atrajo entre sus brazos–. Me gusta abrazarte.

Mia dejó escapar un suave gemido. Si aquello no era el paraíso, entonces no existía. Colocó la cabeza bajo su barbilla y escuchó los latidos de su corazón. Quería permanecer así para siempre. Aunque sabía que no tenía un futuro con Hank. En aquel momento, lo único que deseaba era hacer el amor con él. Sintió el cosquilleo del vello de su pecho contra los pezones. Un intenso deseo ardía en su entrepierna.

Levantó la cabeza y él tomó sus labios. La besó con ansiedad y desesperación, mientras sus manos se movían con avidez por su piel.

Mia recibía cada caricia con el mismo entusiasmo, dejándose llevar por las sensaciones de los labios de Hank, por su lengua y sus manos.

–Creo que no puedo seguir soportándolo –dijo ella jadeando.

–Entonces, túmbate conmigo.

Tiró de ella hacia la cama, la hizo tumbarse de espaldas y se colocó sobre ella. Luego, le sujetó los brazos por encima de la cabeza.

–Ahora te tengo donde te quería.

Después de besarla en la boca, fue bajando por el cuello hasta el pecho. Con la lengua, fue dibujando círculos, cada vez más cercanos al pezón.

–¿Es esto lo que quieres? –preguntó y se lo lamió.

Mia jadeó.

–Lo tomaré como un «sí».

Hizo lo mismo en el otro pecho y por fin soltó sus muñecas para seguir besándola hasta el ombligo.

Mia sintió el calor y la humedad de su aliento en el vientre.

–No te pares ahí –suplicó Mia impaciente–. Por favor – añadió sacudiendo las caderas.

Hank sonrió.

–Me gusta hacerte sufrir.

–Vamos a ver si a ti te gusta –dijo ella incorporándose sobre los codos.

Fue a acariciar su pene, pero él se lo impidió.

–Todavía no he terminado.

Hank besó el interior de sus muslos, donde la piel era más suave y sensible. Mientras se acercaba al lugar que tanto deseaba sentir sus caricias, ella se dejó caer sobre las sábanas, impaciente. Cuánto lo deseaba.

–Ábrete para mí.

Le separó las piernas y lamió sus suaves pliegues. Una sensación intensa que casi resultaba dolorosa la sacudió. Podía haber llegado al límite, pero no quería hacerlo sin Hank.

–Quiero sentirte dentro –dijo ella acariciándole el pene.

–Cariño, es justo lo que más deseo –replicó Hank con voz suave y seductora–. Pero espera un poco más.

Se puso el preservativo y luego se colocó sobre ella. Mia cerró los ojos. La penetró rápidamente, haciéndola gemir de placer, mientras ella lo abrazaba.

–Quería ir despacio, pero creo que no puedo –susurró Hank entre dientes.

–No quiero ir despacio –dijo ella levantando las caderas.

Siguió el ritmo de sus embestidas hasta que la tomó de las nalgas y su cuerpo se convulsionó.

–Mia –dijo hundiéndose aún más en ella.

–Te quiero –susurró, y todo su mundo explotó.

Cuando recuperó la conciencia, estaba tumbada sobre el pecho de Hank. Podía oír sus latidos y la rodeaba con un brazo por la espalda.

–Ha sido increíble –dijo él, besándola en la sien.

–Eres un gran amante, señor Adams.

Hacer el amor con Hank había sido perfecto, tan perfecto que le había dicho que lo amaba. ¿Lo habría asustado con sus sentimientos?

–Enseguida vuelvo –dijo él saliendo de debajo de ella.

Las cicatrices eran solo una pequeña parte de él. Mia estaba satisfecha de haberle demostrado lo pequeñas que eran, especialmente después de que él la hubiera ayudado a aceptar sus cicatrices internas. Unas lágrimas de felicidad asomaron a sus ojos. Lo amaba tanto...

Era una lástima que él no la correspondiese. Era evidente que le gustaba y que había disfrutado haciéndole el amor.

¿Era eso suficiente? Se abrazó a la almohada y suspiró. Tenía que serlo.

Capítulo 14

En el cuarto de baño, Hank respiró hondo y se miró las cicatrices que entrecruzaban la parte inferior de su torso. Eran feas, pero no para apartar a Mia. Estaba sorprendido de que lo deseara, a pesar de aquellas marcas.

No solo eso. El sexo había sido fantástico. Era una pareja dispuesta y apasionada. Se sentía como si le hubiera tocado la lotería y se sonrió a sí mismo como un idiota.

Mia lo amaba. Sus sentimientos hacia él lo llenaban de alegría y de miedo.

Las cosas avanzaban rápido. Necesitaba pasar un tiempo a solas para asimilar sus sentimientos y los de ella. Con gesto serio, se apartó del espejo.

Se anudó una toalla a la cintura y regresó al salón. Mia seguía en la cama, cubierta con la sábana hasta los hombros. Su pelo castaño estaba revuelto sobre la almohada. Tenía los labios rojos e hinchados, y se la veía relajada.

Hank deseó acercarse a ella y hacerle el amor otra vez. Pero no le pareció una buena idea. Se habían quedado sin preservativos y, además, había muchas cosas que aclarar –Voy a ir a hacer unas compras a Dobson's antes de que cierren –dijo quitándose la toalla y poniéndose los calzoncillos.

–Hay mucha comida en la nevera de la que sacamos de mi casa.

Cierto, pero necesitaba salir de allí.

–Hacen falta algunas cosas.

–¿Te refieres a un paquete de preservativos?

–Sí, preservativos –dijo él evitando su tierna mirada.

–¿Hank? ¿Te pasa algo?

–No –contestó incapaz de compartir sus pensamientos.

–Entiendo.

La miró y la expresión de tristeza que vio en su rostro lo atormentó. Se sentía como un idiota.

–Te estás imaginando cosas –dijo forzando una sonrisa–. No me pasa nada.

Mia se sentó cubriéndose con la sábana y se mordió el labio inferior.

–¿Te arrepientes de haber hecho el amor?

–No. Ha sido lo mejor. Tú eres la mejor.

Sin saber qué más decir, se encogió de hombros. Recogió los calcetines y los zapatos, y se sentó en una silla para ponérselos.

–¿Pero?

–No soy el hombre adecuado para ti.

–Entiendo. ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

Mia se cruzó de brazos, decidida a obtener respuestas.

–¿Podemos dejar esto para más tarde?

Su voz sonó más severa de lo que pretendía, y ella se sobresaltó.

–Mia, no era mi intención...

–No hace falta que me des explicaciones, Hank. Anoche, Sookie nos invitó a quedarnos con ella. Voy a aceptar su ofrecimiento.

No quería que se fuera. Quería que Drew y ella se quedaran, ¿verdad? Se rascó la nuca. En aquel momento estaba demasiado confundido para saberlo.

–Quizá es una buena idea.

–Cuando vuelvas, nos habremos ido –dijo ella, evitando su mirada.

–Cuenta conmigo si necesitas apoyo moral cuando venga la trabajadora social.

–Y, si tú decides que quieres hablar en vez de salir corriendo, estaré en la clínica el lunes.

–No salgo corriendo.

–¿Ah, no? Pues a mí me parece que sí.

Enfadado, Hank abrió la puerta y salió.

Mia esperó a perder de vista la camioneta de Hank para levantarse. Con el corazón roto, recogió su ropa y se fue a la ducha.

Abrió el grifo y se metió bajo el chorro de agua. A pesar de que la había rechazado, no se arrepentía de haber hecho el amor con él ni de haberle confiado sus sentimientos, pero tenía su orgullo. Lo último que quería era que cargara con Drew y con ella. Nunca más volvería a molestarlo y, por eso, tenían que irse de inmediato.

Cerró el grifo. Con prisas por llamar a su amiga, se secó rápidamente y se vistió. De puntillas, fue a ver a Drew, que dormía sobre el edredón en el suelo de la habitación de Hank. Así tendría tiempo de llamar a Sookie y recoger sus cosas.

Una vez en casa de Sookie, buscaría un sitio donde quedarse hasta que su cabaña estuviera reconstruida. Con tristeza, Mia arrastró los pies hasta la cocina para llamar a su amiga.

Con el borde de su camiseta, Hank se secó el sudor de la frente y se fue a la caravana a por agua. Todavía no eran las ocho de la mañana y ya llevaba un buen rato colocando las tejas de la cubierta. Le dolían la espalda y los brazos, pero no le importaba. El esfuerzo le resultaba gratificante.

Habían pasado cuatro días desde la última vez que la había visto, pero parecía una eternidad. La echaba de menos y la idea de sentar la cabeza con ella y Drew seguía asustándolo. Estaba de muy mal humor.

Al salir de la caravana, Hank vio llegar a John, Pete, Lester, Tommy y Del, con sus coches y camionetas formando una fila. Todos, excepto Bart Patterson.

–¿Dónde está Patterson? –preguntó frunciendo el ceño.

–Buenos días a ti también –dijo John–. Enseguida estará aquí.

Justo en aquel momento, el viejo coche de Bart llegaba por el camino de acceso.

–¿Qué te he dicho? Ahí está.

Los hombres se dirigieron a la casa para empezar a trabajar. Hank esperó a que Bart saliera del coche.

–Llegas tarde –dijo Hank mirando el reloj.

–Cinco minutos –replicó Bart sorprendido, mientras se encaminaban a la obra–. Estás de un humor de perros esta mañana. ¿Quieres saber por qué llego tarde? –preguntó y sin esperar a que contestara, añadió–: Porque Mia ha tenido un ataque de ansiedad.

–¿Qué ha pasado? ¿Está enferma? ¿Está bien Drew?

–No es nada de eso –dijo Bart–. Es el asunto de la trabajadora social. Una tal señora Plotter vendrá a las diez y media. Mia tiene miedo de que no le gusten ella o su casa. Está convencida de que la señora Plotter le quitará a Drew.

–Le dije que respondería por ella si lo necesitaba. ¿Por qué no me lo ha pedido?

–Escucha, no lo pagues conmigo. No es culpa mía que lo vuestro no haya funcionado.

Hank puso los ojos en blanco. Todo el mundo parecía saber que después de pasar una noche juntos, Mia y él habían seguido caminos diferentes.

Enfadado, se subió al tejado con el resto de la cuadrilla, tomó el martillo y empezó a colocar las tejas con una fuerza desmesurada.

Lester, el único que parecía no haber reparado en el mal humor de Hank, sacudió la cabeza.

–Quizá deberías ir a verla antes de que venga la trabajadora social.

Los seis hombres intercambiaron miradas.

–Si tenéis algo que decir, soltadlo. ¿John?

John era el mayor y el que solía hablar por los demás.

–Ya que lo preguntas, te seré franco. Llevas unos días insoportable, Hank. Todos sabemos que es porque estás enamorado de Mia y que las cosas no van bien entre vosotros. ¿Por qué no dejas de lamentarte y lo aclaras con ella?

Hank se frotó la barbilla. ¿Amaba a Mia? ¿Tan evidente era para los demás? Sí, la amaba y admitirlo le hacía sentirse bien.

–Quizá lo haga.
–Si yo fuera tú, iría a verla ahora mismo –le aconsejó John–. Así tendrás tiempo suficiente para ayudarla con ese asunto de la trabajadora social.
–¿Qué le diríais si estuvierais en mi lugar? –preguntó a sus hombres.
Del y Tommy señalaron a Pete.
–Él es el experto en mujeres.
–Le diría todas esas cursiladas que a las mujeres les gusta oír: que la amas, que es muy guapa y cosas así –declaró Pete.
Hank asintió. Había llegado el momento de decirle a Mia que la amaba y confiaba en que no fuera demasiado tarde.
–Voy a asearme y a dar un paseo.

Sentada en una rígida silla de la consulta, Mia acunaba a Drew, que se resistía a dormir la siesta. Gracias a la entrega de sus amigos, la clínica ya estaba operativa. Pero todavía no se sentía con fuerzas para abrir. Estaba demasiado nerviosa por la visita de la trabajadora social, una mujer muy seria llamada señora Plotter. Esa era la única razón para estar allí en ese momento, para enseñarle la cabaña y la clínica.
Drew parecía percibir la tensión y llevaba protestando toda la mañana. Era incapaz de tranquilizarlo. Probablemente, la señora Plotter pensaría que carecía de capacidad para ser madre. ¿Y si decidía que Mia no era lo suficientemente buena para ser su madre? Sookie, que había ido a hacerle compañía, asomó la cabeza por la puerta.
–Espero que no te moleste que haya dado dos citas para el final de la próxima semana.
Para entonces, el proceso de adopción estaría en marcha.
–Me parece bien –contestó Mia.
Drew empezó a llorar y trató de calmarlo. Pero fue en vano. El pequeño gritó aún más fuerte. Ella se mordió el labio inferior. Si Hank estuviera allí... Pero no estaba y se negaba a volver a confiar en él.
–Déjame que le saque un rato –se ofreció Sookie.
–Hoy no.
–¿Estás bien? –le preguntó su amiga, preocupada.
–Estoy asustada. No quiero perder a Drew.
–Lo sé, querida –dijo su amiga, reconfortándola con una sonrisa–. Todo saldrá bien.
Mia no estaba tan segura.
El timbre sonó. Todo el mundo sabía que la clínica estaba cerrada. Se le encogió el estómago.
–¿Y si es la trabajadora social y oye a Drew gritar?

–¿Con dos horas de antelación? Quédate aquí con tu hijo. Sea quien sea, le diré que se vaya.

Drew se quedó callado un momento y Mia escuchó voces. Luego el niño volvió a empezar a llorar y ya no oyó más.

Sookie regresó, sonriendo misteriosamente.

–Tienes visita. Me llevaré a Drew e intentaré que se duerma. Adelante –dijo al salir de la habitación con el bebé.

Entonces, entró Hank

¿Qué estaba haciendo allí?

–Hola, Hank –lo saludó con frialdad.

–¿Cómo estás?

–He estado mejor –contestó ella e intentó sonreír, pero los nervios se lo impidieron–. ¿Quieres sentarte?

–Prefiero quedarme de pie. He venido a hablar.

–Muy bien.

–De lo que dijiste de salir corriendo. Tenías razón. Estaba asustado –dijo mirando al suelo–. Nunca antes he estado enamorado y...

–¿Qué has dicho?

Convencida de que había entendido mal, Mia frunció el ceño.

–Te quiero –dijo él mirándola a los ojos.

–Vaya.

El rostro de Hank se ensombreció.

–Supongo que tu opinión sobre mí ha cambiado.

–No. Todavía te quiero, Hank. Es solo que me pilla por sorpresa.

–Estaba demasiado confundido para darme cuenta de mis sentimientos, pero ahora ya lo sé –dijo tomándola de las manos para que se levantara–. ¿Sigues enfadada conmigo?

Hank la amaba. Una cálida sensación la embargó. Sonrió y le acarició la mejilla.

–No.

Hank soltó un suspiro y la envolvió con sus brazos.

–Gracias a Dios. Te he echado de menos. Me he enterado de lo de la trabajadora social.

–Estoy asustada. ¿Y si decide quitarme a Drew?

–Ya te dije el otro día que eras una madre estupenda. Se lo diré a ella también. Yo no querría a otra mujer como madre de mis hijos. Eso, si es que quieres casarte conmigo y me dejas adoptar a Drew –dijo mirándola esperanzado–. ¿Qué te parece?

–Sí, Hank. Me casaré contigo y dejaré que adoptes a Drew.

Pero...

–¿Qué?

–Nunca he vivido en una gran ciudad y no sé si me acostumbraré.

–No vas a irte a ninguna parte. Traeré aquí mi empresa. Nos mudaremos a vivir a la casa que estoy construyendo y montaré mi

estudio en la parte de la cabaña que no es clínica.

–Eso es maravilloso, Hank. Será un sueño vivir en esa casa tan bonita. ¿Y qué pasa con el premio?

–Vivir en la casa no afecta a la decisión del jurado. ¿De verdad quieres casarte conmigo?

Sonriendo, Mia asintió.

–Estoy deseando contárselo a Sookie.

–Todavía no. Te quiero conmigo un rato más. Queda más de una hora para que llegue la trabajadora social. ¿Hay alguna manera de cerrar con llave esa puerta?

Sintiéndose traviesa, Mia sonrió mientras echaba el pestillo.

De la mano de Mia, Hank observó cómo Dorothea Plotter, la trabajadora social, apoyaba su maletín en el capó del coche.

–Gracias por enseñarme la cabaña y la preciosa casa que está construyendo –dijo.

–Así que ¿cuál es el veredicto? ¿Podemos quedarnos con Drew? –preguntó Hank.

–Es evidente que son unos padres entregados. En mi opinión, Drew es un niño con suerte –dijo la señora Plotter sonriendo a Mia–. Es suyo. Esta misma tarde prepararé los documentos.

Aliviada, Mia se apoyó en Hank y sonrió.

–Gracias, muchas gracias.

Su sonrisa era tan bonita, tan contagiosa, que Hank sonrió también.

–Son muy buenas noticias. Enhorabuena, mamá.

–Es el mejor día de mi vida –dijo Mia.

Hank se sintió el hombre más afortunado del mundo.

–¿Quiere venir a nuestra boda? –le preguntó a la trabajadora social.

–Claro que sí. ¿Qué día será?

Mia le dirigió una mirada llena de amor.

–¿Cuándo, Hank?

Estaba deseando convertirla en su esposa.

–Tan pronto como sea posible –contestó Hank.

Epílogo

Cuatro meses más tarde

–¿Nerviosa? –preguntó Hank observando a su esposa.

–Un poco. Es la primera comida que preparo para tu familia.

–Todo saldrá bien –dijo él atrayéndola entre sus brazos.

–¿Crees que les gustarán el estofado de carne y los panecillos?

–No tengo ninguna duda. Después de todo, me conquistaste por el estómago. El estofado y los panecillos son la razón por la que me casé contigo.

Mia se puso de puntillas y lo besó en la barbilla. Luego sonrió, iluminando con su sonrisa la habitación. Recorrió con la mirada aquella bonita casa, galardonada con el Premio Regional de Arquitectura, el lugar que ahora era su hogar.

–Estoy enamorada de un hombre que me quiere. Tenemos un hijo y una familia maravillosa. Mi mejor amiga está embarazada. Sí, soy muy feliz.

De repente, el detector de humos saltó.

–¡Mis panecillos! –exclamó Mia, y corrió a la cocina.

El timbre de la puerta sonó, anunciando la llegada de la familia. Hank sonrió. Era imposible una vida mejor que aquella.

Fin